


Jaime Hales Dib



**Los
Caminos
de Chile**

EDITORIAL  EMISION

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

“Los caminos de Chile”

**(Un ensayo de interpretación
del golpe de Estado de 1973)**

**Jaime Hales Dib
Inscripción N° 64.440**

**Portada: Rodrigo Squella
Producción: Paulina Mora Drago
Patrocina: Instituto para el Nuevo Chile
Edita y Distribuye: EMISION Ltda.
Manuel Montt 425
Teléfonos: 2234386-461468**

Los Camminos de Chile

Jaime Hales Dib

Entre el 8 y el 15 de enero del presente año se llevó a cabo en Mendoza, Argentina, la Quinta Escuela Internacional de Verano organizada por el Instituto para el Nuevo Chile. En ella, Jaime Hales, abogado, poeta, ensayista político y, por sobre todo, ejemplar luchador por los derechos humanos, ofreció un curso que tituló "Los proyectos políticos en Chile: ensayo de interpretación del golpe de Estado de 1973".

Sus clases acapararon la atención de muchos alumnos, quienes testimoniaron después su satisfacción, porque habían tenido la oportunidad de participar en una reflexión profunda, bien informada y abierta en su perspectiva, acerca de un capítulo de la historia de Chile que hasta hoy parecía condenado a la "demonización" o a la "idolatría", posiciones ambas muy eficientes para movilizar pasiones tal vez, pero incapaces de explicar nada en forma sensata y útil al desarrollo político del país y al renacer de la democracia que fuera sepultada en 1973. No tuve la posibilidad de estar en las clases de Jaime Hales, pero pronto recibí su manuscrito, que ahora tiene el lector en sus manos, y pude comprobar la raíz de la buena acogida que tuvieron sus clases. En efecto, en un estilo muy sencillo, sin pretensiones propias de un historiador o un cientista político, su autor penetra con lucidez en una etapa de la vida de Chile que hasta hoy divide a los espíritus en forma peligrosa para la unidad de la propia nación. Su interpretación de los hechos históricos puede ser compartida o no, pero tiene el valor de estar impregnada de un espíritu abierto, buscador de comprensión y de puentes tendidos para el reencuentro de los chilenos. Esto solo bastó para decidirnos a promover su difusión. En un cuadro nacional tan envenenado se necesitan esfuerzos como éste. Gracias a Editorial EMISION, este trabajo podrá tener mayor difusión que la habitual en estas situaciones, lo que saluda como una gran posibilidad que beneficiará ciertamente a todos los lectores.

Otto Boye

PALABRAS PRELIMINARES

En el curso de los años 1981 y 1982 intercambié nutrida correspondencia con un chileno residente en Venezuela. El estaba viviendo lejos de la Patria desde 1975 en un esfuerzo de realización profesional y, en cierta medida, desesperado por la situación que se vivía en el país. Durante muchos años había sido el más destacado dirigente de los estudiantes demócrata cristianos en la Universidad Técnica del Estado, de posiciones progresistas y actitudes valientes. El golpe de Estado significó la derrota de sus rivales, lo que en lugar de alegrarlo, le dejó de manifiesto que la pérdida de la democracia nos afectaría a todos por igual.

En sus cartas, este amigo y camarada instalado lejos de Chile, me preguntaba casi con angustia sobre cuál sería nuestro destino como pueblo, como país. Sus interrogantes pasaban de un lado a otro de las posibilidades, poniendo todo en entredicho. Esto, que puede ser una conveniente actitud para los cientistas políticos, corre el riesgo de convertirse en angustia cuando la duda empieza a abarcar las instituciones en las que se ha participado y los principios que han justificado las acciones personales y los compromisos.

El papel de la Democracia Cristiana, el sentido de la historia del siglo XX, las perspectivas de superación del capitalismo, la construcción de un nuevo orden social, la violencia como método de acción política, la fidelidad para con la democracia de los distintos partidos y actores políticos, el papel de los comunistas, la función de los militares, los daños producidos a la convivencia nacional, el papel de la Iglesia

Católica, son algunas de las materias que mi amigo y camarada incluía en sus reflexiones.

Soy político, soy militante de la Democracia Cristiana, soy un abogado que se ha incorporado a la lucha por la defensa de los derechos humanos.

Desde esas perspectivas intenté reflexionar con él. Hasta que un día, pocas horas después de haber regresado a mi casa proveniente de una manifestación en el centro de Santiago, en pleno Septiembre de 1983, decidí escribir una carta, una carta larga como eran nuestras conversaciones cuando él no se iba de Chile todavía, en la que pudiera volcar, en un tono coloquial y sin aspiraciones de analista, mis apreciaciones sobre el acontecer. Lo hice. Casi 40 páginas escritas de corrido a máquina, pasando por distintos tópicos, para concluir en la antesala del golpe de Estado.

Fotocopié esas páginas y, además por supuesto de enviarlas a su destinatario, las hice circular entre algunos amigos, como una forma de generalizar la reflexión. Varios de ellos las leyeron con interés y me han presionado para que complete estas notas hasta el tiempo presente y las entregue a la opinión pública como un aporte a la discusión sobre el presente y el futuro de Chile.

Han pasado dos años. Estamos en un momento tan crucial de la vida política chilena como lo fue aquél de Septiembre de 1983, cuando muchos luchamos para que no alcanzara a celebrarse el décimo aniversario de la implantación del actual régimen. Ello me ha decidido a terminar mis comentarios, actualizar algunas cosas, corregir ciertas imprecisiones y, manteniendo el tono coloquial de una carta, hacer partícipe a muchos de lo que en un comienzo fue un esfuerzo tan privado.

Estas páginas no pretenden sino ser un aporte desde esta perspectiva tan particular. Son páginas escritas con pasión y reflexión, porque soy un actor del drama político, porque soy un militante, porque soy un luchador. Y también un poeta. Creo en la vida y en los hombres, creo en mis amigos

y en mis hijos, creo en el futuro. Por eso me atrevo a abrir una ventana desde esta posición para dialogar con los que suponen que piensan como yo y con los que suponen que piensan distinto. Es mi contribución de esta hora al proceso de acercamiento tan indispensable en esta patria, la que como decía Castillo Velasco, debe ser una patria para todos. Incluso para los que no creen que debe ser para todos.

Septiembre de 1985 - Marzo de 1986

EXORDIO

Mi querido amigo, he recibido tus cartas llenas de preguntas, de dudas, de esperanzas, de reflexiones. De desesperanza a ratos. El exilio es duro, en cualquier condición de vida. Luego de leer atentamente lo que me escribes me he puesto a redactar algunas reflexiones, de éstas que no es fácil poner por escrito, porque lo que se escribe se hace conocido y eso es exponerse a los demás, en un mundo de fácil juicio y crítica liviana. Mis comentarios no son ni pretenden ser más que eso: un aporte al pensamiento colectivo, un esfuerzo para comprender el presente y proyectar el futuro.

Estamos en Septiembre de 1985. Se han cumplido doce largos años de dolores y de hechos que nunca hubiéramos creído posibles. Hubo algunos —y los recuerdo con tanta claridad— que pensaron que esto del golpe de Estado y la consiguiente dictadura sería cosa de corto tiempo; más de alguno aventuró que caería sola o los militares abandonarían el poder a poco andar, que sería una breve interrupción de nuestras tradiciones democráticas. Por este error de diagnóstico hubo mucho inmovilismo, de militantes y dirigentes que se sentaron a esperar el cambio o buscaron pequeños acomodos transitorios mientras pasaba éste temporal. Menudo temporal. El 11 de Septiembre de 1973 fue traumático, afectando especialmente a los dirigentes políticos que tuvieron grandes dificultades para comprender el proceso que se comenzaba a vivir y, por qué no decirlo, el que se estaba ya viviendo desde antes que ese martes los uniformados tomaran posesión del país a sangre y fuego. El golpe de Estado mismo —pese a lo evidente que resultaba a la luz de los acontecimientos— fue para muchos una verdadera sorpresa. Y también fue sorpresa el contenido del régimen que se comenzaba a imponer.

Fueron pocos, muy pocos, los que comprendieron cabalmente el alcance de los acontecimientos y percibieron que tras el brutal debut de esa mañana había un proyecto político de largo aliento. Lo conversábamos en esos días, los previos y los recién posteriores, con el camarada Eduardo Dockendorff y por eso recuerdo con mucha claridad y emoción cuando supimos que un grupo de camaradas había suscrito una declaración en contra del golpe de Estado. Eramos muy jóvenes como para que nos invitaran a firmarla, sin embargo fui uno de aquellos que ese mediodía, recién levantado el toque de queda, fui hasta una casa de Providencia donde Mariano Ruiz Esquide nos entregó algunos ejemplares. Ese día y los siguientes los reprodujimos mediante sistema de fotocopias y salimos a repartirlas.

He aceptado tu invitación a reflexionar sobre los acontecimientos chilenos. Lo primero será hurgar en el pasado para tratar de comprender los fenómenos que nos ha tocado vivir. Sólo entonces podremos proyectar el futuro. Por ahí va lo importante: entender que lo que verdaderamente vale es el esfuerzo de reconstruir un país que ha sido muy dañado, liberar una sociedad atemorizada, levantar a un pueblo aplastado por la brutalidad y el miedo y conseguir que todos juntos construyamos una sociedad democrática, en la que los hombres sean respetados integralmente y todos puedan alcanzar su más pleno desarrollo personal y comunitario.

Para ello fijamos arbitrariamente un punto de inicio y el destino nos fija el de término. Comenzaremos a partir de los comienzos del siglo XX y a él limitaremos nuestras reflexiones. Es cierto, se nos podrá decir, que la historia es una realidad dinámica, que no puede ser parcelada por siglos o años, pero entendamos que las fechas son sólo una manera de marcar hitos indispensables al entendimiento colectivo. Terminan nuestras reflexiones cuando en pleno septiembre de 1985, los partidarios del régimen celebran doce años y los opositores hemos participado de una jornada de movilización por las reivindicaciones nacionales que fue, en la

práctica, un paro nacional. Cuando escribo, en una noche tibia como siempre deben ser las de septiembre, hay muchos compatriotas relegados o presos, perseguidos, escondidos o sufriendo la incertidumbre de su mañana tan próximo, tan concreto, tanto más inmediato que ese mañana de la historia que tú y yo, querido amigo, queremos escudriñar.

CARACTERIZACION GENERAL DEL SIGLO XX CHILENO

La limitación al siglo XX de esta revisión del pasado reciente chileno tiene como fundamento no sólo la necesidad de acotar en un término no muy lejano el estudio, sino además, y tal vez principalmente, las especiales características que presenta el desarrollo político en este siglo. El proceso político posterior a la guerra civil del año 1891, presenta diferencias cualitativas de mucha importancia con todo el período anterior.

Este tema está tratado con audacia y profundidad por los autores de "CHILE EN EL SIGLO XX", quienes, modificando de modo relevante la tradicional visión de los historiadores chilenos, han presentado este período de nuestra historia desde una perspectiva por completo distinta. Siguiendo su línea de pensamiento, podemos afirmar que en la historia de Chile se da un proceso de creciente desarrollo de nuevos grupos sociales en busca de participación. La oligarquía gobernante en el siglo XIX —que afianza su poder en un sistema excluyente y represivo— irá cediendo progresivamente y a disgusto el paso a la clase media. Inmigrantes que se enriquecen, profesionales de origen humilde —provincianos en su mayoría— que destacan, intelectuales que reciben las influencias de las nuevas ideas en boga en el mundo europeo, van estructurando las raíces de un nuevo grupo social que comenzará a presionar sobre el sistema. Al terminar el siglo XIX, los grupos dominantes exageran su carácter excluyente y dan el espectáculo de un país que es dirigido por un reducido grupo de familias que se suceden o comparten los cargos

políticos, a pesar de la apariencia democrática que se quiere exhibir, sin conseguirlo eficazmente por cierto. La mantención del poder o en el seno de las familias poderosas, con las pocas y necesarias excepciones, se apoya además en las distorsiones de la democracia que permiten la manipulación de los votos, el cohecho y otras maniobras igual de burdas o demasiado evidentes.

En cierta medida la candidatura de Arturo Alessandri Palma en 1920 y su triunfo electoral, es una victoria de las clases medias que ven coronadas parte de sus ambiciones. Se marca, en esa ocasión un hito fundamental para la incorporación de nuevos sectores a la conducción de la vida nacional. Alessandri mismo es descendiente de un inmigrante enriquecido. Enrique Oyarzún, importante dirigente del radicalismo en esta época, cuenta en su diario de vida la reacción de los viejos radicales frente a la presencia de Alessandri y quienes lo seguían. Relata con preocupación la reacción de los viejos radicales, los hombres progresistas del siglo XIX, los formados a la vera de los Matta y Gallo y sus revoluciones, cuando en la convención para elegir candidato los manifestantes se pronunciaban en favor de Alessandri y en contra de Enrique Mac Iver. El discurso de Santiago Labarca, joven pálido pero enérgico como lo describe Oyarzún, es calificado de extremista y bolchevique: es lo menos que se dirá a los partidarios de la renovación.

La derrota de Barros Borgoño a manos de Alessandri y la Alianza Liberal provoca desconcierto en los sectores más conservadores. Las clases medias se abren paso a pesar de los dominadores: eso traerá un colapso político y Chile vive, por una década o un poco más, una lucha entre la oligarquía que pretende conservar el poder y los sectores medios que quieren consolidar los espacios conquistados.

Esta es la campanada de alarma para los grupos sociales hasta entonces gobernantes, quienes deben comprender que no tienen el poder ganado para siempre. Ya entonces comienza a germinar en la derecha chilena la búsqueda de mecanis-

mos de perpetuación en el poder. Con mucha habilidad adecuará formas para hacer creer que ha cambiado, se sumará a carros victoriosos que no puede frenar, pero sí desvirtuar, o recurrirá a la fuerza y a la violencia cuando no le queda otro expediente de apariencia más razonable. Hasta la violencia, sin embargo, sabrá presentarla de modo que le parezca justificable.

En los momentos de conflicto, cuando el sistema que va naciendo recién se afirma, los demás sectores marginados de la sociedad inician un proceso de organización, presión y conciencia que habrá de actuar sobre la institucionalidad política a poco andar. Los proyectos revolucionarios que se ofrecerá al pueblo tienen su base en esta realidad. El colapso institucional de 1973 tiene su raíz en la dificultad del sistema para la incorporación de los marginados y en la falta de voluntad política o de claridad intelectual para contribuir a un cambio real y sustantivo del sistema. Hay un proceso dinámico, cuya comprensión exige una internalización coherente. La consolidación del régimen en los primeros años del siglo se produce simultáneamente con la incubación de la crisis. Ello hace necesario establecer formas de organización social y política que faciliten el cambio y el desarrollo ante las nuevas realidades. Los dirigentes creyeron tener respuestas definitivas, postularon modelos totales y excluyentes, olvidaron la necesidad del cambio o no consideraron el pluralismo en su verdadera dimensión: la característica de "perfectible" de todo modelo humano, donde nada está jamás acabado.

A partir de la Constitución del año 1925 se afirma en Chile un modelo de sociedad liberal-individualista, capitalista en lo económico y burgués en lo ético. La caída de Emiliano Figueroa, en 1927, la resistencia oligarco-aristocrática ve morir las últimas posibilidades de prolongar el modelo social dominante. Sin afectar la totalidad del poder de las minorías dominadoras, la democracia liberal garantiza el acceso al poder político, económico y social de nuevos grupos, especialmente mediante las elecciones, rompiendo muchas de las barreras impuestas

hasta entonces. Se consolida la mesocracia y el Estado va adquiriendo forma jurídica y fisonomía en una clase media que dará vida y soporte a la burocracia.

Los intentos aparentemente progresistas de Arturo Allessandri son frenados en el Congreso por una derecha hostil. El golpe que se da contra el Presidente se revierte por parte de “militares progresistas” que lo traen de regreso. Las tensiones políticas permiten que la más tradicional derecha retome el control del poder con Figueroa.

A ello le pone término Ibáñez. El asume el poder enfrentando a los grupos que hasta entonces lo controlaban. Instala un gobierno represivo que los divulgadores de la historia han llamado “dictadura”, pero que en realidad intenta cumplir con la Constitución recién dictada. Usa la fuerza más allá de lo necesario para fortalecer la autoridad que la nueva normativa jurídica da al Presidente de la República y cuenta con la anuencia de los partidos políticos que, en su esfuerzo por mantener cuotas de poder, aceptan pactar la designación de un Congreso, llamado “Congreso termal”, (porque el acuerdo se logró en las termas de Chillán y no por otros motivos). Se dirá, tratando de excusar a los partidos, que ellos debían intentar mantener todos los espacios posibles para su acción política. Más propio sería reconocer que ni la “dictadura de Ibáñez” era tan atroz ni los políticos tan demócratas.

La derecha conspira contra Ibáñez. Su poder se ve amagado por la creación de todo el enorme aparato del Estado, por la génesis de una administración pública enorme y compleja y entonces debe usar toda su capacidad de difusión para contrarrestar la posibilidad de prolongación en el mandato del general.

El fracaso del gobierno en cuanto a lo económico, derivado no sólo de sus propios errores sino de la crisis mundial, lo obliga a reprimir con exceso para mantenerse. Las mismas capas medias que han consagrado el sistema y han estructurado su poder con Ibáñez, se sublevan cuando la represión las empieza a tocar. Esas clases medias, ayer silenciosas y hoy

despiertas y participando, no aceptan el ejercicio de la represión. Hasta entonces los gobernantes oligárquicos la habían practicado de modo masivo y habían “resistido”, sin ver amagado su poder, matanzas tan enormes como la de la Escuela Santa María de Iquique. Sin embargo para Ibáñez la situación es insostenible luego de dos muertos en manifestaciones públicas y debe renunciar y abandonar el país.

El más importante aporte del período es la organización del Estado y la creación de la estructura de la administración pública. La obra de estos años será la que permitirá poner en marcha el aparato estatal en planes tan enormes como los que intentaron posteriores presidentes —Pedro Aguirre el primero— para conseguir el desarrollo económico y social de país.

El General Prats en sus memorias trata con largueza este período. Vale la pena leer con detención sus reflexiones sobre el aporte del gobierno Ibañista y sobre las consecuencias del ejercicio del poder represivo por parte de los uniformados. Las reacciones de la población civil hacia los uniformados luego de la caída de Ibáñez merecen ser estudiadas, sobre todo por los actuales militares.

LA NUEVA CONSTITUCION FUNCIONANDO

Luego de producida la caída de Ibáñez se produce un corto período de inestabilidad gubernamental, con distintos proyectos, elecciones y sucesivos golpes de fuerza. La Constitución recién proclamada corre peligro, los militares están en permanente estado de agitación y los políticos no se ponen de acuerdo sobre el futuro.

En 1932, después de fracasado el intento socialista nacido en un golpe el 4 de Junio, se realizan elecciones presidenciales. Arturo Alessandri, encabezando una alianza progresista derrota a la candidatura de la Derecha tradicional encabezada por Héctor Rodríguez. Este será el primer gobierno que cumple todo su período según la Constitución de 1925.

La derecha, conformada por los capitalistas, los terratenientes, los restos de la antigua aristocracia, se adapta rápidamente a las nuevas condiciones y encontrará el modo de asegurar su primacía, con lo que a poco andar Alessandri deriva hacia las posiciones más reaccionarias y su gobierno es un gobierno derechista. Siendo claramente minoría, los derechistas se incorporan al gobierno para desde allí ejercer el poder y cautelar sus intereses. La derecha chilena ha desarrollado una capacidad de actuar como cuerpo con mucha facilidad, teniendo una gran conciencia sobre cuáles son sus intereses y cómo debe defenderlos. Hay quienes han señalado con acierto que esta es la clase con más conciencia de sí misma y, con algo de ironía y otro poco de realismo político, añaden que "si los obreros tuvieran la mitad de esa conciencia, tomarían el poder en cualquier momento". La derecha es capaz de mantenerse ejerciendo el poder e influir en el devenir nacional más allá de los resultados electorales,

pese a ser minoría, a estar dividida y a exhibir con soberbia la contraposición de sus intereses con los de las mayorías. Esa misma soberbia y la conciencia de ser minoría contribuye a que aparezca con un cierto atractivo, lo que a su vez aumenta la primacía social, pues se constituye en un referente de conducta.

La derecha perdió la elección de 1920. Desde ese momento y para siempre quedó reducida a la condición de minoría. Es minoría también cuando uno de los suyos vuelve a la presidencia (Jorge Alessandri en 1958) con menos de un tercio de los votos populares, pero obteniendo la primera mayoría relativa. Siempre pierde y pese a ello es capaz de desarrollar mecanismos eficaces para incorporarse al Gobierno o para conducir las cosas hacia una situación en que sus intereses pueden estar protegidos.

En este sentido, es bueno recordar que Arturo Alessandri, político pragmático por excelencia, sostenía que las elecciones había que ganarlas con la izquierda para luego gobernar con la derecha. Su argumento deriva de la constatación que el pueblo sigue a quienes ve con capacidad de abrir nuevas posibilidades para los sectores marginados, parcial o totalmente marginados; estos grupos, que podemos llamar “progresistas” se muestran con poca capacidad de organización cuando se trata de ejercer el poder. En los meses precedentes a la victoria alessandrista, justamente los que tenían posturas revolucionarias, los que eran partidarios del socialismo, los sectores más progresistas de la sociedad, habían fracasado en sus intentos gubernamentales, lo que le servía de abono para comprobar su tesis. Esa poca capacidad de organización derivaba —entre otros factores— de las muy distintas posturas políticas frente a la realidad, la carencia de una conciencia colectiva y el esfuerzo por producir una alteración en la vida social frente al conservadurismo imperante, tan general en toda América Latina. La derecha, con un buen manejo de medios de comunicación, logra producir la imagen de que el cambio trae el caos y ello favorece la mantención del “desor-

den establecido". De alguna manera ésta es la clave de la política chilena, pues los sectores medios —inorgánicos y derecha, con un buen manejo de medios de comunicación, logra producir la imagen de que el cambio trae el caos y ello favorece la mantención del "desorden establecido". De arribistas en alto porcentaje— son fácil presa de estas argumentaciones dejándose engañar por quienes prefieren un orden externo y aparente por sobre la posibilidad de ejercer la verdadera libertad.

Uno de los temores que la derecha introduce en nuestra vida política es el Partido Comunista. Este temor deriva, entre otras cosas y principalmente, de la circunstancia que aparece como un grupo político de muy alta organización. Con algo de verdad y mucho de mito, la derecha repite y llega a creer que los comunistas aún siendo minoría pueden controlar eficazmente un poder total en la medida que tengan participación en un gobierno, debido a su propia fortaleza organizativa y a la desorganización de las demás fuerzas políticas. En cierta medida se señala que el poder real radica en la organización y no en el número, por lo cual aunque —como sucedió en la época de la Unidad Popular— los socialistas tengan mayoría electoral, muchos creen que siempre habrá un predominio de los comunistas en cualquier alianza. Lo mismo repiten los derechistas a los demócrata cristianos y muchos lo creen: que las alianzas tácticas con los comunistas en el ámbito social o político sólo asegura que ganen los comunistas porque son más organizados. A ellos respondemos con ideas y experiencias: si nos aliamos con otros todos ganaremos, pero sobre todo nosotros por nuestra organización; si les damos a otros la iniciativa y renunciamos a nuestra capacidad organizativa, por cierto que saldremos perdedores. Como ha sucedido en las alianzas con la derecha.

La derecha se afirma en el gobierno de Arturo Alessandri y consigue ponerle su sello, utilizando el poder del Estado para estructurar una nueva forma de su poder económico: agrega a su poder agrario el que deviene del desarrollo del

capitalismo en sus formas comercial e industrial. El país entero al servicio del grupo dominante. La situación puede ejemplificarse con aquello que se decía de Gustavo Ross, Ministro de Hacienda de Alessandri y luego candidato a la Presidencia de la República: “Ross maneja los recursos del Estado como su billetera particular”.

En estos años —del 30 al 40— nace la Falange Nacional, movimiento que dará origen a la Democracia Cristiana. Jóvenes católicos —militantes del Partido Conservador, “partido que defiende la fe católica”— perciben con cierta claridad que la derecha ha elaborado una estrategia destinada a recuperar el dominio sobre la escena política nacional y fortalecer el sistema capitalista. La derecha quiere remozarse para recuperar todo su poder y evitar que el sistema pueda ser alterado por esa naciente incorporación de capas medias a la actividad nacional o por la ya incubada presión que está empezando a surgir de los sectores populares. Los proyectos socialistas fueron un toque de alerta para los conservadores. No se trata de un real remozamiento o puesta al día como un modo de avanzar hacia un mundo distinto del denunciado por las primeras encíclicas sociales, sino simplemente de un acomodo que no los deje al margen del proceso histórico. En medio de la crisis económica que deja al desnudo la miseria, los conservadores quieren incorporar jóvenes para prolongarse en el poder.

Siguiendo las nuevas orientaciones del pensamiento católico estos jóvenes comprenden que esas ideas deben ser fuente de renovación del pensamiento político e impulso de la acción destinada a sustituir el régimen vigente —inhumano, opresivo y antiético— por otro distinto sustentado sobre bases éticas y doctrinales diferentes, que permita estructurar un nuevo orden de relaciones sociales. Ya entonces se habla de la sustitución del régimen capitalista, incapaz de asegurar el desarrollo para el país en su conjunto.

Es preciso reconocer que este Movimiento parte con muchas imprecisiones. La idea de los fundadores no es la de

formar un nuevo partido político; algunos de los jóvenes dirigentes —universitarios en su mayoría— ni siquiera tienen claro si acaso su opción es propiamente política o simplemente de carácter pastoral. Excesivamente doctrinalistas, muestran poca facilidad para pasar del pensamiento a la acción política. Cuando plantean su discurso renovador y hablan —eso sí con claridad desde el comienzo— de la necesaria sustitución del régimen capitalista, se encuentran con una severa persecución por parte de la derecha y con el desprecio político de la izquierda. Ellos quieren aparecer como una nueva realidad que se abre paso entre dos mundos alternativos, entre dos opciones para el futuro de América Latina. El “tercer camino”, es decir, aquel que puede ser una posibilidad distinta de lo que exhiben la izquierda —que lucha por alterar profundamente el sistema— y la derecha —que lucha por mantener sus privilegios e influencias— está ocupado en esos años por el Partido Radical, verdadera fuerza de la clase media tradicional chilena y primer canal a través del cual se incorpora al mundo político.

En el hecho los falangistas —nombre que se dieron a sí mismos estos jóvenes conservadores— no tienen peso político ni constituyen una alternativa seria de poder. Pero, en un mundo restringido y cupular como es el de la “alta política”, especialmente de entonces, la palabra de sus más notorios dirigentes tiene importancia por sus cualidades de orden personal. Así la crónica política registrará acciones en la que aparecen jóvenes falangistas jugando algunos papeles determinantes. No son reconocidos como tales sino como dirigentes universitarios o sociales. Serán la sublevación de la Armada y su solución; la incorporación a ciertos gabinetes; la conducción política de las manifestaciones estudiantiles en los últimos tramos del gobierno ibañista; o la abstención en el trabajo electoral de la candidatura de Ross en 1938 como resultado de la matanza de universitarios nacistas por parte del gobierno de Alessandri. La influencia de los falangistas en tales hechos es discutible, pero quizás algún día se haga

claridad para valorar su aporte en momentos tan difíciles para el país.

La crónica, la historiografía y las comunicaciones en el país han sido manejadas fundamentalmente por la derecha. Así se ha callado mucho de lo que pudo ser efectivamente el aporte de la Falange Nacional como una fuerza política. Los grupos de la derecha entendieron siempre que uno de sus peores enemigos era este nuevo partido que nacía de su mismo seno. La Falange Nacional salía de la gran camada de universitarios católicos, los que debieron haber sido del Partido Conservador, los que debieron haber sido lógicos continuadores de los grandes líderes derechistas. Los más y los mejores se fueron a este nuevo movimiento, dejando al desnudo las deficiencias de un partido que perdía a su juventud. Pero no sólo le arrebató su mejor gente joven y por ende su mejor futuro político, sino que además abrió ante el país las nuevas perspectivas del pensamiento cristiano, desde una dimensión absolutamente distinta, luchando contra el clericalismo que había servido a los conservadores de sustento político.

Se inicia, de modo incipiente y sin espectacularidad, un nuevo debate en el Chile de esos años, que irá abriendo cauces a la gran tarea de un pueblo que lucha por conquistar su destino. Son años de germinación de una profunda tarea de renovación. Arrancados de la "aristocracia" dominante, estos jóvenes crearán un nuevo espacio para las clases medias y para los sectores populares, espacio que será cristiano y no masón o marxista. Su tesis será la transformación de las formas de vida mediante una profunda revolución humanista. Es esa tesis la que la derecha cree necesario desvirtuar, destruir a cualquier precio, pues para ella es indispensable seguir manteniendo el dilema entre su poder y el caos que pueden representar los otros —la izquierda— trayendo como imagen de ese caos los años difíciles previos a la victoria de Ibáñez y los inmediatamente siguiente a su caída.

LAS CLASES MEDIAS DEL GOBIERNO

Arturo Alessandri terminará su período. Para las elecciones por su sucesión se enfrentan tres grupos. Por una parte, la derecha con el empresario Gustavo Ross a la cabeza, exhibiendo la imagen del "orden" conseguido con Alessandri. Luego, la izquierda conducida por el Partido Radical, apoyada en las clases medias y con un hombre carismático en la conducción —Pedro Aguirre Cerda—, además de un nombre que triunfaba en Francia y en otros lugares: el Frente Popular. Finalmente los grupos nacionalistas, con Carlos Ibáñez como abanderado, postulando algunas de las tesis que el nazismo tenía en boga por Europa.

El 5 de septiembre, los jóvenes nacistas se sublevan contra el Gobierno. Son derrotados y, estando ya rendidos, Carabineros asesina a 83 de ellos. Este hecho cambiará el curso de los acontecimientos. Queda en claro ante los ojos del país la responsabilidad del Gobierno en la acción y el candidato Ibáñez, que sería inevitablemente tercero, retira su postulación para apoyar a Aguirre, en un esfuerzo por unir a todos los que querían sacar de La Moneda a los autores de un crimen tan atroz. Los Falangistas, como mencionábamos, deciden no apoyar a Ross.

Gana Aguirre muy estrechamente, venciendo no sólo una candidatura llena de recursos, sino una tremenda campaña del terror, mediante la cual se pretende convencer a los chilenos que si sale elegido el candidato radical los comunistas se apoderarán de todo, Chile se entregará a Stalin y habrá una feroz ofensiva contra la Iglesia Católica (las monjas salían a la calle sin el hábito para evitar ser reconocidas y las niñas de alta sociedad estaban atemorizadas por este

peligro tan atroz. Ganó Aguirre y asistió a un Congreso Eucarístico presidido por el Cardenal Caro. Se demostró la falsía de tales campañas).

Desde un punto de vista histórico es posible considerar los dos gobiernos radicales que suceden a Alessandri como partes de un sólo proceso. Aguirre y Ríos fallecerán antes de completar sus mandatos y en conjunto no alcanzan a sumar ocho años de gobierno.

Durante el gobierno de Aguirre se produce el acceso en bloque de la clase media al poder y se inicia un período de impulso al aparato del Estado destinado a industrializar el país y a dotarlo de una infraestructura que haga posible el desarrollo económico y la incorporación de todos los rincones de Chile a la civilización y a los beneficios del progreso. Así como Ibáñez había creado una enorme infraestructura jurídica para poner en funcionamiento la Constitución de 1925, Aguirre inicia un proceso de profunda renovación económica, que sin embargo quedó trunco.

Los derechistas —recurriendo a su sólida conciencia de clase— hacen oposición a Pedro Aguirre, con el objeto de conducirlo a través de un proceso de derechización que llegará a su punto culminante varios años después. Utilizando expedientes diversos —desde el anticomunismo hasta la promoción social de los dirigentes radicales— la derecha va consiguiendo apagar lentamente el entusiasmo de un gobierno que nació con fuerza y creatividad. Cuando muere Pedro Aguirre Cerda se desatan duras luchas por la sucesión y finalmente aparece como candidato del radicalismo —de la izquierda— Juan Antonio Ríos, descrito por quienes lo conocieron como un hombre arrogante, soberbio y voluntarioso, que estaba muy por debajo de Aguirre en lo intelectual y en lo cultural. Su gobierno no tiene el impulso creador ni la capacidad renovadora de su antecesor. Es cierto que continúa el proceso de industrialización y de instalación de la infraestructura, pero se frena el ritmo del movimiento inicial cediendo a muchas de las presiones. Cuando muere, su gobier-

no es una pálida sombra de lo que fue el empuje del Frente Popular del año 1938.

Pese a ello, la fuerza de los radicales y de los comunistas unidos sigue siendo importante. La sucesión de Ríos será muy disputada, a pesar de lo breve de la campaña. El Frente de la Izquierda se deteriora porque los socialistas presentan por su cuenta un candidato: Bernardo Ibáñez, líder sindical.

La derecha se presenta dividida: Fernando Alessandri por un lado y Eduardo Cruz Coke por el otro. Cuando analizamos esta época desde la actual perspectiva, tenemos la impresión que la derecha no tiene gran interés en la elección. Está jugando una carta mucho más importante, como es la derechización del Partido Radical y la inclinación de su gobierno hacia las posiciones más conservadoras en lo nacional y anticomunistas y pro-norteamericanas en lo internacional. La elección se produce en 1946, recién terminada la guerra mundial. Más que ganar la presidencia, la derecha y los intereses norteamericanos están empeñados en producir un quiebre profundo de la alianza progresista.

El Partido Conservador presenta como candidato a un hombre que es símbolo de ideas renovadoras. Eduardo Cruz Coke, médico de enorme prestigio personal y profesional, será el paladín del catolicismo de avanzada, hasta el extremo que el grupo que él encabeza terminará por retirarse del Partido Conservador para formar el Partido Conservador Social Cristiano, uno de los dos socios claves del futuro Partido Demócrata Cristiano. La derecha conservadora cedió el paso a los hombres con un pensamiento más avanzado para que jugaran su apuesta ante el país. La Falange Nacional, luego de un largo debate, desecha la alianza con comunistas y radicales propuesta por Leighton y muy estrechamente acuerda apoyar la candidatura de Cruz Coke. El argumento de Tomic para inclinar a los falangistas a esta decisión fue que de ese modo se fortalecían las posiciones del catolicismo progresista, con el aporte generoso de este enorme Partido. Por primera vez tendrían a su disposición tribunas por todo el

país para proclamar su palabra.

Los liberales llevan como candidato a Fernando Alessandri, uno de los hijos del ex Presidente, tal vez uno de los mejores hombres de la derecha, pero sin ambición política. Si el candidato hubiera sido su padre tal vez se habría alcanzado la unidad de la derecha, tal vez hubieran ganado, pero también se habría consolidado la unidad de la izquierda con el eficaz aporte de los pequeños falangistas. Pese a su poco entusiasmo, Fernando Alessandri alcanza una buena votación con su tercer lugar gracias al apoyo que recibe de un joven partido político: el Partido Agrario Laborista, organización de corta vida pero de influencia clave en los años siguientes.

Este Partido Agrario Laborista logra agrupar a los nacionalistas del 38, a sectores del Ibañismo, a hombres de la agricultura y de la industria —grandes patriarcas sureños, que no tenían aceptación en la derecha tradicional— sindicalistas y grupos de jóvenes que exhiben una postura de renovación política frente al espectáculo de divisiones y mala conducción que están dando los radicales y, en cierta medida, los socialistas. Uno de los papeles claves que jugará este Partido, para pesar de sus dirigentes y conductores, es el de servir de correa de transmisión al interior de las clases medias y filtro político para las fuerzas que habrán de estructurarse a partir de 1958.

Con los radicales —la más importante fuerza política de las clases medias—; con los comunistas, que controlaban los más grandes sindicatos; con algunos sectores de los socialistas y un programa de avanzada y de transformación, apoyado por un discurso personal populachero, Gabriel González Videla gana la elección y asume como Presidente de la República.

El tercer gobierno radical empieza con ímpetus, pero muy rápidamente deriva hacia las posiciones más reaccionarias que culminan con la persecución de sus antiguos aliados los comunistas. La derechización del radicalismo era un proceso

ya avanzado y la campaña anticomunista rinde sus frutos. Muchos son los factores que influyen en la ruptura y posterior marginación del Partido Comunista de la legalidad política. Es indudable que la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética y su reparto del mundo en bloques de influencia tiene importancia, pues no resultaba permisible que en un país del bloque que se suponía norteamericano pudieran estar gobernando los comunistas. Por su parte los comunistas contribuyen a esta campaña, pues a diferencia del comportamiento que tuvieron en los gobiernos precedentes, tienen una actitud de confrontación con el que se supone es "su" gobierno.

La ley de defensa de la democracia, llamada por sus impugnadores (falangistas, comunistas, sectores socialistas) la "ley maldita", prohíbe la vida legal de los comunistas y el Gobierno Radical entra a un proceso de derechización abierto, con pocos chispazos de progresismo, como sería el gabinete de sensibilidad social. El Partido Radical ha detenido su carácter de fuerza transformadora y se ha aliado con la derecha, que es en realidad quien pasa a manejar el país. La derecha ha conseguido nuevamente frenar los impulsos renovadores y consolidar su posición política y económica.

NUEVO CAMINO PARA LA MESOCRACIA

La derecha se equivoca si cree que ha conseguido una alianza estable con los radicales para mantener el gobierno. El Partido Radical aún pretende conservar la Presidencia de la República para un hombre de sus filas y levantará su propia candidatura para la elección de 1952. Al interior del Partido Conservador son derrotadas las posiciones social cristianas que sirvieron de bandera en 1946 y se consolida una alianza con el Partido Liberal, la otra gran fuerza de la derecha, para presentar un frente común a los partidarios de los cambios. Su candidato, Arturo Matte, es un típico hombre de la derecha tradicional, que le permite sacarse la máscara y exhibir con desenfado su propia alternativa, esta vez creyendo ganar con los mismos argumentos de siempre: que ella es el orden y la seguridad y que los chilenos deben estar contra los cambios pues son fuente de caos.

La situación del país, sin embargo, es muy difícil de clasificar. Se trata de un proceso de tránsito en el mismo esquema de predominio de las clases medias. Estamos frente al fenómeno del ibañismo.

Tendrán que pasar muchos años y muchos estudios para comprender cabalmente lo que significa el ibañismo en la política chilena. Hay estudios muy contradictorios, que van desde la alabanza estusiasmada de quien fue su partidario, hasta las críticas duras de sus enconados adversarios. Alfonso Stephens ha publicado dos escritos que, pese a su manifiesta animadversión que les resta objetividad, constituyen instrumentos interesantísimos de análisis. Uno de ellos es "El irracionalismo político", en el cual se analizan las posturas de quienes hacen su discurso sin grandes contenidos políticos

sino más bien por posiciones coyunturales; el otro es “Los mediocres”, un conjunto de comentarios que conforman un ensayo sobre la clase media chilena.

Guste o no guste, Ibáñez ha sido uno de los hombres claves en el devenir político del siglo XX. Es un caudillo que levanta a sus seguidores por su personalidad y no por sus posiciones políticas. Presenta numerosas diferencias con los líderes tradicionales, tanto por extracción social, por formación, por estilos personales. Nadie podrá negar que juega un papel gravitante en el desarrollo de la vida política del país en este siglo, en un largo contrapunto con Arturo Alessandri, escribiendo largas páginas de nuestra historia llena de rivalidades.

Ibáñez lucha por alcanzar el poder y lo consigue. Presiona por el regreso del Presidente constitucional en el golpe de Enero de 1925, pero no trepida en hacer sentir su papel de hombre fuerte desde los cuarteles de la Escuela de Caballería cuando recuerda al Presidente Alessandri —en una crisis de gabinete— que como es el único ministro que no ha renunciado, el Jefe del Estado nada puede hacer sin su firma. Acompaña a Emiliano Figueroa, pero ejerciendo el poder desde el Ministerio del Interior, hasta que termina por hacer salir al Presidente víctima de reiteradas ofensas y atropellos. Esa misma derecha que entonces no sólo derrota sino que humilla, pactará con Carlos Ibáñez para el Congreso Termal o se levantará contra él hasta sacarlo el 31. En 1943 Ibáñez se presenta como candidato a la Presidencia de la República con el apoyo de la derecha —Alessandri apoya a Ríos—, luego de sólo 4 años desde aquel día en que su apoyo a Aguirre marcó la derrota de Ross.

Ibáñez encontrará una casa política cómoda en el agrario laborismo. Nunca milita en él, pero el Partido se identifica plenamente con la imagen del caudillo. Hombres jóvenes; comerciantes, agricultores o industriales que no tienen cabida en las derechas tradicionales, le dan un punto de apoyo que no le exige fidelidades doctrinales sino sólo proyectos concre-

tos para superar problemas también concretos, con un fácil discurso de antipoliticismo, que es en realidad un discurso contra los radicales y contra Arturo Alessandri. Logra arrebatarse el liderazgo del agrario laborismo a Jaime Larraín y se presenta como candidato a senador en 1949. Afirma su campaña en las posiciones antirradicales y antiderechistas, convirtiéndose en una alternativa para amplios sectores de las clases medias que no aceptan al radicalismo y para los sectores populares que están desencantados de un gobierno que surgió con miles de promesas y terminó persiguiendo a la izquierda y los dirigentes sindicales. González Videla y la derecha —que perciben el desencanto del pueblo— intentan frenar esta nueva fuerza que apoya a un líder de incalculables proporciones. Hace su campaña senatorial bajo una dura persecución del gobierno y la obstrucción decidida de los patriarcas de la derecha, no obstante gana con una aplastante mayoría y se convierte en senador por la provincia de Santiago. Ibáñez se abre paso hacia el gobierno como genuino representante de una mesocracia que busca nuevas rutas.

El radicalismo va cuesta abajo e Ibáñez —que había abandonado el gobierno y el país hacía casi veinte años en oprobiosas condiciones— va aglutinando a su alrededor a los entusiastas del nuevo Partido Agrario Laborista, a la mayoría de los socialistas, a los mismos nacionalistas del 38 —algunos incorporados en el PAL y otros no—, a los gremios de empresarios, pequeños mineros, comerciantes, agricultores de todos los tipos, grupos todos que están dispuestos a acompañarlo en su gran aventura de reconquistar la Presidencia de la República.

Su campaña no exhibe programa ni proyectos: son lemas y consignas destinados a prometer que terminará con el ejercicio del poder por parte de los radicales. No creo exagerar si afirmo que en realidad lo que más interesaba a Ibáñez, ya camino a la ancianidad, era llegar a la Presidencia sobre todo para borrar su imagen de tirano, sin preocuparle lo que el Gobierno podría hacer o no.

Por su parte, el Partido Radical consigue el apoyo de la Falange Nacional. Ya entonces la futura Democracia Cristiana va reconociendo lo que será su ubicación en el espectro político. Pluriclasista, intérprete de las clases medias, con un pensamiento renovador y una actitud audaz, percibe su cercanía ideológica con el radicalismo criollo.

Esta alianza entre radicales y falangistas pudo haber prosperado, pero fracasó por diversas razones. El primer fracaso —durante el gobierno de González— se debe a las posiciones cada vez más derechistas del radicalismo, que pese a las intenciones de su gabinete de “sensibilidad social” se inclina demasiado a proyectos distintos del que promete anticipar la Falange Nacional. Eso no será obstáculo para que los falangistas apoyen al candidato radical el año 1952, Pedro Enrique Alfonso, pero esa alianza no pasará de ser una aventura pasajera. La destrucción paulatina del Partido Radical, una especie de envejecimiento de sus cuadros, la derechización creciente, el abandono electoral que sufre por una clase media que se desplaza al agrario laborismo o a ciertas posiciones socialistas, son una parte de los factores que influirán en eso. Por otra parte conspira contra esa alianza la incorporación al PDC de sectores provenientes del agrario laborismo, enemigos acérrimos de los radicales. Los agrario laboristas aportan esa cuota de distancia con las otras fuerzas de la clase media que en cierto modo harán que la Democracia Cristiana aparezca soberbia ante los ojos de muchos.

Recién ahora —después de tanto trauma y conflicto, después de más de 10 años de tiranía— la Democracia Cristiana y los radicales —divididos en tantos grupos— se reconocen como aliados, pero aún nos miramos las caras con una cierta desconfianza, herederos nosotros de una rivalidad que nos fue inoculada por los que llegaron al Partido sin compartir su proyecto histórico.

Los grupos más ideologizados al interior del PAL propugnarón la formación del FRAS —ya en pleno gobierno de Ibáñez—, integrado por Falangistas, Radicales, Agrarios y

Socialistas, pues entendían que esa era la alianza de la mesocracia que habría dado continuidad al proceso de profundización democrática que Chile necesitaba, obteniendo una mayoría estable y prolongada. El esfuerzo fue breve, porque las pasiones predominaron sobre la razón. Hoy, ya en 1985, algunos creen que la Alianza Democrática puede ser el conglomerado político que abra este proceso de unidad histórica entre las fuerzas democráticas y progresistas, entre las clases medias y los sectores populares, siempre y cuando no se vea arrastrada por la derecha hacia sus intereses. Este peligro no se debe a la presencia de los Republicanos, sino de los otros grupos derechistas que, tardíamente descolgados del pinochetismo, pretenden presentarse como dadores de la democracia y poseedores de la verdad y de la medida. Los Republicanos, como lo dice con tanta gracia Julio Subercaseaux, han sido derechistas en un país izquierdista, pero han rechazado desde los comienzos el proyecto tiránico.

La derecha se juega todas sus cartas para derrotar a Ibáñez, pero no lo consigue. El “General de la esperanza” como lo llaman sus partidarios, obtiene una aplastante mayoría y asume la Presidencia de la República en medio de un fanático entusiasmo de sus disímiles partidarios. La elección parlamentaria de 1953 significa una victoria de los ibañistas, en medio de un cuadro político muy desordenado, con más de 30 partidos políticos participando, la mayor parte de ellos de muy escasa significación.

Empieza una época difícil. Los partidarios del gobierno de Ibáñez no lograrán sellar la unidad y se produce un constante ir y venir de ministros y políticos que impide la aplicación de planes claros, coherentes y continuados para el desarrollo nacional.

Ibáñez no logra conducir realmente al país y, como lo decía antes, el mandatario parece más preocupado de borrar su imagen de “tirano” —como lo presentan permanentemente sus opositores— que de hacer gobierno propiamente tal, generando procesos o impulsando el desarrollo. Hace un

gobierno débil y timorato, en que los hombres audaces alcanzan cierto brillo personal y se proyectarán más adelante. Da importancia a la agricultura y consigue continuar —a ritmo cancano, casi de inercia sino fuera por las plantas de IANSA— el proceso de industrialización. El país, sin embargo, enfrenta momentos muy duros producto de la vacilante conducción económica.

La oposición, por su parte, actúa cerradamente en su contra. La oposición de la derecha será dura y tenaz desde el primer día. Debuta en su acción obstructionista rechazando en el Senado todos los nombramientos de embajadores que hace el gobierno y luego atacará con la mayor dureza a los ibañistas. La declaración de inhabilidad de la senadora María de la Cruz constituye parte de una maniobra destinada a ir fraguando una campaña de desprestigio del gobierno y quienes lo apoyan. Dicho en otros términos: la derecha quiere castigar a Ibáñez y por la vía dura conducirlo hacia la derechización, usando un esquema distinto del aplicado a González Videla. A cada uno lo suyo, con la sabiduría que da el ejercicio del poder por tantos años.

El Partido Comunista —sin expresión legal— está también en dura oposición. Su postura va encontrándose con los socialistas que lentamente derivan hacia la oposición. El viraje de los socialistas va arrastrando de a poco a los agrario laboristas, quienes no salen totalmente del gobierno sino hasta 1957 ó 1958, pero van perdiendo importancia y peso en su interior.

La actitud de la izquierda encuentra coherencia en la confianza, que siguiendo ese predicamento, el siguiente enfrentamiento electoral será una lucha directa entre ellos y la derecha, logrando subsumir el centro político —que ayer había sido de los radicales, y ahora de los agrario laboristas— y capitalizar con una clase media nuevamente decepcionada. El diagnóstico en sí no es errado. Lo que no imagina la izquierda en esos años, es que en la próxima lucha electoral emergerá como una nueva fuerza aglutinadora de las clases medias el

Partido Demócrata Cristiano que entrará en la escena.

La derecha quiere conseguir dos objetivos. Por una parte rodear al gobierno y coparlo —como ya lo había hecho antes con Ríos y González, pero con un método más duro— para que finalmente sean sus intereses los que primen. Por otra parte, coincidiendo con la izquierda, quiere polarizar al país capitalizando con el anticomunismo de las clases medias. Ya mencioné que la polarización no le será posible todavía, pero el primer objetivo se cumple a cabalidad, pese a los esfuerzos que hacen algunos, entre ellos el propio Ibáñez, por encontrar una conducción renovada para su gobierno. Ese esfuerzo fue lo que se llamó “la gestión Frei”, que terminó como “la gestión Prat”. En efecto, al promediar su gobierno Ibáñez convocó a Frei para que propusiera una fórmula de solución de los problemas. Tensiones, proposiciones, presiones de uno y otro lado, todo culminó con el abandono de esa posibilidad y quien asumió en esas condiciones fue Jorge Prat, nacionalista, hombre de la derecha que cumplirá eficazmente la misión de orientar hacia posiciones reaccionarias al gobierno.

Funcional a todo esto es la crisis del agrario laborismo, ya iniciada años antes con el retiro de algunos sectores nacionalistas de ultraderecha, Onofre Jarpa entre otros. Al promediar el gobierno de Ibáñez, cuando al agrario laborismo han llegado muchos oportunistas que sólo están interesados en tener cargos fiscales, se produce la crisis a que hemos hecho referencia y en la cual se ofrece a Frei la posibilidad de organizar un gabinete. Como decíamos, asume Prat que con otros nacionalistas —de dentro y de fuera del agrario laborismo— van orientando paulatinamente las cosas hacia la derecha y la defensa de los intereses más reaccionarios. Con el correr de los años estos personajes se revelarán no sólo como de franca derecha sino además como muy poco democráticos. Son los mismos que a partir de 1965 darán vida al Partido Nacional, atrayendo con buenos argumentos a liberales y conservadores, pero manteniendo ellos

el control del aparato orgánico del nuevo partido. El ingreso de Frei y de la Falange, con su enorme capital humano podría haber significado dar un salto cualitativo para abrir puertas nuevas hacia la solución de los profundos problemas de Chile. Pero las cosas terminaron con la derecha —esta vez más encubierta— dominando la escena. Tal vez sería muy bueno que aquellos que tuvieron intervención en esta historia pudieran contar una versión real y exacta de los sucesos. Yo no tengo claro por qué fracasó la gestión para el ingreso de Frei.

La falta de conducción política y el fracaso en el plano económico opacan ante la imagen pública las obras del segundo gobierno de Carlos Ibáñez. Sus fuerzas de sustentación se ven destruidas al terminar el período y nadie llevará la voz del continuismo en la campaña presidencial, hecho completamente nuevo en el país. Me atrevo a afirmarlo, pese a estas caricaturas de la revista "Topaze" que mostraban a Ibáñez regaloneando a su "hijito" Salvador Allende.

En las elecciones parlamentarias de Marzo de 1957 Frei es elegido Senador por Santiago y la Falange Nacional, definitivamente luego de casi veinte años en el 3,5% sube su votación al 10%. En el mes de julio de ese año la Falange Nacional y el Partido Conservador Social Cristiano se fusionan y dan origen a un nuevo partido político: El Partido Demócrata Cristiano. Esta fusión es una invitación a que se integren otros grupos de inspiración católica y se abre un espacio importante en la política chilena. Con Eduardo Frei a la cabeza, el nuevo partido se presenta con un pensamiento renovador, con la fuerza de los líderes jóvenes, nuevos rostros y nuevos estilos, intentando ganar el favor de las clases medias y de los sectores populares.

El PDC recibirá luego el aporte de jóvenes provenientes del liberalismo y ex militantes del agrario laborismo, constituyéndolo como una fuerza de la clase media.

Las federaciones de estudiantes universitarios pasan a ser dirigidas por los jóvenes del nuevo partido, que aparece

como una sólida esperanza para muchos sectores que entendían agotados los modelos y los estilos que hasta entonces se exhibían como las alternativas vigentes.

No es este el documento adecuado para adentrarnos en el pensamiento o el desarrollo interno de la Democracia Cristiana. Hay que hacerlo y pronto, pero por ahora y en este punto del relato estimo que debo consignar un dato que no puede ser soslayado: el liderazgo personal de Eduardo Frei. Al interior del Partido aparece caminando casi sin contrapeso hasta el día de su muerte. Hacia el país aparece trascendiendo su propio partido y es apreciado como un dirigente con brillo propio. Indudablemente él fue un enorme aporte para el desarrollo del PDC, el más grande de sus hombres y uno de los más importantes líderes y conductores políticos del siglo y, tal vez, de la historia de Chile.

EL GOBIERNO DE LOS GERENTES

Ibáñez, como lo decía antes, termina su gobierno sin pena ni gloria. La elección de 1958 se lleva a cabo con cinco candidatos. La derecha se agrupa para ganar: conservadores, liberales y nacionalistas eligen a uno de los suyos para llevar adelante un discurso de eficiencia y apoliticismo. Quiere proyectarse la imagen de que Chile necesita un hombre firme, eficiente y sin ambiciones personales, una especie de Gerente del país. Se quiere evocar, de cierto modo, la imagen de Gustavo Ross, Ministro de Hacienda.

Los dirigentes de la derecha se dan cuenta de que en el país hay un terremoto en preparación: deben jugarse a fondo por frenar todo avance del progresismo. Para ello se levanta a Jorge Alessandri como el hombre de experiencia y sin ambiciones que será capaz de sacar al país adelante imponiendo un modelo sobre la base de la austeridad y de la firmeza. Su presentación es simple y se orienta básicamente a mostrarse como la única fuerza de continuidad democrática, frente al peligro marxista o a la demagogia de Frei y el PDC.

Los Partidos Comunista y Socialista, unidos a otras pequeñas fuerzas políticas asumen una posición popular y revolucionaria. Postulan a Salvador Allende, hombre con enorme carisma, buscando captar la votación popular con un discurso duro contra el imperialismo norteamericano y la derecha.

El partido Radical y la Democracia Cristiana se disputan los favores de la clase media típica. Aunque Frei supera a Bossay, el candidato radical, se mantendrá todavía por algunos años la primacía del radicalismo, que hasta 1963

seguirá siendo la primera fuerza electoral.

Hay un quinto candidato: Antonio Zamorano, el ex cura de Catapilco, engendro de la derecha destinado a quitar votos populares a Salvador Allende, para evitar que amague las posiciones alessandristas. La estratagema da resultado y si acaso se sumaran a Allende los votos de Zamorano, habría vencido a Alessandri. La derecha ha sacado muy pocos votos más que Allende y será elegido por el Congreso como Presidente. El resultado electoral deja de manifiesto que las clases medias no se inclinaron por ninguna de las posturas que querían polarizar el país. Es bueno hacer notar que sumados Frei y Bossay superan largamente a los otros dos candidatos.

El cientista político norteamericano Federico Gil, en su libro "El sistema político chileno", resume en pocas y precisas líneas la tónica del gobierno de Jorge Alessandri: "Durante la administración de Alessandri la economía chilena mostró poca mejoría, mientras las demandas populares se volvían más apremiantes. La administración impuso restricciones a la importación, topes a los salarios y controles de cambios, medidas todas impopulares". Pero eso no es todo: la situación general fue de estancamiento y falta de resolución frente a los problemas centrales. Los analistas pensaron que Alessandri, dado su carácter austero y aparentemente independiente, haría un gobierno autoritario, técnico y eficiente que solucionaría los más graves problemas del país. Así también se lo hicieron creer al pueblo los publicistas durante la campaña. Sin embargo el Presidente no tuvo claridad ni serenidad ni decisión para manejar la situación política. Recordemos, por ejemplo, que como producto de las discrepancias entre los partidos de la derecha durante más de dos años todos los Intendentes y Gobernadores del país tuvieron el carácter de interinos. O que luego de haberse fijado el dólar y haber cambiado la moneda —el peso por el escudo— para hacer el cambio paritario, sorpresivamente se aprovechó un día de Inocentes

para subir el precio de la moneda extranjera a más del doble.

La oposición es capitaneada por la Democracia Cristiana y por el Partido Socialista. Son ellos —y no los comunistas, que mantienen silencio y se dedican a la reorganización luego de años de proscripción—los que atacan con más energía al gobierno. En la inauguración del período ordinario de sesiones del Congreso Nacional el 21 de Mayo de 1961, Frei y Allende, líderes de la DC y del PS, interrumpen con dureza la reunión, pidiendo la palabra para increpar a Alessandri, en un incidente que dura más de dos horas y que guarda relación con una situación electoral que significó que fuera elegido un radical en lugar de un demócrata cristiano como senador por el Norte.

La Democracia Cristiana generaliza en el país la necesidad de cambios profundos; su análisis muestra estructuras sociales y económicas arcaicas y propone al país su discurso de renovación democrática y desarrollo económico.

Al promediar el gobierno, en las elecciones parlamentarias de 1961, conservadores y liberales sufren una derrota de proporciones en virtud de la cual pierden el control de la Cámara de Diputados. Alessandri llama al Partido Radical, culminando el proceso de derechización de esa colectividad política, que se incorpora al llamado gobierno de los gerentes.

En el año 1963 el país está en un estado de efervescencia, con agitación callejera, estancamiento económico, endeudamiento externo acelerado, retención de salarios e ineficiencia administrativa. Es un país que se agita en la base y que ve a su Presidente reducir todos los males en una crítica al Congreso Nacional, al que desprestigia de modo ruin. Este discurso contribuirá muy eficazmente a la destrucción del régimen democrático en la conciencia de los chilenos.

Federico Gil en su obra agrega: “las fuerzas derechistas en control de la administración, incluso admitiendo la necesidad de reforma social, permanecieron en general comprometidas con el pasado y se mostraron incapaces de llevar a cabo las modificaciones radicales exigidas por la sociedad chilena”.

La habilidad de la derecha para acomodar su imagen la lleva a tomar ciertas medidas reformistas que la oposición denunció como moderadas e inadecuadas. Una insípida reforma agraria, conocida como “la del macetero”; una reforma educacional exclusivamente formal; pretendidas reformas previsionales que sólo favorecieron a pequeños grupos privilegiados. Todo esto acompañado de ninguna redistribución del ingreso. Y lo peor de todo el estado desastroso de la Hacienda Pública. La exposición que hizo el Ministro de Hacienda Luis Mackenna a fines de 1963 fue prácticamente destrozada por el senador gobiernista Wacholtz, sucesor de Alessandri en la cámara Alta, hombre versado y honesto que creyó necesario decir la verdad al país.

LA REVOLUCION EN LIBERTAD

En las elecciones municipales de 1963 son derrotadas nuevamente las fuerzas políticas que apoyaban al gobierno de Jorge Alessandri. En sólo dos años han perdido 8 puntos en porcentajes totales y, por primera vez en muchos, el Partido Radical debe ceder su primer lugar como fuerza política en favor de la Democracia Cristiana, partido que sube desde un 15,93% de 1961 a un 22,80% . La izquierda, que tiene un pequeño incremento, se concentra en los dos partidos mayoritarios, socialista y comunista.

Ya comienza el tiempo de campañas. La derecha gobernante proclama como su candidato presidencial para suceder a Jorge Alessandri al senador del Partido Radical Julio Durán. Se fortalecía así una alianza denominada “Frente Democrático”, que incluía a casi toda la derecha y a los radicales. Este era un nuevo esfuerzo por retener el gobierno, para lo cual la derecha aceptó ceder la conducción del proceso a un hombre que no pertenecía a los partidos tradicionales. Creían que el radicalismo – aún tan rechazado– sería capaz de asegurar una victoria electoral a las fuerzas de sustentación del capitalismo.

En el Frente Democrático no estaban Jorge Prat y sus nacionalistas. Ellos formaron otro partido (Acción Nacional) con la intención de desplazar –en el curso de la campaña electoral– a Julio Durán y capitanear las fuerzas de la derecha. Sus esfuerzos fracasarán junto con el Frente Democrático de tan corta vida, ya que la derecha –al suceder la derrota electoral de Curicó en 1964– se concentra en apoyar a Frei pues no quiere correr el riesgo de nuevas aventuras, pues

es muy alto el porcentaje de posibilidades de que triunfe Salvador Allende, líder socialista. Sólo después de sucesivas derrotas la derecha asumirá el plan nacionalista de Acción Nacional y se unirá en un solo partido político.

La Democracia Cristiana, fortalecida con los últimos resultados electorales, proclama a Frei como su candidato a la Presidencia de la República, quien levanta su programa de Unidad del Pueblo, Revolución en Libertad y Gobierno Nacional y Popular.

La izquierda ve alzarse dos candidaturas. Los socialistas proclaman a Salvador Allende como respuesta a la proclamación que el PADENA (nacido de la fusión de los restos del agrario laborismo con el viejo Partido Democrático) hace de Carlos Montero Schmidt, a la sazón presidente del FRAP. Montero sirve de puente de plata para intentar la unidad de las candidaturas del PDC y del Partido Socialista, lo que no consigue. Fracasada la gestión, todo termina con Allende como candidato del FRAP y Frei de la DC, apoyado por un grupo que abandona la trinchera de la izquierda y se integra al Partido Demócrata Cristiano —Jorge Lavandero entre otros— o forma de nuevo el agrario laborismo —Carlos Montero, Benjamín Videla, Javier Lira—, muchos de los cuales terminarán finalmente como militantes DC o compañeros de ruta.

La historia de los pueblos está llena de anécdotas y hechos políticos que van condicionando el desarrollo de los acontecimientos. Los procesos sociales no son tan claros y evidentes como a veces quisiéramos que fueran. Las actitudes personales de los líderes influyen, de modo importante, en la determinación del curso de la historia. Es eso lo que pasó, por ejemplo, con la opción a que me refería que hace Ibáñez entre Frei y Prat; desde mi punto de vista se equivocó el gobernante y las cosas han seguido este curso. Podemos imaginarnos lo distinto que habría sido todo si acaso Frei asume la tarea que se le quiso encomendar. Así también este Montero, adalid de la unidad de la izquierda, Presidente de la Conven-

ción del Pueblo que apoyaba a Frei, Presidente del FRAP en su época, terminará embarcado en la derecha, fundamentalmente motivado por razones de estricto orden personal. Tanto es así que su nombramiento como embajador ante Venezuela, pendiente en el Senado, es retirado cuando interviene en una toma de caminos que hacen los agricultores contrarios a la Reforma Agraria.

Dentro de este anecdotario —pero jugando un papel impensadamente clave— está la elección parlamentaria de Curicó de 1964. Eric Campaña era el experto electoral de la Democracia Cristiana. Una mañana de enero de 1964 se enteró, como todos los chilenos, de la lamentable muerte del diputado socialista por Curicó, Doctor Oscar Naranjo. De inmediato sacó sus cuentas y supo que debía haber elección complementaria de diputado; al sacar las primeras cuentas rindió su informe: en esa elección podía jugarse la suerte de la campaña presidencial. Había un claro riesgo para la Democracia Cristiana. En esa provincia las fuerzas más importantes eran las de la derecha y luego los socialistas. Así las cosas podía producirse una confrontación entre el Frente Democrático y los allendistas, dejando en evidencia que la candidatura de Frei era irremediablemente tercera. La estrategia era entonces sacar esta campaña del contexto electoral. Para ello el PDC ofreció a la izquierda enfrentarla con la unidad de todas las fuerzas de oposición a Alessandri, llevando como candidato a un socialista, el hijo del diputado fallecido.

La derecha por su parte, recordando que en 1963, un mal año para ella, había obtenido un 48% de los votos en Curicó, proclamó su candidato y centró la campaña en el argumento que esto sería un anticipo del resultado de Septiembre.

El FRAP, cometiendo un grave error político, prefirió aceptar el desafío de la derecha que la invitación de la Democracia Cristiana. Centrada de ese modo la campaña, cada una de las fuerzas llevó su propio candidato. El resultado significó que el Frente Democrático con el apoyo de los nacionalistas

obtuvo el 32%, el candidato socialista ganó con casi un 40% y la Democracia Cristiana subió del 21 al 28%. Al conocer el resultado, Alejandro Hales estusiasmó a los freistas y a los demócrata cristianos para salir a la calle a celebrar el resultado, pues entendía que eran los reales vencedores. Salomón Corbalán, senador socialista desaparecido prematuramente, al mirar este desfile de los jóvenes demócrata cristianos que celebraban el resultado tuvo una reflexión de profundidad: “haber ganado un diputado, dijo, nos puede significar perder un presidente”.

Efectivamente así fue. El Frente Democrático se quebró, Durán fue abandonado por los liberales y los conservadores que apoyaron incondicionalmente a Frei para “frenar al comunismo”. Prat retiró a los pocos días su candidatura. Los radicales confirmaron a Durán y mantuvieron su postulación convencidos que así evitarían que uno de los dos candidatos “grandes” obtuviera la mayoría absoluta, consiguiendo entonces convertirse en elementos de definición para la elección que tendría que llevar adelante el Congreso. Una interpretación y una táctica para sacar dividendos particulares.

La campaña tuvo dos tonalidades. Una de ellas fue la campaña del terror. La derecha condujo las cosas para centrar el asunto en el debate sobre el comunismo. En los tonos más espantosos se quiso mostrar a Chile entrando bajo una tiranía comunista, con rusos y todo. El tiempo ha permitido que se revelen ciertos antecedentes como para afirmar que la Central de Inteligencia Americana (CIA) estuvo involucrada en esta campaña del terror. Este fue el tono negativo.

El tono positivo mostró una pugna entre dos modelos para el cambio social: la revolución a secas que proponía el FRAP y la revolución “en libertad” que proponía la Democracia Cristiana. Algunos han señalado que es un exceso hablar de “revolución en libertad” pues toda revolución para ser tal debe ser liberadora. No me interesa entrar en esa discusión o plantear calificativos sobre si una u otra es o no revolución. Cada uno entenderá lo que quiera. El lema surge

como contraposición a la revolución a secas que ofrece el FRAP y que era inevitablemente identificado con el proceso revolucionario de Cuba, que en esos años estaba en sus primeros momentos.

En la campaña freista propiamente —no la del terror— primaba un estilo diferente, que trataba de mostrar a Frei y al Partido Demócrata Cristiano como capaces de encabezar un gran movimiento de carácter nacional y popular destinado a conseguir la unidad de los chilenos en torno a tareas de interés general. Se hablaba de la construcción de un nuevo orden social y en torno a ello se divulgaba el programa y se generaba una enorme mística. Con una masiva y completa campaña de propaganda, con numerosos folletos se dio a conocer el programa por cada ámbito de la actividad nacional y cada sector de la vida social. Se creó una mística en torno al candidato y sus lemas; canciones juveniles, folklóricas, marchas (ese “Brilla el Sol” que aún se canta y nos llena los ojos de lágrimas), letreros alegres, banderas, una hermosa marcha “De la Patria Joven” que culminó en un Parque Cousiño (O’Higgins ahora) lleno de jóvenes cantando y un discurso inolvidable de Frei, uno de los mejores de su vida. Eso, unido a un candidato de lenguaje joven, claro y maduro, la movilización de los campesinos, las enormes concentraciones, fueron factores que entusiasmaron a miles de chilenos.

La candidatura de la izquierda se puso a tono con la campaña del terror y respondió de modo duro. Sólo en la campaña de 1970 pasaría a tener ese mismo tono alegre y entusiasmante que tuvo la campaña de Frei en 1964. Allende atacó con dureza a la Democracia Cristiana, a la que quiso presentar como “la nueva cara de la derecha”, burlándose del proyecto revolucionario que ofrecía al país. Ya más avanzada la lucha electoral, el allendismo quiso mejorar la imagen para recuperar terreno que sensiblemente estaba perdiendo ante Frei, para lo cual suavizó un poco su lenguaje, organizó comandos ad-hoc, tales como los católicos allendistas, los

liberales con Allende encabezados por Gregorio Amunátegui, las mujeres allendistas. Un hecho muy positivo, que ayudó a una imagen de avance y no destrucción como lo señalaba la “campana del terror”, fue la firma de compromisos públicos con distintos sectores sociales. Finalmente, Allende, que años después se autocalificaría de “la mejor muñeca de Chile”, terminó por quebrar a los radicales llevando a muchos a su molino.

Frei ganó con mayoría absoluta. Los socialistas y comunistas, obteniendo la más alta votación de la historia y que nunca volverían a alcanzar, deben aceptar su derrota en las lides democráticas. El gran perdedor fue evidentemente Durán, que sólo obtuvo una pequeñísima votación que no le fue suficiente para jugar un papel de elemento decisivo, pues no fue necesaria la votación en el Congreso Nacional.

La campaña presidencial entusiasmó a la juventud, a los profesionales, a las apáticas clases medias, a los campesinos. El triunfo de Frei no se debió, como algunos quieren sostenerlo, sólo por la campaña del terror contra el comunismo. Sin duda que tuvo influencia, pero no fue el factor decisivo. Estimo que los factores centrales para este categórico triunfo electoral de la Democracia Cristiana fueron la mística creada por un mensaje renovador y la presentación de un programa de gobierno sólido, coherente y profundamente revolucionario.

En este sentido cabe destacar que esta campaña presidencial es la primera en la cual las fuerzas políticas se preocupan de ofrecer un verdadero “Programa de Gobierno”. Allende formula planes concretos, se apoya en una oficina que llamó OCEPLAN y firma los compromisos sectoriales que mencioné. La Democracia Cristiana formula un programa muy completo y durante la campaña se realizan reuniones interesantísimas con distintos sectores, recogiendo aspiraciones y discutiendo las bases programáticas de la futura acción del Gobierno. En torno a este tema es bueno recordar —sobre todo para muchos camaradas míos que parecen olvidar dema-

siendo pronto— aquella declaración que el Partido Demócrata Cristiano hizo circular en 1963: “Sólo mediante una revolución de unidad nacional Chile superará sus problemas y construirá la nueva sociedad”. A partir de esta afirmación, el PDC elabora su programa de gobierno —nacional y popular— que postulará la transformación profunda de la sociedad burguesa y capitalista que existía en Chile.

Nunca en la historia de nuestro país un partido político ha contado con una fuerza de profesionales, técnicos e intelectuales como los ha tenido la Democracia Cristiana. Ello permitió que se pudiera elaborar un programa tan completo y, a la vez, entusiastamente. Vale la pena hacer un esfuerzo por releer los documentos de ese programa, no sólo para comprender el pasado sino para reactualizar muchas propuestas para las exigencias del Chile de hoy.

La izquierda chilena ya en esa época está formando sus cuadros profesionales y técnicos. La mayoría de ellos se irá vinculando a organismos internacionales y será una buena fuente para las informaciones y datos que necesitarán los autores del programa político de 1970. Cuando ese año la “Unidad Popular” accede al poder, esos técnicos abandonarán sus puestos para asumir responsabilidades en la histórica tarea de participar en lo que pretendió ser un gobierno revolucionario y fue la primera experiencia socialista por vía democrática en nuestra América.

El Gobierno de Frei marca el inicio de un verdadero terremoto en la política chilena. Si nosotros queremos juzgar a este Gobierno desde el punto de vista del cumplimiento estricto del programa, tendríamos que sostener que su éxito fue muy relativo. Evidentemente estuvo muy lejos de cumplir con todo lo que estaba escrito en los documentos divulgados durante la campaña electoral. Pero, desde un punto de vista histórico, el Gobierno de Frei fue todo un éxito: no sé si el mejor gobierno de cien años —como dijo Tomic con excesiva euforia— pero sí uno de los mejores y más realizadores de muchos años.

El juzgamiento del gobierno de Frei es una tarea larga que debemos dejarla para la historia. Con el objeto de valorizar correctamente la situación, debemos mirarla desde dos perspectivas. Por una parte el desarrollo de los partidos y de la actividad política y, por otra, desde el punto de vista de las efectivas transformaciones provocadas en la sociedad chilena.

No es fácil pretender emitir juicios siendo militante de un partido político, pues resulta natural que ejerzamos la tendencia de encontrar bueno todo lo que ha hecho nuestro partido. Esa barrera intelectual debe ser vencida, pues es precisamente la causa de muchas dificultades que encontramos en las organizaciones políticas para percibir correctamente la realidad. Tanto en lo personal como en lo colectivo debemos ser capaces de percibir y comprender lo bueno y lo malo que hacemos y lo bueno y lo malo que hacen los otros. Así seremos capaces de progresar efectivamente y conseguir la base de la construcción del nuevo orden: la unidad.

Los partidos son vanguardias políticas dentro de la sociedad. En lo posible sus militantes deben ser pocos en relación con el cuerpo electoral. Deben agrupar a las personas según su visión de la realidad para contribuir al engrandecimiento de la sociedad toda y no para imponer modelos rígidos que se desprendan de su proyecto histórico. Ya repetiremos estas ideas al conceptualizar la crisis: los grupos políticos ofrecieron modelos totales, hegemónicos, excluyentes, que hacían el encuentro enriquecedor de los elementos variados de la sociedad.

Asimismo, los partidos políticos son agentes de crisis —sobre todo los partidos de avanzada como el nuestro— pues deben estar en una permanente acción de cuestionamiento de la realidad, de las instituciones y de las autoridades. Los partidos son receptores de la realidad social y, por lo tanto, de la misma crisis que ayudan a generar. En la medida que los militantes de los partidos seamos lo suficientemen-

te abiertos para aceptar que sólo somos “parte” del proceso político, seremos capaces de generar respuestas válidas en una perspectiva de verdadera unidad. La esencia de la democracia —para cada punto de vista— no reside en que yo tenga derecho a expresar mi posición, sino en que pudiendo yo hacerlo sea capaz de luchar porque mi rival tenga el mismo derecho y su oportunidad. Como vanguardias políticas o agentes de la crisis, los partidos son medios indispensables en la sociedad política. Pero para conseguir la verdadera transformación de la sociedad en un plano de unidad democrática no bastan los acuerdos de las directivas. Ello es muy importante, pero sin unidad en la base social y sin un compromiso real y participativo de los actores sociales no habrá jamás verdadera democracia y, por cierto, no habrá jamás una revolución en la perspectiva humanista.

Las elecciones parlamentarias del año 1965 ponen de manifiesto el terremoto político a que me refería. Por cierto que los resultados no reflejan estrictamente las reales posiciones políticas, pues el lema “un parlamento para Frei” arrastró muchos votos. Por el contrario, considero que el cuadro político que se reflejará a partir de las elecciones municipales de 1967 o de las parlamentarias de 1969 —que tiene pocas diferencias— se acerca mucho más a la composición verdadera de las tendencias políticas del país en un más largo período histórico.

La Democracia Cristiana arrasa a lo largo del país, obteniendo el aplastante resultado de 83 diputados sobre un total de 147 —mayoría absoluta— y 13 de los 20 senadores que debían elegirse en esa oportunidad (25 no se reelegían, sino que su mandato se prolongaba por otros cuatro años. Por ello no es exacto decir que Frei contó con mayoría en el Congreso, pues esa mayoría sólo fue válida en la Cámara de Diputados).

En estas elecciones todos los partidos políticos bajan su votación, salvo los comunistas y la Democracia Cristiana.

El Partido Demócrata Cristiano obtiene un hermoso triun-

fo: un 42%. Ahora bien, este éxito fue en realidad —como lo podemos apreciar claramente con la perspectiva de los años— un monumental error. Me explico. En torno a la campaña de Frei había tres partidos. El más importante es la Democracia Cristiana, el partido de Frei, que será EL partido de Gobierno. Estaban además dos pequeños partidos que provenían del antiguo Agrario Laborismo. Uno de ellos es el partido Nueva Izquierda Democrática encabezado por Jorge Lavandero Illanes, que se incorpora como cuerpo a la Democracia Cristiana en 1964 antes de las elecciones presidenciales. El otro partido es la Democracia Agrario Laborista, que reconstituye los cuadros más tradicionales del antiguo PAL, aglutinando un grupo importante de antiguos dirigentes que seguirían teniendo vigencia por largo tiempo (Javier Lira Merino, Alejandro Hales, Carlos Montero, Benjamín Videla Vergara, entre otros). Este partido apoya a Frei en su campaña presidencial y luego para las elecciones parlamentarias también exhibe el lema del parlamento para Frei. Sus dirigentes manifestaron a la Democracia Cristiana su convicción respecto de la necesidad de que el nuevo Gobierno tuviera un canal de apoyo diferente del PDC, pues de lo contrario se produciría la imagen de un grupo hegemónico y excluyente, cerrando las puertas a muchos que podrían estar con el gobierno sin compartir los postulados doctrinarios del partido de Frei, marginando a lo que se ha llamado las vertientes laicas, algunos de los cuales han llegado desde el radicalismo u otras posiciones al interior del partido produciendo inevitables efectos en las posiciones ideológicas. Para conseguir este segundo canal era preciso acordar que en alguna zona del país los candidatos del freísmo fueran militantes del agrario laborismo. No fue así y pasó lo que sabemos: que todo el freísmo fue canalizado por el PDC, que la DAL sólo recibió el 1% de los votos y como no eligió ningún diputado ni senador debió desaparecer legalmente. Luego — ¡y hasta ahora! — uno de los principales ataques de la DC se refiere a su sober-

bia, su sectarismo y al hecho de haber sido un partido solitario en la conducción del país con ciertas conductas que revelaban pretensiones mesiánicas.

Hubo un intento para remediar esta situación con la incorporación del PADENA al Gobierno, pero no fue suficiente pues ya era un partido demasiado pequeño y su máximo líder —Víctor González M.— ingresó pronto al PDC como un nuevo militante. Cuando el PADENA resuelve ingresar al Gobierno, a pesar de ser tan pequeño, se quiebra. Una fracción sigue a González y otra, mayoritaria, se queda en el FRAP con el nombre de Social Demócratas. Estos también terminarán divididos: unos, con Luengo a la cabeza terminarán en el P. Radical y otros pretenden mantenerse como tales —Patricio Hurtado por ejemplo— pero poco a poco van perdiendo identidad como partido. Recién ahora, en 1985 ingresarán a una de las fracciones del Partido Socialista (Briones).

Esta soberbia de que se ataca a la Democracia Cristiana se vio muy agravada con el tratamiento que se dio a quienes podían ser sus aliados “naturales”, los radicales, a quienes se atacó con dureza inexplicable. Es decir, casi inexplicable, pues es posible entender esta actitud como una consecuencia del ingreso de muchos agrario laboristas a la Democracia Cristiana, quienes tenían grandes odios o desprecio por el radicalismo.

El Partido Radical que, como vimos antes, había conseguido representar el sentir de las clases medias y gobernar Chile por muchos años, vio continuar su proceso de deterioro que ya se había manifestado a partir de 1961. Del 20% que tenía en 1963 bajó al 13% y fue perdiendo peso e influencia como consecuencia de un serio conflicto en su interior. Durante la época del gobierno de Frei un sector del radicalismo se marginará para formar un nuevo partido: la Democracia Radical, organización que agrupará a aquellos radicales de posturas más derechistas —clases medias enriquecidas— y que se aliarán con los sectores tradicionales de la derecha.

En forma paralela comenzó a desarrollarse otro conflicto serio en su seno: el enfrentamiento entre los viejos dirigentes radicales y algunos dirigentes juveniles, quienes fueron optando cada vez por posiciones más izquierdistas, hasta el extremo que llegarán a darse el nombre de Juventud Radical Revolucionaria, usado hasta el día de hoy. En el seno de las organizaciones juveniles chilenas el Partido Radical va perdiendo aceleradamente su influencia y en algunas de ellas llegan a carecer de toda expresión. Recién ahora, en estos años luego de la tiranía y con el auge de las posiciones socialdemócratas en el mundo, están apareciendo jóvenes radicales o jóvenes socialdemócratas (grupo nacido del mismo tronco y del Partido Izquierda Radical, grupo político que se formó de otra división del radicalismo en pleno gobierno de Allende). Las posiciones extremas de los jóvenes radicales fueron poco atractivas para la juventud chilena, que prefirió durante muchos años las grandes opciones ideológicas y si optaba por posiciones extremas para ello tenía a la izquierda tradicional, tales como comunistas y socialistas. Los radicales revolucionarios no asumieron su opción ideológica sino hasta hace muy pocos años.

El proceso de quiebre y ruptura del radicalismo durará muchos años y el gobierno de Frei es el escenario en el que se desarrollan las diferencias. El proceso que hoy se vive —consistente en el intento de reagrupar el viejo tronco radical— debe tener éxito no sólo para que ellos sean una alternativa válida en el futuro del país, sino por el país mismo que necesita de distintas vertientes de pensamiento para canalizar a los sectores medios.

Como lo mencioné, en las elecciones de 1965 el Partido Comunista mantiene su votación, conserva su 12,40% y no sufre el deterioro de los otros partidos. No es fácil insinuar un análisis del Partido Comunista, pues sus conflictos no tienen expresión externa con la misma fluidez de los demás partidos y existe una cierta rigidez o algo de dogmatismo en el tratamiento de los problemas. Desde la dictación de la

ley maldita (1948) el Partido Comunista había estado fuera de la ley. Son diez largos años de clandestinidad, por lo que debe aprovechar el tiempo del gobierno de Alessandri para recuperar su organización. Sus relaciones con el alessandrismo son pacíficas justamente con este objetivo.

Una vez que asume Frei, sin embargo, su análisis le permite concluir que es posible continuar avanzando y que los comunistas tienen derecho a postular sus propias tesis en el nivel nacional, lo que harán, sin necesidad de estar diluidos en la expresión de alianzas que no siempre le son satisfactorias.

Un grupo de jóvenes comunistas, alentados y orientados por el antiguo senador de Valparaíso, Jaime Barros Pérez Cotaop, quieren asumir la tesis de la vía armada siguiendo el ejemplo de la revolución cubana. Terminan expulsados del Partido, todos, incluyendo al senador y nacen diversos grupos ultraizquierdistas, de los cuales el más importante y que perdurará será el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Las rivalidades entre el MIR y el PC, que lleva incluso a enfrentamientos directos entre ambos grupos, no sólo arranca de las tesis ideológicas de Lenin sobre el ultraizquierdismo, sino que corresponden a un riguroso estudio de la realidad nacional que hace el Partido Comunista, sobre tendencias, comportamientos y posibilidades reales de acceso al poder, todo lo cual marca profundas diferencias entre nuestro país y otros de América Latina.

El MIR nace en pleno gobierno de Frei, incrementando sus cuadros con dirigentes comunistas y muchos universitarios, especialmente de las universidades de Concepción y de Chile. Este hecho servirá de base a la derecha para repetir con majadería sin igual que Frei es el "Kerensky chileno" y que fue el gobierno de la DC el que permitió el surgimiento de los "violentistas". En realidad —y en el ánimo de seguir nuestro estricto juicio a la realidad— lo que sucede es que algunos universitarios, analizando la situación chilena llegan a la conclusión que la izquierda perdió su última posibilidad de acceso al poder por la vía electoral con la derrota de

Allende en 1964 y que los caminos de la victoria pasan necesariamente por la vía armada. Es cierto que nunca la izquierda volverá a repetir una votación tan alta como la de ese año, pese a que en 1970 ganará la presidencia de la República. El ultraizquierdismo nace, entonces como consecuencia del hecho que Frei ganara y Allende perdiera y no de las características del gobierno de Frei, ya que eso llevó a los fundadores a un juicio equivocado de la realidad chilena, producto de una evaluación incorrecta. La izquierda chilena, podía ganar la presidencia —como sucedió— y la existencia de poderosas fuerzas democráticas en el país garantizaba su acceso al poder. Pero no era posible que esa izquierda gobernara sola: no representaba más que un tercio y necesitaba de una alianza táctica de más amplio espectro. Para los miristas esa era una alianza imposible y preferían asegurar su fuerza conquistando el poder por la vía armada. Los comunistas y los socialistas intentaron esa alianza incorporando a los partidos de las clases medias a su campaña, pero estos grupos eran en realidad sólo restos de los antiguos partidos, que no hicieron sino servir de comparsa.

Con todo el respeto que se merecen el socialismo chileno y sus grandes líderes, puedo afirmar que el Partido Socialista —incluso en esos años— representa una realidad ciertamente confusa. Su historia es una dolorosa sucesión de grupos y de divisiones, de posturas políticas discrepantes que no son resueltas en forma oportuna. El Partido Socialista ha tenido grandes dirigentes, pero líderes de proyección nacional sólo Salvador Allende. Dirigentes de gran personalidad y arrastre han encabezado posturas políticas o fracciones de connotaciones personales: Ampuero, Aniceto Rodríguez, Altamirano, Silva Ulloa, Corbalán, Almeyda y hoy Briones y Mandujano, han sido algunos de los que aglutinan en torno a sí a militantes que, en la práctica han constituido partidos distintos. El Partido Socialista nace en una época de golpes y contragolpes, participando sus líderes en todos ellos.

En estos años del gobierno de Frei el Partido Socialista

tiene un comportamiento durísimo. Parte declarando, por boca de sus voceros más destacados, el 7 de septiembre es decir, sólo tres días después de la elecciones— que al nuevo gobierno se le negaría “la sal y el agua”. Algunos podían imaginar y otros hemos podido comprobar lo que significa para el país el hecho que, poco antes de asumir un gobierno que dice que quiere hacer una revolución, uno de los más importantes partidos de la izquierda, que también se dice revolucionario, anuncie que se opondrá a todo lo que el nuevo gobierno pretenda hacer, sin saber con certeza qué es lo que hará. Más sorprendente es todo esto si acaso recordamos que ambos programas —el del candidato del Partido Socialista y el del Partido Demócrata Cristiano— tenían muchos puntos de coincidencia en materias importantes. Esta actitud, como reza el dicho popular, es “hacer la del picado”, lo que no resulta serio para la política. Para muchos, como para mí que recién estaba aprendiendo de política, esta actitud fue toda una sorpresa. En efecto, muchos estamos convencidos que así como la alianza radical-DC puede ser una alianza natural, la alianza socialista-DC es la gran alianza histórica que debe conducir a este país a encontrar su verdad.

Esta conducta de los socialistas, coincidente con la de la derecha, será denunciada por la Democracia Cristiana como un contubernio y llevará a Nicanor Parra a producir su joya de la poesía política: “La izquierda y la derecha unida jamás serán vencidas”.

Hay que decirlo: si acaso el gobierno de Frei no fue capaz de hacer la revolución prometida no se debió sólo a la impericia de los nuevos gobernantes ni a la acción de la derecha, sino fue también por la falta de visión de la izquierda, sobre todo de los socialistas, para valorar los aportes que podían hacer en pos del verdadero objetivo revolucionario en una perspectiva democrática.

Este Partido Socialista es confuso y desde el punto de vista electoral se vive un fenómeno muy curioso. En la elección de 1965 baja de un 11% a un 10%. Los conflictos en su

interior se hacen cada vez más profundos. Una fracción aparentemente importante —encabezada por Ampuero y Silva Ulloa, ambos senadores—, se va del Partido para formar la Unión Socialista Popular; muere trágicamente Salomon Corbalán, el mejor de sus senadores jóvenes, en un instante muy clave; se desata una fuerte lucha ideológica en su interior, la que no es resuelta en la época democrática y mantiene tensiones por largo tiempo; su máximo líder externo —Salvador Allende— no logra entusiasmar al interior del Partido... y pese a todo ello se inicia desde entonces un proceso de sostenido crecimiento electoral que lo lleva a conseguir, en pleno gobierno de Allende, una cifra superior al 22%. Más interesante resulta observar que los dirigentes socialistas que reciben mayor apoyo electoral no son aquellos que dirigen el Partido y que sustentan las tesis de más extrema izquierda, como por ejemplo Altamirano.

La crisis al interior de la derecha es de grandes proporciones. Cuando se produjo la derrota de Curicó, toda la derecha decidió apoyar a Frei para frenar a Salvador Allende. Conservadores, Liberales y Nacionalistas se suman a la campaña, cuidando muy bien de dejar establecido que para ellos Frei representa sólo un mal menor, pero que no están ni estarán de acuerdo con sus planteamientos. La reforma agraria, el proyecto de reforma tributaria, el contenido de los planes de organización popular y de socialización, provocan enorme temor y resistencia en la derecha chilena, tanto política como económica. Nuevamente desean poner en marcha su estrategia de penetración y involucramiento político y creen que podrán tener éxito si acaso obtienen un buen resultado electoral en las elecciones parlamentarias de marzo de 1965. Para ello presentan a su mejor gente en las candidaturas a senadores y a diputados, sin escatimar recursos ni frenarse en el lenguaje, advirtiendo al país que el único freno al comunismo podrá ser una derecha fuerte. Resultado: entre los tres partidos de la derecha, sumados, obtienen un 13% de la votación, 9 diputados y ningún senador. La hecatombe es

total y los viejos y avezados políticos se encuentran frente a una situación completamente nueva en la historia de Chile. Por primera vez desde el comienzo de nuestra historia política la derecha se ve en peligro de desaparecer y con ello la posibilidad de defender sus intereses.

Su análisis será muy lúcido. Se dan cuenta que enfrentan a un gobierno renovador y a una izquierda en crecimiento, pese a la pequeña baja de los socialistas. Ante ello la derecha debe buscar una salida histórica que le asegure la recuperación de su sitial de modo permanente. Tiene muy claro que en el corto plazo su influencia será mínima y que las posibilidades electorales le son escasas. Por esto se traza un plan ambicioso pero realista, que abarca los más diversos aspectos, operando una vez más el sólido esquema de clase. La primera tarea será la de organizar un solo frente político que represente a toda la derecha o por lo menos a lo más tradicional. Así entonces se acoge la convocatoria del Partido Acción Nacional de Jorge Prat, produciéndose la fusión con liberales y conservadores, que da origen al Partido Nacional, que desde entonces será la nueva cara de la derecha política. Pronto los viejos dirigentes serán desplazados por los nacionalistas que habían estado por años en un segundo plano. Jarpa, García y otros pasan a manejar la nueva colectividad política y a definir sus estrategias.

La segunda tarea será la de evitar, a toda costa, una alianza entre las fuerzas renovadoras, es decir, entre la Democracia Cristiana y la Izquierda. Con ese objeto manejan una hábil campaña de medios de comunicaciones y desarrollan todo tipo de conductas obstruccionistas. La izquierda —sin quererlo por cierto— resulta funcional a ello, pues en lugar de buscar la alianza con la DC incentiva la división en su interior con la formación del MAPU, mantiene una cerrada oposición al gobierno y formula un ataque frontal tanto a Frei como a la DC, que se ve coronado con la expresión “Con Tomic ni a misa”.

Parte de esta misma tarea es el desprestigio de la Democra-

cia Cristiana. Saben que si se produce un segundo gobierno de ese Partido, lo más probable es que se logre una alianza con las fuerzas socialistas. sobre todo porque el candidato más seguro para la presidencia en 1970 será Tomic, hombre de avanzada.

La derecha gusta de las cosas sencillas: o ellos o la izquierda. Será en la polarización del país donde podrá pavimentar la ruta hacia su salida histórica, la única salida que le garantiza la consolidación de sus intereses: la dictadura militar. Usando la tribuna del Senado donde aún mantienen a varios de sus hombres y ejerciendo todo el poder que le da el control mayoritario de los medios de comunicación, la derecha consigue un crecimiento importante en las elecciones parlamentarias de 1969, obteniendo los suficientes diputados como para ser considerada una fuerza apreciable.

Junto con esto la derecha asume su tarea de preparación del futuro. Comienzan a viajar los primeros jóvenes a Chicago para estudiar la doctrina económica salvadora del capitalismo y empieza el estudio de la Doctrina de la Seguridad Nacional que luego permitirá justificar las violaciones de los derechos humanos y la presencia en el gobierno de Pinochet.

Resumiendo, el plan de la derecha consiste en: —recuperar terreno parlamentario; —intentar desprestigiar a la Democracia Cristiana y polarizar al país, —ganar la presidencia de la República con Alessandri, usando su arrastre en sectores del radicalismo y de las clases medias y tratar de consolidar su posición de modo de poder continuar su proceso después. Ya en pleno gobierno de Alessandri (70-76) podrán intentar dos cosas: o la salida militar antes de la sucesión electoral o la polarización de la DC y un pacto con ella que le permita establecer dos frentes, las izquierdas y las derechas. En todo caso, el plan sólo se desarrolla hasta 1970, pues lo demás vendrá según el curso de los acontecimientos. La derecha siempre va readecuando su plan según las condiciones, de modo tal que sólo vayan bastando pequeños ajustes. En Septiembre de 1983, por ejemplo, jugó la carta Jarpa para salvar sus intere-

ses. Hoy sus cartas han sido distintas.

Por su parte el proceso interno de la Democracia Cristiana está estrechamente ligado a la marcha del gobierno. Tanto es así, que los grupos al interior del Partido se definen como “oficialistas”, “rebeldes” y “terceristas”, todo visto en relación con las tareas del gobierno.

Posiblemente, como dijo Tomic, Frei haya realizado uno de los mejores gobiernos del siglo. Puede ser, porque uno queda abismado cuando revisa detalladamente la obra de seis años y percibe las enormes transformaciones de la sociedad chilena. Sin embargo, aun llenos del mayor entusiasmo, debemos aceptar que este gobierno no hizo la revolución proyectada. Nadie pretenderá —ni menos los que queremos pasar por políticos sensatos— que Frei hubiera agotado el proceso revolucionario, pero resulta muy evidente que no fue un gobierno revolucionario.

Todo ello es perfectamente explicable, pues los equipos del nuevo gobierno se encontraron con elementos de la realidad que exigían introducir variaciones sustanciales en los programas. Si queremos calificar de algún modo el gobierno de Frei, debemos decir que fue “pre-revolucionario”, pues permitió ir creando las condiciones para el posterior proceso revolucionario que debía venir.

Frei no podía hacer la revolución, por dos razones fundamentales:

1) El pueblo carecía de la mínima organización para ello. Una revolución popular —democrática y libertaria— requiere de la organización de los sectores sociales y de las fuerzas vivas del país, pues serán ellos los protagonistas de un proceso que el gobierno puede impulsar, orientar y ayudar, pero no realizar. Señalemos, a modo ejemplar, que las organizaciones populares se reducían a los sindicatos y éstos estaban desarticulados del sistema social y convocaban muy poca población. La “Central Unica de Trabajadores” tenía 300.000 afiliados y los campesinos organizados no pasaban de los 20.000 en todo Chile.

2) No existieron las condiciones políticas mínimas para la necesaria unidad nacional. Ya lo había dicho la Democracia Cristiana años antes: sin unidad nacional no hay revolución posible. La unidad para los demócrata cristianos no es una consigna ocasional y táctica, sino parte integrante del proyecto histórico. No se trata —como algunos quieren entenderlo— de unanimidad, sino unidad, unidad en la diversidad, pero una diversidad enmarcada en el ámbito de un proyecto de profundización democrática. Los actores políticos no tuvieron voluntad para conseguir ese proceso unitario. Es cierto que hubo cierta soberbia en la conducta de los demócrata cristianos, pero eso no exime de su propia cuota de soberbia a los demás dirigentes de los partidos políticos. Casi podríamos decir que la soberbia era una conducta generalizada, que había sido elevada al sitial de la presidencia cuando gobernó Jorge Alessandri. Los demócrata cristianos, con todo lo orgullosos que podían estar con un gobierno tan realizador, siempre estaban intentando profundizar el proceso. Las federaciones estudiantiles, dirigidas por los DC, constituyeron avanzadas de cuestionamiento al interior del Partido y del Gobierno, iniciaron debates públicos sobre temas en los que tal vez el gobierno habría preferido el apoyo férreo y monolítico de sus partidarios.

Se sigue hablando de la soberbia y el sectarismo de los DC. No me voy a referir a la actitud de la derecha, pues ella está empeñada en detener todos los avances para defender sus intereses que se ven amagados. Pero una vez más debemos recordar esa desafortunada frase de los socialistas que anunciaban que negarían la sal y el agua al nuevo gobierno. No se trató de estar emitiendo juicios sobre las conductas de los otros porque sí, ni de hurgar mañosamente en el pasado para molestar. Interesa revisar conductas para no repetir errores. Interesa, también, tratar de comprender este singular proceso en que un gobierno plantea la necesidad de sustituir el modelo de sociedad vigente mediante un proceso revolucionario, democrático y libertario... y las otras fuerzas revoluciona-

rias, democráticas y libertarias se oponen a todo lo que pueda proponer.

Los comunistas y los radicales enfrentaron con algo más de calma el proceso, pero también ejercieron una dura oposición. Si la Democracia Cristiana hubiera mostrado mayor respeto por el Partido Radical, quizás se hubiese podido constituir un frente de clase media significativo. Seamos claros, sin embargo: tal frente de la clase media no habría hecho la revolución, pero habría sido un importante sustento para una tarea de tanta envergadura.

Los que queremos aprender en la política vemos con estupor este tipo de cosas. ¿Qué clase de dirigentes tenían los partidos en esta crisis democrática? Pienso a veces que la crisis se precipitó por las conductas personales de ciertos dirigentes que no tuvieron la claridad necesaria para buscar la unidad en el momento adecuado y del modo preciso. Cuesta entender por qué en 1964 no hubo una sola candidatura agrupando a los socialistas y a la Democracia Cristiana, cuyos intereses y programas parecían tan coincidentes. Cuesta entender a qué se oponían los socialistas con esa declaración: ¿acaso a la reforma agraria, a la reforma educacional, a la tributaria, a la organización popular, a la profundización democrática?

Por su parte la actitud de los derechistas era prever. Cuando apoyaron a Frei dijeron claramente que lo hacían sin comparir su programa. Debían, por lo tanto ejercer una tenaz oposición, ya que no podía contar con su simpatía ni con su tolerancia un programa de gobierno de carácter renovador cuya aplicación y éxito significaría terminar con muchos de sus privilegios y limitar el ejercicio de otros. La derecha —políticamente y por medio de sus agrupaciones empresariales— da una larga batalla para frenar el avance de un gobierno renovador y que tiene un proyecto revolucionario.

Tanto la izquierda como la derecha deberán explicar alguna vez la demora de la aprobación de las reformas institucionales propuestas al Congreso y que eran de la mayor rele-

vancia; deberán explicar algún día por qué se demoró tanto una reforma constitucional que permitiría dictar una ley de reforma agraria. Y así, como esto, muchos otros ejemplos de preguntas que hoy no tienen respuesta.

Porque era muy fácil decir que se quería “apurar el proceso”, que había que profundizar la sustitución del régimen capitalista o cualquiera de los otros planteamientos que proclamaban los líderes de avanzada. Muy fácil decirlo, cuando paralelamente nada se hacía porque ello fuera realidad. En esta línea, un “cargo” al MAPU. Ellos sostenían ser una fuerza destinada a acelerar la acción del gobierno. Algunos les dijeron que si acaso era así ellos debían quedarse para evitar que el PDC se viera arrastrado hacia caminos distintos del que todos querían. Este argumento, que puede parecer válido no lo es por cuanto los que se fueron esa vez a formar el nuevo partido habían optado mayoritariamente por el marxismo. Pero yo les pregunto: si estaban realmente convencidos de la necesidad de profundizar el proceso revolucionario, ¿por qué no convencieron o intentaron convencer a quienes después fueron sus aliados en la UP? Si lo hubieran logrado, habría sido posible estructurar una sólida alianza revolucionaria casi imposible de vencer, sobre todo en esas condiciones políticas, cuando aún la derecha no tenía listo su plan golpista.

Creo que todo esto habría podido hacerse en esos años. Me atrevería a decir que hasta 1970 y no más. Aún no estaban las condiciones lo suficientemente preparadas para que maduraran sus proposiciones al interior de las Fuerzas Armadas y si bien es cierto que la CIA podía estar actuando, aún el Ejército estaba alineado institucionalmente y su composición era básicamente progresista. No nos olvidemos que el desprecio por los militares venía de la derecha y muchas de las intervenciones de los militares en la política durante este siglo habían tenido un tinte progresista.

Incluso creo que no está muy claro que el movimiento que encabezó Viaux en 1969 haya sido realmente un intento gol

pista de la derecha. Me detengo un momento en este episodio. Producto de las muy bajas remuneraciones de los oficiales de las Fuerzas Armadas se va generando un creciente descontento en su interior. Así se fue desatando un movimiento que, alimentado por argumentaciones políticas, estalló en Octubre de 1969 y que el Gobierno y el Partido Demócrata Cristiano no supieron manejar. Ni prever. Si observamos la actitud histórica de los falangistas y de los demócrata cristianos concluimos que quedaron marcados por el trauma del ibañismo y optaron por un antimilitarismo radical. No hay en la Democracia Cristiana un planteamiento de fondo sobre las Fuerzas Armadas y su papel en el régimen democrático. Nunca hubo interés por tener un verdadero acercamiento con ellas y la relación fue superficial o muy despreciativa. Creo que lo ideal es la existencia de una sociedad en la que no sean necesarias las Fuerzas Armadas; pero ello debe ser producto de una transformación cultural y estructural de nuestro sistema de vida. Mientras eso no sea así, es indispensable, por responsabilidad política, plantearse el problema y resolverlo.

El gobierno de Frei no lo hizo y me atrevo a sostener que ni siquiera sabían los ministros lo que estaba pasando en el seno de las instituciones armadas. No hubo solución para los problemas reales que tenían los militares y no hubo una política coherente que permitiera entenderse con ellos. Simplemente hubo desprecio.

El único partido que concurrió a ver al rebelde al regimiento Tacna donde se acuarteló, fue el Socialista. Fue también el dirigente socialista de la FECH el único que, en la concentración que tuvimos esa tarde, estuvo por apoyar un golpe de estado, pero de tendencia izquierdista. Cuando habló fue abucheado por todos los presentes. Si bien es cierto que el general rebelde quería dar su golpe, no contó con la solidaridad ni apoyo de los demás generales que enfrentaron la situación muy desconcertados. El general Cheyre ha muerto y no puede confirmar mis palabras, pero tengo información directa que me permite aseverar que, pese a que las fuerzas llamadas

“leales” rodearon el regimiento donde estaba Viaux, no hubo en ningún momento la intención de retomararlo por la fuerza y los oficiales anunciaron que no dispararían contra sus camaradas. Gracias a las negociaciones se consiguió que el asunto terminara.

Hasta ese momento hubo tiempo para buscar la gran unidad con la participación de unas Fuerzas Armadas que podían incorporarse al movimiento revolucionario que necesitaba la sociedad chilena. Producido el acto de rebeldía, la derecha acelera su trabajo al interior del Ejército —según lo tenía diseñado— el que le rendirá sus frutos en el momento preciso.

En 1964 era posible pensar en iniciar un profundo proceso revolucionario orientado a la transformación integral de la sociedad chilena. Hubo quienes, diciéndose revolucionarios, no estuvieron dispuestos a sumarse a esta tarea que Frei quería iniciar. Sin embargo debemos reconocer las cosas con honestidad: al interior del PDC también había quienes no querían la revolución o no se interesaban en ella. Su conducta en el gobierno o en el partido es buen reflejo de ello. No conocía el Partido por dentro entonces y no sé qué es lo que exactamente estaba pasando y cómo algunos llegaron a los cargos que ocuparon. No me refiero sólo al ingreso indiscriminado de militantes al Partido, lo que ya es bastante grave, sino a cómo algunos camaradas accedían a responsabilidades de gran trascendencia sin comprender cabalmente su inserción en un proceso de superior envergadura. Entendámonos: no creo en la imposición de modelos excluyentes, totales, que reclamen de sus partidarios actitudes dogmáticas o totalitarias para cumplir con unanimidades repugnantes. ¡Por ningún motivo! Exijo sí que los partidos —vanguardias políticas del pueblo— tengan coherencia entre sus grandes líneas doctrinarias y los programas de acción concreta que elaboran para las realidades específicas. Al analizar discursos o realizaciones de algunas áreas del gobierno, concluyó que muchos personeros no tenían conciencia que aquel no era un gobierno más, sino que la Democracia Cristiana postula una revolución y que

iniciarla era el desafío de esa hora. Más bien parece que pretendían simplemente hacer un gobierno eficiente, sin alterar la línea conductora de la historia, sin sustituir el régimen capitalista, sin asumir el monumental programa revolucionario.

Faltó, entonces, esa voluntad revolucionaria en el seno mismo de la Democracia Cristiana. Sin perjuicio que el análisis detallado del Partido Demócrata Cristiano puede ser materia de otro documento, puedo anticipar que he ido descubriendo que algunos asumen su condición de demócrata cristianos por el sólo hecho de ser católicos y gustar de la democracia, de esa misma democracia liberal clásica que la propia Falange prometió sustituir. Sólo se diferencian de los conservadores del 38 por una cuestión de sensibilidad social.

Volvamos al meollo del asunto: a pesar de todas las dificultades reales que debió enfrentar Frei —desde dentro y desde fuera— le fue posible cumplir gran parte de las tareas fundamentales. Esos éxitos dejaron al país listo para iniciar el proceso revolucionario. Chile necesitaba un apronte como el gobierno demócrata cristiano para tomar conciencia del agotamiento definitivo del sistema institucional y económico.

¿Cuáles fueron los principales logros del gobierno de Frei? Sin duda que hubo diversos aspectos exitosos desde esta perspectiva en que nos hemos situado: la prerevolucionaria. Enumeremos, sin entrar en detalles no propios de este comentario:

a) **La reforma educacional:** con gran seriedad el gobierno enfrentó la tarea de replantearse un nuevo sistema de enseñanza que incorporara elementos formativos además de los propiamente instructivos. Orientado hacia el desarrollo integral de la persona humana, el nuevo sistema de enseñanza fue efectivamente un cambio profundo en cuanto a métodos, programas, planes educacionales en general, organización y perfeccionamiento. La Reforma Educacional alteró las bases que se había establecido a comienzos de siglo, con una clara visión más que del presente, del futuro. Con una actitud de

progreso y desarrollo. No se trató —como algunos pudieran creerlo— del simple cambio de los programas como tantas veces ha tocado soportar, sino de un esfuerzo serio y coherente por replantearse las cosas de otro modo. Otros —con mejor memoria y más interesados— podrán agregar muchas cifras y datos interesantísimos para decirnos que no sólo se enseñó mejor sino que se enseñó a más personas. Es cierto, pero insisto en que lo más importante es que hubo un cambio en la óptica del sistema educativo.

b) **La reforma agraria:** iniciada con tres años de atraso con respecto de lo programado debido a la demora en la tramitación de la reforma constitucional necesaria para la posterior aprobación de la ley, debió enfrentar enormes dificultades para su puesta en marcha. La resistencia de los agricultores a esta monumental obra significó avanzar muy lentamente, pero finalmente se logró poner en marcha los mecanismos de una vasta reforma agraria en pleno régimen democrático. Este proceso fue luego distorsionado en el gobierno de Allende con el pretexto de su profundización. Hoy la ley de reforma agraria está derogada y se ha retrotraído todo a la situación anterior, ocasionando una enorme crisis en el campo y sin llegar a soluciones reales. Las tierras que los agricultores recuperaron hoy están siendo “expropiadas” por los bancos, debido a las deudas que no es posible pagar. Aquellos tan hermosos predios sembrados o plantados, todos aquellos campos tan bellos que hemos conocido a lo largo de Chile, hoy se reducen a potreros abandonados o que se explotan en bajísimo porcentaje, justamente después de haber hecho tabla rasa con la reforma agraria. El éxito del gobierno de Frei consistió en haber puesto en marcha el proceso y dejarlo en condiciones de iniciar una nueva etapa en el gobierno revolucionario que debía sucederlo.

c) **Recuperación de las riquezas básicas:** Este fue un tema central en la campaña presidencial. Allende proponía la nacionalización inmediata y Frei la “chilenización”, que consistía en la adquisición parcial de las compañías ameri-

canas que explotaban la gran minería. En esta área el programa no sólo se cumplió, sino que se superó largamente, pues luego de haber cumplido el proceso de “chilenización” se dio el paso de la “nacionalización pactada” o recuperación por tramos de la totalidad de las riquezas básicas. La forma en que se hizo ha merecido reparos de algunos al interior del Partido Demócrata Cristiano —Tomic especialmente— pero nadie podrá discutir que tuvo la virtud de permitir que se continuara adelante con los planes de expansión y de inversión, lo que podría haberse frenado si en esas condiciones políticas se procedía a una medida más brusca. Lo importante es que desde el punto de vista del juicio al gobierno, es una tarea que debe considerarse cumplida.

d) **Activación de la economía nacional:** mediante la profundización de la industrialización; el establecimiento del Pacto Andino (obra maestra de relaciones internacionales, de concepción latinoamericana, de proyecto regional, elaborado “a mano” por Frei, su Ministro de Relaciones Exteriores y sus embajadores en la zona); la creación de nuevas y muy importantes industrias estatales y privadas; la incorporación de nuevos sectores al consumo, al ahorro y a la inversión, el país inició un período de crecimiento sostenido sobre bases sólidas. No me voy a extender sobre estas materias, pues ya se ha escrito mucho y lo han hecho eximios especialistas. Sólo haré notar un hecho que deja de manifiesto el nivel alcanzado por el gobierno: todos los índices económicos se usan en comparación con los niveles alcanzados el año 1969. Sin duda que entonces la vida era más sencilla para los que tienen, pero mejor para las clases medias y para los pobres.

e) **Desarrollo de la organización popular:** La creación de sindicatos agrícolas, el fortalecimiento de los organismos sindicales, el desarrollo de la organización vecinal y la promoción popular fueron los aspectos más relevantes en cuanto a gobierno popular y de vocación revolucionaria. Sin ninguna duda en estos años del gobierno de Frei se inició un proceso

de profundización democrática legal e institucional, en planos como el sindical y el vecinal. En otros planos el proceso fue simplemente de hecho. Lo relevante es que el creciente proceso de presiones por participar de parte de los sectores populares llega a su máxima expresión y por primera vez un gobierno lo reconoce como tal y lo asume. Es preciso, a esta altura, buscar los caminos para transformar efectivamente la sociedad chilena, introduciendo las modificaciones institucionales, culturales y económicas necesarias. Se comprueba durante el gobierno de Frei que el pueblo necesita tener canales institucionales propios para la participación, pues hay voluntad y conciencia creciente para ello. El paso siguiente es concretar dicha organización. O debió haberlo sido, pero los acontecimientos siguieron otro curso, el curso doloroso que hemos podido constatar.

El Gobierno de Frei dejó cuestiones pendientes. Sin embargo, la envergadura de las tareas enfrentadas y asumidas deja de manifiesto que el esfuerzo fue muy grande y exitoso.

Ahora hace falta que los que colaboraron en los equipos de gobierno puedan elaborar estudios serios sobre los desafíos y la obra de Frei, para que la historia vaya registrando estos antecedentes y no nos quedemos para siempre con los mitos o con las impresiones generales. Hasta ahora la historia ha sido escrita por la derecha y nos ha entregado la visión que ha querido según la conveniencia de sus intereses. Antes que la empiecen a escribir otros y se pierdan los aportes de un gobierno que hizo tanto por el país, que llevó a la plenitud el desafío de las clases medias y que abrió las compuertas para un proceso revolucionario que debió venir y, a la larga, vendrá pese a todas las dificultades.

LA ELECCION DE 1970

¡Cómo quisiera entender cabalmente muchas de las cosas que han sucedido! Por mucho esfuerzo que hagamos en esta reflexión o en tantas otras que podamos tener cuando tú, destinatario original de esta carta, hayas regresado a la patria, hay cosas que no sabremos nunca y eso nos dificultará la comprensión. ¿Qué pasó en Chile entre los años 1969 y 1970? ¿Por qué las cosas fueron así y se cerraron los caminos para la unidad? Podremos encontrar muchas explicaciones sociológicas, pero me temo que no son suficientemente ciertas. Ahora, cuando he estado tan cerca de los hombres que toman decisiones, he podido darme cuenta que muchas veces esas explicaciones no pasan de ser justificaciones inventadas —conciente o inconcientemente— para las pasiones, los dolores personales, lo que no se puede decir. Estos factores están siempre presentes. Aun así, aventurémonos en la búsqueda de la verdad.

La derecha tenía que jugarse el todo por el todo para las elecciones presidenciales de 1970. Era —de acuerdo con el análisis que ya insinué— su última carta electoral. El candidato debía ser Jorge Alessandri, único líder capaz de traspasar las estrechas barreras de la reacción y captar votación de los sectores medios, aumentando el 20% de los votos del Partido Nacional a una cifra que le permitiera ganar. En una actitud de coquetería inexplicable para un político de su trayectoria, Jorge Alessandri repetía que no sería candidato. Tal vez se estaba reservando para ingresar a escena a última hora, apareciendo como el salvador del país frente al comunismo. Pero cuando se produjo el levantamiento de Viaux y éste adquirió

cierta proyección y liderazgo político, se apuró y lanzó la candidatura mucho antes de lo que tenía previsto, con lo que la campaña le habría de resultar mucho más larga de lo que podía resistir.

Anciano como estaba, sin más programa que su anticomunismo y el odio hacia la Democracia Cristiana, el ex Presidente debió haber hecho una campaña corta, para que sus errores, defectos y vacíos no se alcanzaran a notar. Haciendo caso omiso de sus consejeros políticos y guiado por su ya tradicional soberbia, Jorge Alessandri no quiso que pudieran salir otros contrincantes para disputarle lo que tanto ambicionaba, aún sin atreverse a reconocerlo: igualar la marca de su padre, siendo Presidente de la República dos veces. Arriesgó así el proyecto de la derecha. Esta sacó a sus mejores hombres, hizo la campaña con toda la gama e intensidad de sus recursos, utilizó todos los mecanismos a su alcance. Su objetivo publicitario era intentar convencer al país que Alessandri era la solución de todos los problemas, que ganaría con mayoría absoluta y que Tomic sería tercero, con ese razonamiento pretendían que los que podían apoyar a Tomic decidieran apoyar a Alessandri para que no ganara Allende. A la derecha le urgía obtener mayoría absoluta para evitar el riesgo de que la izquierda y la Democracia Cristiana pudieran ponerse de acuerdo para elegir a Allende, que de todos modos saldría segundo. Ellos no dudaban de obtener la primera mayoría: por eso quisieron convencer a los chilenos que si nadie obtenía la mayoría absoluta, lo único democrático era elegir al que obtuviera un voto más en la elección popular, negando así el derecho a elegir que tenía el Congreso Pleno. Tal era la fuerza de su convencimiento que rechazaron una reforma constitucional para que hubiera segunda vuelta electoral en caso que ninguno obtuviera la mayoría absoluta.

En la Democracia Cristiana aparecía como candidato “natural” Radomiro Tomic. Recuerdo —como muchos con seguridad— que el día en que Frei asumía el mando, la Ju-

ventud Demócrata Cristiana en la calle gritaba “Tomic Presidente”. Fue en esa ocasión cuando este proclamado candidato de la juventud anunció que más que importar los nombres se iniciaban 30 años de gobierno de la Democracia Cristiana. ¡Hasta hoy esa frase es motivo de burlas! Aunque pronunciada en medio de la euforia, no dejaba de tener un trasfondo razonable en la medida que lo decía un dirigente que creía en verdad en la revolución que se estaba prometiéndose.

Tomic se fue a los Estados Unidos como embajador. ¿Por qué abandonó la arena política? Si acaso lo hizo para guardarse, creo que cometió el más tremendo error, pues ello lo alejó de los debates importantes de todos los días, lo apartó del contacto con los jóvenes, en los cuales perdió influencia y lo separó de la vida interna del Partido. Se fue sin deber irse. Regreso en el peor momento. Si ya había optado por partir, debió haber jugado la carta del “no contaminado” hasta el final, no llegando a Chile sino a última hora, llamado para asumir la candidatura, manteniéndose fresco y en condiciones. Creo que nunca podremos saber por qué actuó de modo tan equivocado. La única conclusión es que lo hizo porque no había calculado la posibilidad real de ser candidato a la presidencia.

Recién llegado a Chile, Tomic planteó públicamente sus discrepancias con algunos aspectos de la política de gobierno, como por ejemplo en cuanto al cobre. También planteó su tesis política: la unidad popular, la unidad popular para iniciar el proceso revolucionario. El planteamiento en sí mismo no era novedoso, pues ya en 1958 y en 1963 el PDC había dicho que la revolución sólo sería posible si se conseguía la unidad en el seno del pueblo. Lo importante es que era un buen momento para recordarlo, cuando terminaba el gobierno de Frei, que había preparado los caminos de la revolución.

Para Tomic esa revolución —chilena, democrática y popular— tenía como requisito básico la unidad social y políti-

ca del pueblo, entendiendo que ello implicaba una alianza estratégica con los socialistas y, también, con los comunistas. Concluía su planteamiento sosteniendo que si acaso no se lograban esas condiciones no tenía sentido, para él, pretender la presidencia de la República, pues la revolución se haría imposible. Agregó su categórica frase: “Sin Unidad Popular, no hay candidatura Tomic”. Pero no hubo unidad popular y sí hubo candidatura Tomic. Este tipo de contradicciones —llenas de explicaciones muy intelectuales en las que sólo creemos los partidarios— son las que quisiéramos tratar de comprender.

Se sostuvo por el tomicismo que para poder plasmar esa unidad con la izquierda agrupada en el FRAP, debía elaborarse un programa común sobre la base de una condición política: que socialistas y comunistas reconocieran los méritos del gobierno de Frei en el sentido de haber preparado el camino de la revolución. Da la impresión —por el tenor de los discursos— que también tenían que aceptar la condición política de que Tomic sería el candidato.

La izquierda contestó: “Con Tomic ni a misa”. Claridad total para generar la confusión más absoluta. Palabras dichas en el calor de las concentraciones, tal vez sin la necesaria reflexión ni serenidad, dejándose guiar por la pasión y no por la razón. Tanto Tomic como Corvalán —autor de esta frase de rechazo categórico— se dejaron cazar por sus palabras, poniendo excesivos límites al encuentro necesario de los chilenos partidarios de la sustitución del régimen imperante.

Regresemos al anécdotario. Enorme molestia produce ver cómo la DC se deja arrebatar con tanta facilidad sus lemas y la expresión publicitaria de sus tesis. Cuando en Mayo de 1969 se desechó la tesis “Unidad Popular” por la del “Camino propio”, la izquierda se adueño del término y puso ese nombre a su propia coalición, más amplia que el FRAP, porque incluía a los radicales y otros pequeños grupos. Esto trajo como consecuencia la necesidad de cambiar el nombre a la tan clara tesis política, y así entonces el dis-

curso demócrata cristiano se fue haciendo cada vez menos comprensible. Al final se desprestigió una expresión, un lema, que sin duda interpreta cabalmente la tesis central de lo que debe ser el futuro chileno: una revolución que incorpore al pueblo unido. Lo peor del caso es que la izquierda se apropió del nombre y del grito. Ellos acostumbraban a gritar: “la izquierda unida jamás será vencida”... y los jóvenes demócrata cristianos respondían “el pueblo unido jamás será vencido”. Pero como ellos se apropiaron de la “unidad popular” también se quedaron con el grito y nosotros, los DC, se los cedimos sin costo alguno. Ahora, en estos años, hemos podido ver con mucha alegría como los jóvenes demócrata cristianos están gritando nuevamente ese lema que fue tan nuestro y que, por lo demás, es verdad. Ya está probado que la izquierda unida puede ser vencida, pero todo indica que cuando el pueblo esté unido no será vencido ni por la derecha ni por la fuerza de las armas. Los ejercicios hechos desde Mayo de 1983 prueban que es así.

Retomemos el curso del relato. En Mayo de 1969 el Partido Demócrata Cristiano tomó una decisión que, según mi criterio, constituyó un severo error. Llamados a Junta Nacional los demócrata cristianos se vieron en la disyuntiva de elegir entre la tesis de la “unidad popular” que planteaba Tomic y la del “camino propio” sustentada por Jaime Castillo Velasco. Maestro y líder, gran luchador por los derechos humanos, hombre de unidad en el Partido, se equivocó seriamente cuando sostuvo que “así como la derecha apoyó a Frei por miedo a Allende, la izquierda apoyará a Tomic por miedo a Alessandri”. Su tesis concluía en la necesidad de postular la propia candidatura y proseguir derechamente el camino trazado por el gobierno de Frei; no percibió Castillo que el propio gobierno DC había hecho cambiar las condiciones y que por ese camino el Partido Demócrata Cristiano quedaría en el medio, mientras los dos polos se fortalecían. El Partido escogió la tesis de Castillo y un grupo de militantes

renunció a la Democracia Cristiana para constituir un nuevo partido que se llamó MAPU (Movimiento de acción popular unitaria), que se convirtió en adalid de la unidad de la izquierda.

En Agosto de ese mismo año —pese a que “sin unidad popular” no habría “candidatura Tomic”— el Partido Demócrata Cristiano aprobó en su Junta Nacional la tesis política de la “unidad social y política del pueblo en la base” y proclamó como su candidato a la presidencia de la República a Radomiro Tomic Romero.

La izquierda formó una nueva coalición política que se denominó “Unidad Popular”, en que los ejes eran el Partido Comunista y el Partido Socialista e integrado además por los Partidos Radical, MAPU y Acción Popular Independiente (API). Bajó la incitación de comunistas y mapucistas —paladines de la unidad de la izquierda— la llamada “Mesa redonda de la unidad popular” no demoró más de 30 días en ponerse de acuerdo en los lineamientos básicos de un programa político de gobierno.

Las dificultades sobrevinieron cuando se trató de designar a un candidato único. El Partido Comunista propuso a Pablo Neruda, máxima figura pública y que trascendía con creces el marco de lo político. El API postuló a Tarud, lo que no era difícil de anticipar, pues en realidad ese partido no era mucho más que lo que el propio Tarud podía representar y estoy convencido que el motivo de su creación fue dar un respaldo a la candidatura de su líder. El MAPU propuso como candidato a su Secretario General, Jacques Chonchol, que no tenía nombre ni aspecto para ser candidato. Los radicales propusieron a uno de sus mejores hombres, el abogado Alberto Baltra, quien luego se separaría de su partido para formar el Partido de Izquierda Radical.

En el Partido Socialista la cosa fue un poco más difícil. Para la opinión pública era evidente que el candidato debía ser su líder: Salvador Allende. Era, indudablemente, si no el mejor, uno de los mejores hombres que la izquierda podía

tener como candidato. Sucedió que, pese a ser así, sus posiciones políticas eran minoría al interior del Comité Central de su propio partido. Los socialistas, entonces, estaban frente al conflicto de elegir un candidato que representara la tesis política dominante pero sin arrastre público o un candidato con posibilidades de ganar pero que era representante de la minoría. Por 12 votos a favor y 13 abstenciones (según las informaciones de prensa de la época) el Partido Socialista designó como su candidato a Allende. Es el anticipo de lo que habrán de ser las relaciones entre el Partido Socialista y el Presidente Allende durante los tres años que alcanzó a gobernar.

Largas conversaciones y no había acuerdo: cuando la alianza de la izquierda estaba a punto de fracasar se consiguió el acuerdo y en Enero de 1970; una calurosa tarde de verano, en la Plaza Bulnes, Salvador Allende fue proclamado el candidato de la Unidad Popular. Sobre este episodio —y en general sobre las candidaturas de Allende— recomiendo leer el libro que sobre el líder socialista publicó Osvaldo Puccio en Editorial Emisión.

No era difícil anticipar que tras estas elecciones presidenciales podría sobrevenir un colapso democrático. Los dirigentes carecieron de la visión suficiente para comprender los signos de los tiempos y primaron objetivos sectoriales sobre los principales. Las relaciones políticas, como hemos visto estaban en abierto conflicto y la derecha estaba jugando sus cartas para la defensa de sus intereses a riesgo de cualquier cosa.

En esta campaña se ofrecía al país tres proyectos excluyentes, cerrados, completos. Cada proyecto representaba una posición ideológica y un programa de acción contrario a los otros dos. Llevando el ideologismo hasta el extremo, convirtieron en incompatibles todas las posiciones. Así la situación, ya podía saberse que cualquiera que ganara no sería sino un tercio teniendo en contra los otros dos tercios del país, salvo que alguno, como creía la derecha, obtuviera

la mayoría absoluta de los votos.

El tono de la campaña hacía muy difícil pensar en la posibilidad de buscar coincidencias o acuerdos entre Tomic y Allende. En forma muy poco responsable, ambas candidaturas no entendieron que hacían el juego a la derecha, que ya había definido su estrategia mucho antes.

En el mes de Agosto de 1970 la Democracia Cristiana sacó un nuevo slogan publicitario: “Chileno, si quieres despertar tranquilo el 5 de Septiembre vota por Tomic”. Este lema tenía todo un trasfondo analítico que se dice a conocer pocos días antes de la elección, “Nos ponemos, decía el PDC, en tres hipótesis, el triunfo de cada uno de los candidatos”. Si Alessandri resultaba elegido Presidente, el país viviría un clima de inestabilidad y violencia; con minoría en el Congreso, sin apoyo en las organizaciones sociales, cerrando los caminos a la profundización democrática, se vería sobrepasado por las demandas populares y las posturas de extrema izquierda. Si ganaba Allende debería enfrentarse a una derecha dispuesta a todo para defender sus privilegios; probablemente recurriría a la violencia —que ya estaba empezando a usar— y a todos los métodos que les permitieran crear el caos y la intranquilidad. En cambio —sostenía el PDC— si el triunfo era de Tomic se garantizaba la continuación de un proceso de cambios por una vía pluralista y democrática, con apoyo en el Congreso y en las organizaciones de base social.

Este análisis era en general correcto. Pero olvidaba contemplar dos aspectos importantes: nada garantizaba que la victoria de Tomic no significaría la aplicación más estricta del esquema ya vivido en cuanto a lo que se denunció como el contubernio de las izquierdas y las derechas. Eso es lo primero. Lo segundo es que tal vez, si en verdad Tomic pretendía hacer la revolución y no contaba con la férrea unidad de las mayorías nacionales, tal vez terminaría derrocado. En las condiciones que se vivía en 1970 Tomic no sería capaz de hacer la revolución.

Si la directiva nacional de la Democracia Cristiana hubiera

profundizado su perspectiva de análisis habría podido concluir que el triunfo de cualquiera de los tres candidatos iba a traer la violencia y el caos. La única posibilidad de dar a Chile un gobierno estable era con una alianza. Y para que fuera revolucionaria, la alianza debía ser de la DC con la izquierda en su conjunto o con la mayoría de la izquierda. Lamentablemente no fue pensado a tiempo.

La verdad es que me resulta muy difícil de comprender que gente tan estudiosa y políticos tan serios hayan realmente pensado que Tomic podía ganar a las dos fuerzas que se le oponían. Nosotros, los muchachos que gritábamos en las calles y derrochábamos entusiasmo en el trabajo, estábamos convencidos que ganaríamos ¿Y los dirigentes? Creo que también. Creo que hasta el día mismo de la elección, los máximos dirigentes de la DC creían que era posible el triunfo de Tomic, tanto como los jefes de su comando creían que Alessandri ganaría muy cerca de la mayoría absoluta.

Allende ganó con un 37% ; Alessandri fue segundo con un 35% y Tomic tercero, con la votación histórica del PDC, poco menos del 28%. En este resultado la derecha logró superar con creces su votación partidista, arrastrando —aparentemente— la votación que tradicionalmente captaban el radicalismo y los otros sectores medios que no canalizaba la DC. Así obtuvo un tercio. Los otros dos tercios del país se manifestaron por el camino del cambio y de la revolución, divididos en las candidaturas de Tomic y de Allende. El diario Clarín publicó en su página editorial, ese día 4 de septiembre de 1970, un comentario titulado: “dos caminos tiene el pueblo”. El editorialista sostenía que el pueblo se presentaba dividido a estas elecciones y que cualquiera de las dos era una opción válida. Se lamentaba que las cosas fueran de ese modo e insinuaba la necesidad de estructurar, luego de la elección misma, una alianza para enfrentar el futuro.

Los resultados electorales reflejaban claramente que el país estaba optando por los cambios. Quedaba también muy claro que tanto la Democracia Cristiana como los partidos marxis-

tas tenían una sólida votación. También es una conclusión posible, afirmar que si acaso Tomic se hubiera identificado más con Frei habría sido posible arrastrar algunos sectores medios que prefirieron votar por Alessandri. Está muy, pero muy claro que Alessandri no resultó el líder atractivo que la derecha esperó: es decir, no era suficiente como para dar vuelta el curso de la historia de este siglo.

Dentro de la Democracia Cristiana hay algunos que tratan de explicar la derrota afirmando que el candidato no fue el mejor, que usaba un lenguaje difícil, que era en extremo ideologizado. No creo eso: difícilmente pudo haber existido un hombre que representara más genuinamente las posiciones del PDC y que tuviera más claridad intelectual y capacidad de lucha. Lo que sí es cierto es que las características del candidato y de quienes condujeron la campaña los convertían en fáciles presas para los ataques de las otras dos candidaturas. Ahí están los resultados, con Tomic y la DC en el tercer lugar.

¿Cuál habría sido la conducta de los dirigentes del Partido Demócrata Cristiano si acaso hubiese habido segunda vuelta electoral? Difícil de contestar, muy difícil. Afortunadamente, para ellos, no existió esa posibilidad, ya que de lo contrario se habrían visto expuestos a la urgencia de o apoyar algunas de las candidaturas —con todos los riesgos que eso implicaba— o a declarar la libertad de acción, lo que podría generar una crisis interna. Estoy completamente convencido que muchos dirigentes veían con mejores ojos un triunfo de Alessandri que el de Allende, confiando que en definitiva la DC podría derrotar con más facilidad en el futuro a la derecha que a la izquierda. Sé que estas apreciaciones pueden parecer aventuradas, pero siempre es bueno especular un poco. Un poco.

Lo real —volvamos siempre a lo real— es que la Democracia Cristiana se encontraba en una disyuntiva. Debía optar por uno de los dos candidatos que habían obtenido las dos más altas mayorías relativas en las elecciones directas. Correspondía ahora la elección por parte del Congreso Pleno

(todos los senadores y diputados actuando conjuntamente). De acuerdo con lo que habían sostenido tomicistas y allendistas, el Congreso podía elegir libremente a cualquiera de los dos; es decir, perfectamente podría elegir a Alessandri y nadie podría discutir la legalidad de su triunfo. Según la tesis sostenida por los alessandristas, el Congreso estaba moralmente obligado a elegir al que había obtenido un voto más, en este caso, Allende. Paradojal.

El lío que se armó fue grande. El país vivió horas de intensa confusión, como si este resultado hubiera sido una sorpresa. La verdad es que tengo la impresión que salvo los allendistas, nadie pensó jamás en esta posibilidad. Si acaso Allende hubiera sido segundo, el lío por cierto habría sido menor.

Todo lo que pasaba, lo que hacía o no se hacía, era interpretado de las más variadas fórmulas. Un discurso del Ministro de Hacienda Andrés Zaldívar fue interpretado por los allendistas como una provocación y un llamado al golpe de Estado. Nació el movimiento "Patria y Libertad", que se planteó como objetivo impedir que "los comunistas llegaran al poder"; grupos nacionalistas se dedicaron a desarrollar acciones de terrorismo y de sabotaje con la clara intención de crear el caos y favorecer las condiciones para un golpe de Estado.

Lo que rebasó todos los límites fue la proposición de la derecha: que la DC votara en el Congreso por Alessandri, para que éste de inmediato presentara su renuncia y hubiera que realizar una nueva elección, en la cual Frei sería el candidato, con el apoyo de la derecha comprometido desde luego. La proposición existió como tal, pese a lo que algunos digan y Frei la rechazó categóricamente. La aplicación de esta fórmula habría sido una verdadera burla que habría mostrado al Partido Demócrata Cristiano unido a la derecha en una maniobra para impedir el triunfo de la izquierda.

Entonces vino una de las cosas más curiosas de esos días tan especiales: la proposición del "Estatuto de garantías".

La Democracia Cristiana exigió a Allende la firma de un compromiso para introducir reformas a la Constitución. Esas reformas limitaban los poderes del Presidente de la República y garantizaban la existencia, facultades y derechos de los partidos políticos. Sostengo ahora, tal como lo sostuve en aquella ocasión, que esto fue un insulto a Salvador Allende, una grave ofensa a todos los demócratas y una medida de total inutilidad política. Hagamos un breve análisis al respecto. Si acaso Salvador Allende era un demócrata sincero y convencido —como por lo demás lo había demostrado hasta ahora— no tenía sentido hacer estas exigencias, pues evidentemente él iba a respetar la vida democrática; sólo se le estaba ofendiendo con la duda. Si la DC consideraba que Allende no era demócrata, las exigencias resultaban inútiles, pues él no iba a respetar ese pacto. Entonces, si la Democracia Cristiana tenía dudas sobre la vocación democrática de Allende o creía que no respetaría el sistema democrático, no debió haber votado por él en el Congreso. Lo más raro es que los promotores de esto hayan sido los que tomaban posturas más de avanzada en el PDC, como Maira por ejemplo. No alcanzo a entender por qué Salvador Allende aceptó el vejamen que significaba el que se le pidiera garantías de que respetaría las normas constitucionales y la vida e independencia de los partidos políticos. ¿Qué habría pasado si Allende se niega a aceptar la fórmula? Nuevamente entramos por esta vía al terreno de las especulaciones, pero que nos sigue dejando abierta y vigente la duda sobre la conciencia revolucionaria de algunos de los dirigentes del PDC.

¿Qué habría hecho yo? Este resultado electoral abrió las puertas para el gran entendimiento histórico necesario para hacer la revolución y sustituir el régimen capitalista. Estaba muy claro —más claro que antes de las elecciones por supuesto— que cualquiera de los dos candidatos que fuera elegido por el Congreso sería sólo una minoría. La Democracia Cristiana tenía, entonces, la clave para ampliar el espectro de apoyo al futuro gobierno, sobre todo si se trataba de una

alianza con el allendismo, estructurando una gran alianza revolucionaria. Yo le habría planteado directamente al candidato Allende la necesidad de unir las fuerzas que él encabezaba con el Partido Demócrata Cristiano para formar un gobierno de mayoría, mayoría estable como le gusta decir a los cientistas políticos de hoy. La presencia de los DC en el gobierno sería la garantía efectiva de la conducción del proceso por los cauces de la democracia, continuando y profundizando la ampliación de la participación y el fortalecimiento de la democracia real. Esa habría sido una forma racional de cautelar la democracia y llevar a la práctica la tesis de “la unidad social y política del pueblo en la base”. Quizás —y seguimos en el terreno de las especulaciones— de ese modo se habrían evitado muchos de los errores que cometió el gobierno de Allende, se habría podido neutralizar las influencias ultraizquierdistas en el interior del gobierno y quizás, quizás solamente, no habríamos tenido el desenlace horroroso que nos ha llevado a estos doce años de cultura de la muerte. En ese instante aún era posible: una derecha desplazada y unas Fuerzas Armadas muy comprometidas en el esquema institucional, se podría haber tomado un buen camino para la revolución necesaria y la polarización del país —tan buscada por la derecha— habría fracasado al producirse una nueva correlación de fuerzas, desequilibrante.

Se firmó el estatuto de garantías y Allende fue elegido Presidente de la República.

Aún así, casi no asume. Porque hubo una campaña enorme, porque la CIA se empeñó por impedirlo, porque la derecha jugó cartas que hasta ahora no había usado. La culminación fue el secuestro con resultado de muerte o simplemente el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército a manos de derechistas que querían provocar un golpe de Estado. La maniobra fracasó pese a que estaban comprometidos altos oficiales, incluyendo al Jefe de la Zona en Estado de Emergencia y que esa noche del crimen tuvo bajo su control a la ciudad de Santiago. Recuerdo las instrucciones que nos daba mi

padre —a la sazón Ministro de Estado— para el caso de que llegara una patrulla militar a arrestarlo. El estaba convencido que la derecha jugaría ahí su carta por el golpe. Creo que se evitó por la reacción serena del Gobierno, del Comandante en Jefe del Ejército subrogante y de los diputados y senadores que, en tan dramáticos momentos, fueron capaces de reunirse para votar las reformas constitucionales y elegir al nuevo Presidente de la República.

La brecha, en todo caso, ya estaba abierta. La frase aquella de que en Chile no pasan tales o cuales cosas quedaba reducida al mito: en Chile la derecha ponía bombas y asesinaba al Comandante en Jefe del Ejército, todo para impedir que asumiera un gobierno que pondría en peligro sus intereses. El país estaba notificado: los que posaban de demócratas no estaban dispuestos a respetar la democracia si acaso se les amagaba en su poder. Hasta la violencia era justificable para ello. Son estos los mismos que desde sus diarios, desde sus revistas, desde sus tribunas públicas, hoy, en 1985 hacen gárgaras contra el violentismo o contra los que siguen caminos distintos de la democracia para acceder al poder.

Comenzaba, en convulsionados momentos y difíciles circunstancias, el primer proyecto socialista de América del Sur. La vía chilena al socialismo, como la llamó el propio Salvador Allende.

EL GOBIERNO DE ALLENDE

Por diversas razones me resulta difícil escribir sobre el Gobierno de Allende. Indudablemente que la más importante consiste en la circunstancia de encontrarme ya como un participante, por lo que los juicios y los análisis adquieren otra perspectiva que la crítica histórica de los capítulos anteriores. Lo objetivo se refiere a que Salvador Allende fue el último Presidente de la República elegido democráticamente, se vio enfrentado al peor atentado contra la democracia chilena y terminó depuesto y muerto cuando aún debía gobernar tres años, encontrando la muerte en un acto de defensa de los principios en los cuales creyó. Como lo ha dicho con claridad Radomiro Tomic, más allá de los problemas que tuvo el gobierno de la UP y de los errores del propio Presidente, sin duda que Allende murió como un demócrata y reivindicó su imagen más allá de las críticas, pues en esos instantes finales, Salvador Allende tuvo mucho de lo que quizás le faltó mientras ejerció el cargo.

Soy demócrata cristiano y por lo tanto fui opositor al gobierno allendista. Como se dijo muchas veces, la Democracia Cristiana pretendió ser una “oposición revolucionaria a un gobierno revolucionario”. En todo caso era una oposición dentro del ámbito de la democracia, lo que permite que sea capaz —el PDC y sus personeros— de reconocer que efectivamente hubo importantes avances y conquistas en ese período. No es ésta la ocasión ni el procedimiento para hacer el indispensable análisis sobre los tres años de gobierno de la izquierda tradicional, con balances minuciosos sobre lo que se hizo o lo que se dejó de hacer. Por ahora nos concentraremos en los aspectos políticos, siguiendo el tono que han

tenido estas páginas: coloquial y personal.

Si Salvador Allende no hubiera sido depuesto y su gobierno hubiera tenido el curso normal de todos, tal vez los juicios críticos sobre su gestión no serían lo generosos que se insinúan cuando se recuerda esos tres años en los que, desde el punto de vista de los avances sociales, hubo logros significativos, como lo demuestran las cifras (redistribución del ingreso, acceso a la salud, acceso a la cultura, educación), aunque también hubo una gran tragedia que atravesó al país entero.

A la luz de la experiencia que hemos padecido los chilenos desde el 11 de Septiembre de 1973, todos nuestros reclamos sobre los derechos humanos y sobre las violaciones a la Constitución por parte de la acción gubernamental de aquellos años, parecen exagerados. Nuestras exigencias tenían como medida la tradición chilena y el ámbito democrático en que suponíamos debía desenvolverse el gobernante, pero al hacer la comparación, cualquier exceso de las épocas democráticas queda a una distancia sideral de lo que hemos tenido que soportar los chilenos durante esta tiranía ya demasiado larga.

Allende accede a la presidencia en un instante en que el país se ve tironeado por la violencia y las tensiones sociales.

Por un lado está el proyecto de sus propios partidarios. Ellos creían que nunca la burguesía permitiría el triunfo de la izquierda tradicional y que sólo podrían acceder al gobierno por la vía de las armas, vigente como alternativa sobre todo después del triunfo de la revolución cubana, hecho que vino a cambiar muchos parámetros de los políticos y especialmente de los jóvenes políticos de los años sesenta. Otros, más radicales aún, sostenían que la derecha podría permitir el acceso al gobierno de la izquierda, pero que jamás le entregaría el poder. Por ello, no tenía realmente gran relevancia haber ganado el gobierno si acaso no se derrotaba realmente a las clases dominantes y para ello el único camino era el uso de las armas.

Por otra parte corre el proyecto político de la derecha que,

una vez perdida su carta con Jorge Alessandri, concluye que ya no queda otro camino que recurrir a la violencia armada para salvar sus intereses y terminar con quienes habían ganado la contienda electoral. Por cierto que el proyecto ideal para la derecha era ganar con Alessandri y luego, desde la presidencia, asestar el golpe que les permitiera desarrollar todo su esquema, para que así fuera sutil, tranquilo, con cierta progresión que les asegurara el mínimo de alteración. De cierta manera, para que nos entendamos, es algo similar al plan que está desarrollando en el Ecuador Febres Cordero, con el beneplácito del Departamento de Estado. Las cosas no se dieron a su gusto, pues entró a la Moneda un socialista, con el apoyo del Partido Comunista y hay un importante sector del país que por primera vez siente que está siendo respetado y que luego de años y años en que sólo se levanta la voz para reclamar, ahora será posible estar del lado en que se toman las decisiones. La derecha, entonces, recurre a la violencia de inmediato, en un amplio espectro que va desde el espontaneísmo hasta la rebelión institucional de 1973.

Hasta ahora la izquierda tradicional —agrupada esta vez en torno al conglomerado llamado “Unidad Popular”— había desarrollado un discurso vociferante, duro en el lenguaje, con la revolución cada dos líneas. Desde la tribuna la denuncia marcaba el tono y todo parecía resultar fácil de hacer, imputando al gobierno de turno la falta de decisión para tomar las medidas necesarias para mejorar el nivel de vida o aumentar el grado de integración social. El propio programa de la Unidad Popular fue divulgado como las “cuarenta primeras medidas”, con lo que todo aparecía como simple. Era cosa de llegar y hacerlo.

El refrán popular nos recuerda que “otra cosa es con guitarra”. Así resultó para Allende y la UP, pues el discurso debía transformarse en planes concretos, para lo que se requería el concurso permanente de técnicos capaces y no sólo de partidarios entusiasmados. Ahora, esos partidarios entusiasmados debían existir, pero no ya para exigir, sino

para apoyar la gestión del gobierno que habían contribuido a elegir. Al asumir el gobierno ya no es suficiente la audacia, sino que también se requiere de ponderación para calibrar los distintos factores que están en juego. Los que siempre habían sido opositores, los que tenían fundamentalmente el discurso del perseguido y del marginado, de un día para otro, tal vez un poco inesperadamente se dan cuenta que son el Gobierno de Chile y que todos los demás miran con ojos críticos o temerosos la acción que se va a desarrollar.

La noche de las elecciones Allende le pone carácter a su gobierno: sostiene que él no es el Presidente de todos los chilenos, sino de quienes lo eligieron, es el “compañero Presidente”, el Presidente para la UP. Ello, que desde una cierta perspectiva puede ser cierto, conlleva un grave peligro. Porque una cosa es haber sido elegido por un sector y otra muy distinta sentirse sólo autoridad y servidor de ellos, como si el resto de país fuera una comparsa, constituyeran una columna de extranjeros o fueran enemigos a quienes no se les puede considerar igual que a los partidarios. Muchas veces las cosas resultan así producto de los errores de quienes gobiernan, por su estrechez de miras o por las mezquindades propias de las debilidades humanas. Sin embargo, ello que puede ser reconocible en el juicio histórico, resulta inaceptable cuando se reconoce desde el comienzo, por anticipado y, además, se expresa orgullo de ello. En la democracia el Presidente lo es de todos los chilenos, de los que se sienten contentos con él y de los otros, que serán oposición. Porque así es la democracia: unos ganan y otros pierden, pero todos reconocen a la autoridad y la autoridad los reconoce a todos iguales en sus derechos. Tal expresión de Allende refleja una cierta actitud con la que serán tratados los problemas durante su período, aunque ello no sea la intención de todos. Creo que esa frase fue un error de Allende en el calor de la victoria; pero, de ese modo se hizo a un lado no sólo a la derecha sino a grandes contingentes cercanos a la Democracia Cristiana (por qué no a la propia DC), a miles

de jóvenes, de sectores medios progresistas, que aún sin haber votado por Allende pudieron haberse sentido interpretados por la aventura revolucionaria y que con actitudes inspiradas en ese discurso se fueron sintiendo marginados. El estigma frena incluso muchos de los acercamientos que la DC insinuará y, de cierta manera, inspira las actitudes de rechazo por parte de los seguidores UP al sentir que estas aproximaciones podían arrebatarse SU gobierno.

Desde el primer día se desata la guerra. Antes que asuma el nuevo Presidente, la derecha actúa con violencia criminal para impedirlo, volando puentes, poniendo bombas y culminando su aventura con el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército. El plan fracasa en esta etapa.

Al iniciarse el gobierno, hay dos actitudes por parte de los sectores de derecha. Unos se muestran como colaboracionistas, desarrollando una política de entendimientos y conversaciones que exhibe a grandes empresarios vinculados a Allende o como entusiastas del comercio con Cuba. Es posible que sólo lo hicieran por las enormes ventajas económicas que les reportaban algunas de esas actividades, pero no debe descartarse que estuviera en marcha un plan como el desarrollado en el pasado —especialmente con Gabriel González— para envolver al gobierno y arrastrarlo hacia sus posiciones. Alguien habló de que Allende podría ser un nuevo González Videla, aunque la historia terminó ubicándolo más cerca de Balmaceda. Otros plantean el obstruccionismo absoluto, la negativa cerrada a todo lo que provenga del nuevo Gobierno. Desde el primer momento desarrollarán una campaña creciente destinada a dañar no sólo la imagen del gobierno, sino el gobierno mismo, hasta conseguir finalmente que puede ser derrocado.

El primer año de la UP es un período de avances, con una inflación moderada, aumento de la producción y un incremento considerable del poder adquisitivo, no sólo derivado de una fuerte emisión, sino sobre todo de la puesta en marcha de mecanismos redistributivos. Aparentemente la vida mejo-

ra, aunque muchas de estas medidas serán la causa de fatales desenlaces desde el punto de vista económico. A medida que transcurre el tiempo, las fuerzas ultraizquierdistas van ejerciendo importantes presiones para que se tomen medidas para las cuales el país no está preparado. Se quiere apurar el proceso de cambios, dirigirlo de modo ortodoxo y además lucir el poder que se supone tienen las nuevas fuerzas... y si no lo tienen, tomarlo.

Este fue el principal conflicto al interior del allendismo: la tensión entre los que estaban dispuestos a todo, que querían avanzar de cualquier modo y a toda velocidad, frente a los moderados que entendían que los avances había que consolidarlos. Pese a que el propio Allende, respaldado fundamentalmente por el Partido Comunista, se alinean en la perspectiva de los moderados, la mayor influencia la ejercen los otros, tal vez por la sencillez del mensaje y la facilidad del discurso en deterioro de la responsabilidad que supone tienen los dirigentes cuando son elegidos por el pueblo.

Allende recurrió a la legalidad burguesa para introducir cambios en la actividad económica. Los resquicios legales fueron el mecanismo de interpretación de las normas jurídicas que permitía justificar una aplicación en el fondo inadecuada pero justificable desde el punto de vista formal.

En medio de las tensiones de izquierdas y derechas, estaba el partido más grande: la Democracia Cristiana, que trataba de ser un actor de una realidad distinta de la que querían los otros. El PDC tuvo un discurso con variantes que iban desde la denuncia severa al allendismo y la UP hasta el aporte constructivo y esperanzador, según quien fuera el vocero o el dirigente que la estuviera representando. En todo caso, debemos destacar que, sobre todo en el primer año de la UP, siempre estuvo presente la idea de que su oposición debía ser una oposición revolucionaria, es decir, para impulsar los cambios. Se trataba, según se sostenía con insistencia, de que los cambios no debían ser en cualquier dirección ni de cualquier forma. Es muy importante, sobre todo para las

nuevas generaciones interesadas en la política, leer y releer la profusa folletería que editaban los partidos políticos en aquellos años y especialmente la de la DC, porque allí hay un buen reflejo de lo que cada uno pensaba al calor de los hechos. En el caso demócrata cristiano, esta actitud a la que me refiero se expresa con bastante claridad y es posible comprobar que el mayor encono lo ponían sus dirigentes en denunciar el sectarismo, el cuoteo político y el fanatismo que se imprimía a la acción gubernamental que al contenido mismo de las medidas tomadas.

De cierta manera se puede afirmar que en sus vaivenes la DC se dejó tentar por el discurso fácil que la derecha ponía en boga, en cuanto a que lo más fácil era actuar como encoñado opositor, especialmente cuando se trataba de ganar adeptos en procesos electorales. Eficaz testimonio de ello es el lema que inspira la campaña de regidores del PDC en 1971: "Chileno, no estás solo, la Democracia Cristiana está contigo". No parece ser el mejor lema para un partido que pretende hacer una oposición revolucionaria, porque en su proyecto hay una revolución propuesta. A partir de ese día nos vimos sumidos en un tipo de acción política que tuvo mucho de queja lastimera o reclamo dolido y poco de la necesaria actividad orientada a salvar una democracia tensa y tironeada de todos lados y que, según el propio diagnóstico, podría ser destruida en poco tiempo. La apreciación de la realidad indicaba que el país caminaba hacia el despeñadero, porque las tensiones sociales y políticas iban en aumento. Se estaba desarrollando una violencia política como hasta entonces Chile no había vivido en muchos años. Mientras unos presionaban para un lado, otros iban al contrario, muchos predicando la desobediencia a las normas jurídicas que habían permitido el desenvolvimiento democrático del pueblo chileno que, con cierta lentitud y vacilaciones, hacía posible un progreso cualitativo en el grado de participación política. La derecha desobedecía a Allende y los allendistas al poder judicial o a las autoridades que fuera si acaso estaban

en oposición a su proyecto político-económico. Los dirigentes DC debieron darse cuenta de esta situación, sobre todo si acaso se recuerda (y ellos deben recordarlo) que hubo un informe preparado a petición de la directiva nacional por el ex Ministro Gustavo Lagos Matus el que fue presentado, en momentos políticos muy dramáticos, al Consejo Nacional del PDC. Allí se analizaba con crudeza y realismo la situación, concluyendo que si acaso la DC no hacía algo y con urgencia, lo más probable era que se terminara en un golpe de Estado. Tal vez las bases de la DC actuaban sin tantos antecedentes y sus actitudes eran más directas, en cuanto a enfrentarse con la UP y sus militantes, sin medir cada paso que se daba, pero los dirigentes tenían una responsabilidad que exigía mayor mesura. Poco antes de ese informe de Lagos, escribía en mi memoria de prueba, que si no había un gran acuerdo que permitiera la sustitución integral del régimen imperante por uno que condujera a una democracia participativa más avanzada, todo terminaría en un desplome institucional y una posterior dictadura. Lo recuerdo, no por vanidad o ganas de citarme a mí mismo, sino para revelar que había quienes pensaban así, pese a que al escuchar a los dirigentes, muchos parecían estar muy ajenos a estas urgencias e insistían en sus posiciones como si lo que estuviera jugando fueran sólo intrascendencias o cuestiones muy superficiales, sin riesgo para la supervivencia democrática.

El carácter revolucionario de nuestra oposición se fue diluyendo. Hay algunos dirigentes DC que en su recuerdo distorsionan la historia: nos cuentan que la Democracia Cristiana encabezó la oposición de Allende. Si encabezar significa “poner la cabeza”, así fue, pero el contenido objetivo lo puso la derecha.

Efectivamente, los demócrata cristianos actuamos en una oposición con mucha energía, disputando con la derecha sobre quién era más o menos duro, pero pocas veces pusimos la orientación o el contenido. Nuestro discurso se fue sumando progresivamente al tono tremendista que imprimía la

derecha a su oposición.

No podemos olvidar, en este sentido, el contenido de las campañas de Marín en Valparaíso; de Moreno y Diez por el sur (cuando disfrazamos el apoyo al líder derechista, que tan triste papel ha cumplido como vocero internacional de la dictadura, con una declaración de libertad de acción); el tono electoral del 71 y, sobre todo, el del 73. El Partido no se derechizó —sólo sostenerlo resulta una estupidez— pero se vio arrastrado hacia el discurso de la derecha. Pese a los esfuerzos creativos de parte de muchos dirigentes y voceros para avanzar en una línea de contenidos más profundos, la DC terminó siendo un instrumento útil en manos de quienes querían terminar con la democracia. Los que éramos más duros en cuanto al rechazo de todo intento golpista no tuvimos suficiente eco ni relevancia al interior del Partido. Volvemos sobre el tema.

Por su parte Allende y los dirigentes de la UP no hicieron fáciles las cosas para el curso democrático. Por aquellos años se vivía una profunda crisis de la democracia, que nosotros la habíamos denunciado desde hacía mucho tiempo. La participación era reducida en relación con las ansias y expectativas de los sectores sociales y se estaba sobrepasando en los hechos el ordenamiento jurídico formal de la sociedad chilena. Debía surgir una nueva forma democrática, pero la estructura política no permitía ello mediante un flujo suficientemente ordenado. Los grupos más reaccionarios luchaban por mantener el sistema siempre y cuando les garantizara su cuota de influencia y, por lo menos, permaneciera el carácter excluyente que tenía hasta entonces. De no ser así, les era más conveniente desestabilizar no sólo el gobierno, sino el régimen institucional mismo que ya estaba bastante debilitado, en orden a estructurar su proyecto de régimen decididamente excluyente y autoritario dentro del orden capitalista.

En la UP se veía un discurso similar en cuanto a que parecía no interesar mucho el cuidado de la democracia.

Salvo los comunistas (siempre cuidadosos en su acción, pues la democracia chilena les reconocía un espacio legítimo que ellos respetaban) los demás grupos plantean, al reconocer la crisis institucional, el paso al socialismo sobrepasando la legalidad burguesa. Muchas de las situaciones producidas en esa perspectiva son vistas ahora, con el correr de los años, por los mismos que eran actores, como errores importantes. Sin duda que el más grande de los errores fue que los dirigentes de la Unidad Popular no reconocieran su condición de minoría real, hecho que limitaba enormemente sus posibilidades y se comportaron de un modo que hacía imposible una alianza con los demás sectores progresistas del país. El ataque permanente, duro y procaz contra la Democracia Cristiana y sus militantes, el rechazo categórico de muchos puntos de encuentro, la negativa a considerar la posibilidad de unidad en el seno del pueblo reconociendo la diversidad, fueron produciendo un alejamiento de los militantes de una y otra postura, ya que mientras unos arrasaban con prepotencia pues eran los ganadores —y querían ganar en todo— otros debían tomar la retirada, sintiéndose perseguidos, ofendidos y haciendo crecer un hondo resentimiento que se arrastra hasta el día de hoy, sobre todo en los sectores populares.

La UP usó una estrategia similar a la de la derecha respecto del PDC, pretendiendo dividirlo y buscando entendimiento sólo con algunos de los suyos: progresistas y derechistas, buenos y malos. Ni la derecha ni la izquierda tradicional han sabido entender al PDC, lo que les impide reconocer su enorme fuerza histórica: el Partido Demócrata Cristiano es algo más que un partido de la democracia liberal, es un movimiento portador de una forma de vivir y relacionarse, de un mensaje de transformación integral de la sociedad, por lo que cada apuesta por la división va derrotada. Ni antes ni ahora es posible quebrar a la DC. Toda la potencia de la UP, el atractivo por los cargos o las ventajas del poder, las ilusiones de la revolución, la muñeca de Allende (como él mismo lo dijo al referirse a la IC), las confusiones del discurs-

so, el izquierdismo, sólo consiguieron restar de la DC un pequeño grupo de militantes (muy inteligentes y valiosos en su mayoría) que no produjo merma de significación en el potencial electoral o en la capacidad política del Partido. La Izquierda Cristiana, nacida en Julio de 1971, ha tomado gran auge en sectores populares y juveniles, no tanto por lo que pudieron llevarse del PDC, sino porque constituyeron una bancada adecuada para cristianos de izquierda que se veían sin suficiente espacio en un conglomerado político de tendencia laica, marxista, atea.

Marcados por la soberbia y un excesivo ideologismo, los sectores mayoritarios de la agrupación gobernante intentaron imponer sus modelos rígidos en todas y cada una de las áreas del quehacer nacional. Se sintieron dueños de todo: del país, del futuro, de la historia, de los procesos sociales, de la verdad y creyeron que el proceso era irreversible. Al pasar los años se comprueba como la medida que manifestaban los comunistas en muchos aspectos, resultaba mucho más realista que el entusiasmo casi fanático que se veía en otras fuerzas. Aplicando los resquicios legales, dentro de la legalidad burguesa imperante llevaron las cosas a extremos peligrosos para el desenvolvimiento democrático, pues utilizaron normas vigentes desde antes en un intento de extremar las tensiones y asumir el control del poder. En la industria, por ejemplo, se prefirió la vía de la intervención por problemas de precios o de abastecimiento que la de la expropiación o de la definición pura y simple de las áreas de la propiedad, como fue planteado en un proyecto completísimo por la DC. El traspaso al "área social" por la vía de la intervención llegó a extremos absurdos, pues no sólo afectó a lo que podría ser la industria de carácter estratégico para el desarrollo del país, sino que toda industria en la cual había una fuerza política suficiente y luego intervenida para "normalizar" la producción.

En casi todos los ámbitos se repetía la misma figura. Fue el ejercicio del poder llevado hasta el límite que la democra-

cia podía permitir, amenazando la estabilidad social y poniendo en peligro el orden institucional. Muchos veían —y querían— el inminente desplome de la institucionalidad sin que hubiera posibilidades de sustituirla por los mecanismos propios de la democracia política.

Al clima de odios y de tensiones políticas generado por la derecha, se suman la prepotencia y el sectarismo de quienes ocupaban el poder —cuya condición de transitoriedad parecían haber olvidado— y en una mala interpretación de la realidad debida a la aplicación mecánica de las categorías de análisis marxista. Tanto dirigentes como analistas olvidaron la existencia de una mayoritaria clase media, que siempre cumplía una función de reguladora social en los procesos de cambios. Más allá de sus numerosos defectos, analizados y denunciados por sociólogos de todos los tintes, la clase media chilena ha podido asumir posturas progresistas y favorables al cambio, pero siempre en una perspectiva gradualista que le permitiera incorporarse al proceso. La revolución catastrófica que parece subyacer en el planteamiento de la izquierda tradicional chilena no es del gusto de las mayorías del país. El cambio había que producirlo siguiendo, en cierta medida, la ruta ya trazada por los movimientos sociales y políticos y no contra esa tendencia.

El país se fue polarizando y los discursos dividieron a Chile entre los patriotas —los que apoyaban el gobierno de Allende— y los facistas —todos los opositores—. Quienes en la universidad no aceptábamos los planteamientos de la UP éramos fácilmente calificados de facistas, ante lo que nosotros respondíamos calificando de facistas a todos los que querían imponer sus modelos rígidos y, entonces, hablábamos de facismos pardos y facismos rojos. Cuando salían los distintos grupos a las calles, progresivamente armados, los DC recibíamos golpes de todos lados y luego la prensa oficialista nos motejaba de facistas y la prensa de Derecha (La Segunda de Carneyro especialmente) nos calificaba de colaboradores de los comunistas. Recuerdo el revuelo que

se produjo cuando, luego de un acto organizado por la JDC en Providencia contra los facistas que propugnaban la violencia, la guerra civil o el golpe de estado y en el cual fuimos atacados con todo tipo de armas contundentes por los militantes de Patria y Libertad, respondí a una pregunta afirmando que para frenar al facismo yo estaba dispuesto a salir a la calle con quien fuera, porque allí estaba el enemigo real del pueblo chileno. Pero esto, que era la posición oficial de la JDC, no era comprendido por los jóvenes de la UP. Aparecieron entonces, dos bandos difícilmente reconciliables que, aunque el discurso intentáramos minimizar las diferencias, en verdad se enfrentaban crecientemente y sin salidas claras, no pudiendo nosotros dar una expresión práctica y eficiente a las posiciones postuladas.

No hubo voluntad para superar la crisis por la vía del encuentro y de la unidad. Pese a que en 1973 el Partido Comunista iniciaría una campaña de propaganda para “evitar la guerra civil”, todo el resto de la publicidad gubernamental o de los partidos que apoyaban a Allende agudizaba las posiciones extremas. Podemos recordar las frases llenas de agresividad, de odio, de soberbia, que se repetían constantemente: “Tu enemigo está en el barrio alto”, “Los ricos acaparan y el pueblo no puede comer”, etc.

Las divisiones no eran como las querían imaginar los analistas: entre los ricos y los pobres; entre los poderosos y los proletarios; sino que se daban en todo el ámbito social, pues los chilenos que no estaban con la UP percibían en esa soberbia un intento de asumir el control totalitario del poder en todas las esferas, ya que se hablaba siempre desde las perspectivas de la verdad absoluta y quien ejercía su poder lo hacía como una especie de dispensador público. Hasta el día de hoy, doce años después de caído Allende, doce años después de estar compartiendo dolores y humillaciones, los pobladores que no eran de los partidos de la UP recuerdan con resentimiento a quienes distribuían los pollos con preferencia para sus partidarios y condenaban al mercado negro, al

hambre o a la humillación a los opositores. Las dificultades unitarias de hoy encuentran allí también una causa que no se puede despreciar.

Al interior de la coalición gobernante el panorama era muy confuso. El Partido Socialista, profundamente dividido, marcaba la tónica junto con el MIR, el MAPU y la IC, en cuanto a la necesidad de apurar el proceso. "Avanzar sin transar" era la consigna que lucían. Por su parte los comunistas, mesurados, jugaban estrategias más cautas, pero que permitían consolidar mejor las cuotas de poder ganadas. Ellos estaban dispuestos, como se ha podido saber recientemente, a dejar en libertad de acción a Allende para que pudiera reorganizar el gobierno y encontrar una salida a la crisis. Los radicales y otros grupos representativos de los sectores medios tenían poca significación al interior como para poder contribuir a orientar la acción del gobierno en uno u otro sentido. La confusión y las divisiones se generalizaban; en pleno gobierno y luego del exitoso resultado del allendismo en las elecciones parlamentarias del año 1973, cuando sube su cuota de diputados, las rencillas internas del Partido Socialista se hacen públicas y el MAPU se divide en un bochornoso espectáculo que incluyó toma de locales y reclamo por la posesión de los autos.

Este era exactamente el esquema que deseaba la derecha, ya que así la polarización conveniente a sus fines se consolidaba. Luego de un intento de corromper a los nuevos gobernantes y manipular la defensa de sus intereses, se lanzan decididamente a la subversión. Dividiendo el país entre "demócratas, patriotas, anticomunistas" frente a "comunistas, antipatriotas, totalitarios", se desarrolla una lucha en todos los frentes, no escatimando métodos para incrementar el desorden, la imagen de caos, de inseguridad, de violencia y sobre todo, colaborar para el desabastecimiento mediante el acaparamiento y el mercado negro, todo orientado a la paralización del país. Todo era válido, pues era preciso derrocar a Allende que ponía en peligro sus intereses. La

habilidad de los medios de comunicación y las debilidades y errores de los gobiernistas, permitieron que el mensaje simplista fuera prendiendo. Buen ejemplo de esto fue el titular que una tarde llenó la primera plana de La Segunda: “Chilenos: Junten rabia”.

Fueron años de locura, donde todo resultaba difícil de comprender. Al pasar los años, los recuerdos se agolpan desordenadamente. Los festivales de la canción, las fiestas mechonas, las candidaturas a reina, cualquier cosa, todo, se estaba transformando en una lucha de poder —dividida en dos frentes— en la que algunos ya no teníamos cabida. La tónica eran, por lado y lado, el sectarismo, la prepotencia y la soberbia. “Este sera un gobierno de mierda, pero es mi gobierno” decía un cartel que un jovencito mapucista llevaba en una manifestación. Un verdadero símbolo del período. No había interés por reconocer errores, por rectificar, por comprender, por llegar a entendimientos reales, a pactos que permitieran superar el estado de cosas. En medio de una especie de “borrachera ideológica”, todos aspiraban a conseguir cuotas de poder real, olvidando el programa y la revolución prometida. Para cada uno lo más importante era asegurar su propio espacio.

El gobierno de Allende no fue efectivamente revolucionario. Este tema deberá ser tratado en profundidad y estoy dispuesto a discutir seriamente mi tesis. Ahora sólo enuncio los fundamentos de la afirmación: no hubo proposiciones revolucionarias, no hubo intentos de modificar seriamente el sistema político y económico, no hubo intentos de canalizar la participación popular, sino que se pretendió que algunos sectores populares, por medio de los partidos políticos, asumieran el control de instancias de poder.

Derechistas e izquierdistas se jugaron por la tesis de los extremos. La presión extranjera, la conspiración derechista, la difícil situación económica, los errores políticos y técnicos, la conducta de la ultraizquierda, terminaron por conseguir

que se llegara al punto del enfrentamiento. La Democracia Cristiana quedó fuera del juego. Pese a ser el partido mayoritario y con gran organización, terminó de comparsa de una derecha audaz. Todo culminó con el golpe de estado.

Algún día se escribirá la verdadera historia de la época allendista. Entonces deberá consignarse esta extrapolación de posturas que a los dirigentes DC los colocó en disyuntivas que no fueron capaces de resolver. Creo que faltó voluntad de los actores que pudieron ponerse de acuerdo para salvar al país de la tragedia. Sólo como un ejemplo menciono algunos hechos que recuerdo, en los cuales intentamos llegar a acuerdos con la izquierda para evitar que continuara el proceso de polarización. Las conversaciones con Enrique París y tantos otros para evitar el conflicto que fue la causa de nuestra ocupación de la Escuela de Derecho en 1971. Nuestros esfuerzos en Octubre de 1972 para realizar acciones conjuntas contra el paro. Todo terminaba en nada y quedábamos con la sensación de que nuestros interlocutores, incluso los comunistas, sólo querían dilatar, evitar acuerdos concretos.

La crisis estaba desatada y parecía que muy pocos lo entendían. Muchas veces nos desesperábamos por la tozudez que se notaba en los partidarios del gobierno, que no percibían que el camino por el que transitábamos conducía al golpe de estado. La derecha perdió el pudor y al comenzar 1973 ya hablaban de la necesidad de un nuevo gobierno, lo que sólo podía conseguirse con un golpe. En la DC tomó gran fuerza una posición dura contra Allende. La Junta de Mayo de 1973 enfrentó dos tesis: la de insistir en caminos de entendimiento democrático, encabezada por Renán Fuentealba; y la que proponía una posición de dureza que se resumía en decir no al diálogo con el gobierno, encabezada por Patricio Aylwin. Ganó esta última. Al correr el tiempo se llegó a proponer, como posición extrema, que el Presidente de la República renunciara y cesaran en su cargo los parlamentarios, para producir una entera renovación de

los cuerpos políticos. Nunca escuché, pese a que lo pregunté más de una vez, a algún dirigente decir que era partidario de un golpe de estado o sostener que era necesario trabajar por el golpismo. Se dice que hubo DC implicados en el golpe. Sergio Arellano I., en un libro de reciente aparición, cuenta sobre su actuación personal, pero se cuida de señalar que aunque él tenía ciertas funciones en el PDC, no actuaba como encargado oficial y no se sintió obligado a informar a la directiva. Tal vez Carmona u otros que luego han apoyado al régimen puedan haber estado en el complot. Lo que sí escuché decir a muchos fue que el golpe resultaría inevitable si es que no se llegaba a un entendimiento. Debemos reconocer que había muchos militantes o dirigentes de base que querían el golpe, sin imaginar jamás que ello sería la culminación de los planes derechistas y el inicio de una dictadura horrorosa, en los que puede resultar más excusable una postura de ese tipo que en dirigentes nacionales que tienen una mayor formación y responsabilidad. Mirando las cosas en perspectiva debemos aceptar que pareciera que la DC no puso todo su empeño para conseguir el entendimiento democrático con ocasión del diálogo al que llamó la Iglesia Católica. Puede ser.

La JDC, encabezada por Ricardo Homazábal, y una enorme cantidad de DC estábamos por conseguir una solución democrática a la crisis nacional, con una sensación de mucha urgencia, pues veíamos que el golpe sería inevitable en caso contrario. Percibíamos, a diferencia de otros, que la crisis no era como la de cualquier gobierno democrático: estaba en juego algo más que la estabilidad de un gabinete o una política determinada.

Para el Martes 11 de Septiembre en la mañana había tres convocatorias importantes. Allende hablaría en la Universidad Técnica del Estado y su discurso sería transmitido por cadena nacional. Se rumoreó en esos días pero ahora lo sabemos con certeza: el Presidente iba a anunciar su decisión de convocar a un plebiscito sobre el problema de las

áreas de la economía y que en caso de perderlo renunciaría. Carlos Briones asegura que así fue, pues él participó junto a Joan Garcés y Orlando Letelier, en el grupo que ayudó a Allende a escribir el discurso la noche anterior. En alguna medida esta decisión fue una consecuencia del discurso de Altamirano el día 9 de Septiembre. La FESES, encabezada por el DC Miguel Salazar, había convocado a una marcha para clamar por la unidad y la democracia, contra la guerra civil y en denuncia de los rumores sobre golpe de estado. En el barrio Bellavista, por otra parte, Boeninger, rector de la Universidad de Chile, hacía entrega a Kirberg, rector de la Universidad Técnica, de las dependencias del Canal 9. Había algunos que aún creían posible un postrer esfuerzo.

La crisis nacional era política, pero también económica, jurídica y social. Frente a ello había que actuar.

Había quedado en claro que el país tenía una opción mayoritaria por la sustitución de la sociedad vigente. También quedó claro que era indispensable sustituir el esquema institucional que era cada vez menos respetado y se veía superado por todos los actores de la sociedad.

Todo era dicho con claridad en las numerosas declaraciones, boletines y folletos que editaba el Partido Demócrata Cristiano. Quien más claramente habló fue Radomiro Tomić en su discurso en el Consejo Plenario del PDC en Cartagena, en Marzo de 1972, cuyo texto fue publicado y que recomiendo a todos leer, pero especialmente a los más jóvenes.

No soy de aquellos que creen que la sola dictación de nuevas leyes modifique necesariamente el desarrollo político, pero en esos años había que encontrar una solución política profunda y mayoritaria. Estimo que el camino para superar la crisis política y avanzar en el proceso de construcción del nuevo orden social tenía dos pasos fundamentales. Primero, el acuerdo entre la DC y la UP para producir una nueva alianza de gobierno con Allende y una recomposición de la base de apoyo que incorporara a la Democracia Cristiana, sobre algunos presupuestos programáticos. Segundo, el

compromiso de sustituir el marco constitucional que estableciera mecanismos democráticos de incorporación de las mayorías al sistema político y de solución de las crisis. Sin solución a los problemas derivados de la crisis de la participación los acuerdos no servirían sino de postergación breve de los problemas.

En mi memoria —escrita en Marzo de 1973— decía: “Se impone una nueva constitución que interprete los deseos de participación de miles de chilenos, que permita canalizar la voluntad de cambios y asegure una continuidad democrática y pluralista. La construcción de una nueva sociedad pasa por la dictación de un nuevo orden jurídico”. Y agregaba más adelante:... “el dilema de Chile de hoy es: **Revolución o desplome institucional**. Es decir, o hay un cambio profundo estructural que signifique avanzar hacia una nueva sociedad o, fatalmente, se producirá el quiebre violento de nuestras instituciones. La segunda alternativa podrá revestir muchas características distintas, pero cualquier fórmula será, finalmente, dictatorial”.

No hubo acuerdos. ¡Cómo me habría gustado estar equivocado!

Fracasó el diálogo y la oligarquía, con la fuerza militar y el apoyo extranjero, consiguió recuperar el poder, dominar al país y ponerlo marcha atrás.

Ese Martes 11 no hubo marcha, ni discurso de Allende ni entrega del Canal 9, sino golpe de Estado.

EL GOLPE DE ESTADO Y EL NUEVO REGIMEN

El Martes 11 de septiembre de 1973 fue un día de contradicciones, no sólo por clima, que varió de cálido y hermoso al amanecer a la lluvia de la tarde, cuando el golpe había sido consumado.

Con mucha más violencia de la que habría sido necesario usar para deponer a un gobierno como el de Allende, las Fuerzas Armadas atacaron a todos los que parecían partidarios de la Unidad Popular, practicando detenciones masivas y acciones que trajeron como resultado la muerte para muchas personas. La operación militarmente fue difícil, torpe, marcada por la improvisación. Al revisar la documentación de la época, las cintas de las conversaciones de Pinochet con Carvajal que publicó la Revista ANALISIS; al analizar los hechos producidos, podemos concluir que los golpistas no tenían la certeza de que todo les resultaría bien. El atentado al régimen, objetivamente descrito como delito en la legislación republicana y democrática, fue además de una violencia muy superior a lo que requería el resultado propuesto, lo que en materia penal constituye una circunstancia agravante.

Ese día hubo chilenos que fueron asesinados, otros que murieron en enfrentamientos, otros arrestados, golpeados, vejados. Ese día hubo chilenos que tuvieron miedo, otros que se asilaron, algunos que lograron permanecer escondidos. Ese día hubo mucho sufrimiento. Pero también hubo chilenos que se alegraron, que pusieron bandera para celebrar (algunos pusieron bandera para que su casa no fuera marcada por los golpistas), que sacaron de los congeladores la carne para hacer asados y aprovecharon el toque de queda

para hacer fiestas. Hubo chilenos que bailaron en las calles.

Tal vez es bueno recordar lo que pasó con la Democracia Cristiana, pues ella es la organización política que mejor representa al pueblo chileno: por ella pasó todo el espectro de las posiciones. Hubo algunos que de inmediato se manifestaron en contra del golpe militar: fueron trece dirigentes, porque esos trece alcanzaron a firmar, pero en realidad fueron muchos más. Hubo otros que fueron detenidos, como Manuel Bustos, el actual líder sindical y entonces presidente de un sindicato. La Directiva Nacional, con la oposición de Ricardo Hormazábal, presidente de la JDC, sacó una declaración en la cual insiste en su tesis de la inevitabilidad del golpe de estado y de cierto modo lo justifica. Hubo otros que se sumaron a los golpistas, ocupando cargos de los más importantes. La confusión era total.

Dejando al margen a aquellos que luego abandonaron el PDC, como el ex senador Carmona, por ejemplo, podríamos decir que hubo dos grandes posiciones y que de cierto modo representaron las dos interpretaciones posibles sobre el fenómeno. No cabe duda que los partidarios de Allende—sin necesidad de la persecución criminal de que fueron víctimas— tendrían que oponerse al golpe. No cabe duda que los derechistas extremos y partidarios del golpe tendrían que estar a favor de los nuevos gobernantes. Hubo otros sectores, sin embargo, como importantes grupos de pensamiento social demócrata y los demócrata cristianos y su área de influencia, que no tenían una postura completamente clara.

La primera interpretación que esta acción militar tenía por finalidad restablecer la institucionalidad quebrantada, esto es poner fin a un gobierno que estaba poniendo en peligro la vigencia de la constitucionalidad, pero que una vez hecho ello el país se enrielaría en un proceso democrático con nuevas elecciones. Los primeros textos de declaraciones oficiales de los golpistas insinuaban algo así. En ello se apoyaban los que creían que tal sería el curso de los aconteci-

mientos, sin descartar que la presencia de algunos generales más amigos de ciertos políticos, como por ejemplo Bonilla y Arellano, podría inducir a pensar eso. Los que así pensaban no dudaron en dar su apoyo a la interrupción del proceso democrático, justificarlo públicamente y esperar primero e instar después para que tal cronograma imaginado por ellos se cumpliera a cabalidad. Esta tesis fue la que primó en algunos de los máximos dirigentes DC y, me atrevo a sostenerlo, en las grandes mayorías de los sectores medios del país, cuando no también en los sectores populares. La tradición militar, el cariño que muchos sienten por los asuntos de armas en un país cuya historia siempre se ha presentado como una sucesión de batallas, el conocimiento o la amistad con oficiales, la certeza de que los militares no tenían capacidad para gobernar y muy pronto se verían obligados a entregar el poder a los civiles, en fin, muchas razones, unas más serias que otras, iban en apoyo de esta tesis.

La otra tesis sostenía que la acción militar estaba inspirada por los intereses de la derecha y el imperialismo americano y que tenía por finalidad implantar en el país un nuevo régimen que protegiera de modo especial los intereses económicos y geopolíticos de sus inspiradores. Este golpe se enmarcaba dentro de las tendencias golpistas de América Latina con posterioridad al TIAR (Tratado militar de colaboración entre los países de América frente a la posibilidad de una invasión externa al Continente) y que a partir de la experiencia de Guatemala y luego de la Revolución Cubana, se modifica para convertirse en un instrumento de defensa contra la agresión interna, la subversión o los factores de alteración del orden social. El enemigo ya no viene desde afuera, no son los tanques ni los submarinos soviéticos, sino que viene desde el interior y está representado no sólo por los comunistas sino por todos los que postulan el cambio social y la sustitución del régimen capitalista. U.S.A. elabora su doble juego sustentado en la Doctrina de la Seguridad Nacional —que no es sino su propia seguridad— que consiste en ir simultáneamente

con la zanahoria (Alianza para el progreso) y el garrote (golpes militares o intervenciones armadas directas de la Infantería de Marina). La violencia inicial del golpe, la brutalidad de la persecución, la aparición inmediata de los elementos derechistas en el control de la administración, la destrucción de los registros electorales, la actitud de los propios Bonilla y Arellano de quienes tanto esperaban algunos y otros índices, eran para muchos una prueba evidente que estábamos frente a un proyecto de largo alcance y no sólo frente a una aventura golpista o un intento de recuperación institucional.

Al revisar la prensa de la época nos encontramos con muchos que estaban por la primera tesis. Sin ir más lejos, la Revista *Ercilla*, en la cual la influencia de la DC era muy conocida, se adscribe a esta postura en las primeras épocas. Pero ese grupo de periodistas y muchos otros chilenos que en el primer momento miran con buenos ojos el golpe militar, se van dando cuenta poco a poco que las cosas son distintas y con el correr del tiempo modifican su posición para ir progresivamente ubicándose como opositores a los nuevos gobernantes.

En el caso de la DC el cambio va de los silenciosos signos de aprobación y los permisos para ocupar determinados cargos en el gobierno a lo que se llamó "independencia crítica y activa", muy criticada al interior del propio partido y que en realidad era una especie de cajón de sastre. Esa posición no obligó a renunciar a los militantes que tenían cargos. Muchos de ellos, por cierto, lo hicieron cuando se dieron cuenta lo que estaba pasando en materia de violación de los derechos humanos, pero otros continuaron manteniendo sus posiciones por mucho tiempo. Hubo quienes mantuvieron posiciones como la de agregado cultural o de prensa, convirtiéndose en verdaderos justificadores internacionales del régimen, sólo porque nadie les dijo que debían irse.

Sin embargo esos casos no logran empañar lo que fue la

actitud solidaria y generosa de abogados, dirigentes sindicales, políticos, militantes de todas partes, quienes de inmediato se pusieron del lado de quienes eran perseguidos por sus ideas. La denuncia de los crímenes, la defensa de los perseguidos, encontró en hombres como Jaime Castillo Velasco, Roberto Garretón, Héctor Valenzuela, Andrés Aylwin, a verdaderos ejemplos de valor y claridad, quienes junto a muchos otros DC y a compañeros de ruta, hombres de otras posiciones como Eugenio Velasco, Hernán Montealegre, José Zalaquett, por sólo nombrar algunos, constituyen una base sólida que permitirá luego poner un freno a la represión brutal seguida en contra de los que se oponían a la implantación del nuevo régimen.

El desconcierto pudo haber sido explicable y más que enclavarse en una mirada sobre el pasado para revisar los errores de cada uno, reconozcamos todos que en algún momento nos equivocamos y busquemos, con entera sinceridad los caminos de unidad para la democracia chilena. Para cerrar este tópico es preciso señalar que a muy poco andar el PDC fijó como su posición oficial la oposición al régimen y optó, ya en 1977, por la movilización social como estrategia para hacer de "Chile una patria para todos". Más que el triunfo de los que tuvieron una posición y que no se equivocaron en el análisis inicial, podemos decir que fue el afianzamiento de un camino de lucha que siempre tuvo en la mayoría de los DC a sus principales actores.

El golpe militar de Septiembre de 1973 es la culminación de un proyecto de parte de la derecha chilena para evitar el desarrollo de proyectos políticos que puedan poner en peligro el régimen que les conviene. Aclaro de inmediato: parte de la derecha, pues hay un segmento poco numeroso pero importante por la calidad de sus hombres, que son doctrinariamente republicanos y demócratas, hombres que siendo activa oposición a Frei y a Allende, lo hicieron dentro de los marcos de la democracia y cuando se produjo el golpe se opusieron a él. El resto de la derecha, la derecha economi-

ca y la derecha política, son parte de este proyecto para establecer en Chile un régimen económico y social dependiente de los Estados Unidos e identificado por su carácter capitalista, excluyente y autoritario. Los militares son la fuerza armada para imponer un régimen de esas características, que satisface los afanes norteamericanos en cuanto a que por ese medio se asegurará la estabilidad social y política de los países de la región. Con Chile se completa un ciclo que deja a América Latina bajo la influencia de una doctrina que llamada “nacional” ha sido elaborada por los teóricos del Pentágono, la CIA y el Departamento de Estado. El plan es relativamente sencillo, en cuanto a que la presión por la fuerza y la violencia sobre los pueblos sólo deberá durar lo necesario para consolidar el régimen y luego entonces deberá generarse una apariencia de consenso que diluya los intentos revolucionarios.

El ejercicio tiránico del poder es un instrumento eficaz para que se pueda imponer mientras un esquema económico basado en la “libertad de mercado”, cuyo funcionamiento permitirá consolidar el carácter dependiente y subdesarrollado y con eso garantizar el poder de la derecha por un largo tiempo. El régimen proyectado deberá contemplar mecanismos represivos muy fuertes, para que nunca el funcionamiento democrático aparente que se establezca, permita que salga el río del cauce fijado. Si hay peligro de eso, actúan los elementos reguladores, que en el caso del modelo criollo, se llama Consejo de Seguridad Nacional. Es lo que se ha denominado “democracia protegida”, para protegerla de aquellos que postulan un real y efectivo funcionamiento democrático con la participación del pueblo en la toma de las decisiones.

La libertad, la seguridad y el orden, son expresiones marcadas por un contenido de intereses. De lo que se trata, en definitiva, es de estructurar un sistema que permita poner al Estado al servicio de los intereses privados y que asegure la imposibilidad de alteración política. Los cambios sólo pueden

ser permitidos dentro de un rango muy pequeño.

La imposición de este esquema justifica todo, incluyendo las más atroces violaciones de los derechos humanos. Los aparatos armados son usados como ariete en contra de las mayorías y de los instrumentos de cambio (partidos progresistas), con el objeto de destruir la organización política, desarticular la organización social y gobernar sobre la base del temor al castigo. Toda discrepancia puede ser reprimida con la violencia máxima. No se trata de que los golpistas tengan especial interés en la violación de los derechos humanos, sino que ella es una especie de consecuencia del proyecto, como una realidad inevitable y que la aceptan como un mal necesario. La violación de los derechos humanos tiene una justificación política y una justificación doctrinaria en la misma doctrina de la seguridad nacional.

Para que el sistema funcione la represión brutal no debe extenderse más de lo necesario como atemorizar a la población ante la posibilidad de los cambios. Luego debe entrarse en la fase de la institucionalización y de la rotativa en el mando supremo usando sistemas electorales tan libres como sea posible. Este esquema ha funcionado a la perfección en Brasil y Uruguay, donde se ha estructurado un sistema como el descrito, dando la impresión de que en realidad se ha alcanzado la democracia. Se genera una apariencia democrática tan bien hecha (como todos los grandes espectáculos organizados desde los Estados Unidos) que todo el pueblo logra creerlo durante un tiempo, hasta que se da cuenta que su capacidad de opción está limitada por el férreo poder militar y el incontrarrestable poder económico. Cuando a los dictadores se les abren los apetitos y no respetan las fases de institucionalización y entrega del poder a otros que parezcan representar proyectos distintos, el esquema se desarma para la derecha y los intereses imperialistas, pues una tiranía prolongada puede hacer peligrar el futuro de su proyectado régimen autoritario, excluyente y capitalista, como pasó en Nicaragua y Cuba, por ejemplo. Para contra-

rrestar este efecto se han ideado distintos métodos, siendo los más eficaces los puestos en práctica en El Salvador, Haití y Filipinas, donde el imperialismo ha reaccionado antes que se produzca el derrumbe total.

Este es el diseño del nuevo régimen. Es lo que se ha puesto en práctica en nuestro país desde Septiembre de 1973, cuando se sublevaron las Fuerzas Armadas en contra del orden constitucional.

Durante estos años se ha hecho tabla rasa con todos los valores tradicionales, tanto la democracia, los parámetros morales del quehacer público, la medida tradicional de los chilenos. Se han destruido las fuentes productivas, desarmado las organizaciones sociales, quebrado las familias, reducido la condición de vida, humillado a hombres y mujeres.

Chile se ha empequeñecido desde todo punto de vista, sumido en un mar de contradicciones que brotan a la luz cuando una autoridad que se autoproclama nacionalista ha sido la fuente inspiradora de una generación que desconoce lo autóctono y adora los valores, los ídolos, los símbolos y los productos culturales e industriales elaborados en el extranjero. La música, la artesanía, el arte popular, han pasado a ser patrimonio de los que están en contra del gobierno nacionalista de Pinochet y son perseguidos con virulencia. La mediocridad se ha generalizado, poniendo como medida el poder del dinero por sobre cualquiera otra cosa. Las expectativas y las posibilidades se reducen y la juventud chilena se siente cada vez más desesperanzada sobre su futuro. Se ha elaborado una especie de maquillaje social, que incluso tiene una expresión urbana, cuando se gastan miles de dólares en la decoración de plazas y la restauración de fachadas o en exhibir pequeñas comunidades modelos de orden y tranquilidad. Largos minutos de televisión mostrando que se han construido 20 casas en algún lugar de Santiago, para ocultar la verdadera noticia que es la miseria generalizada en los sectores populares. La televisión y los medios de comunicación oficialistas nos cuentan la historia de un país que vive

en la alegría: pero como las mayorías saben que ellos no viven así, terminan por creerse una excepción, con lo que a la miseria se añade la sensación de inadaptación. Cruel.

El proyecto de dominación social, política y económica de un sector de chilenos sobre las mayorías no tiene freno en ninguna consideración moral. Por el contrario, la extrema brutalidad, la corrupción generalizada, el uso de la fuerza indiscriminada, la mentira y el aprovechamiento de los recursos fiscales, públicos o nacionales para beneficio privado marcarán la tónica de este período. Pequeños grupos reciben la totalidad del beneficio: unos pocos militares y civiles que ejercen el poder sin contrapeso.

La sociedad se ha aterrorizado frente al modelo impuesto por el régimen. Es el terror colectivo, más allá del miedo circunstancial a un riesgo u otro. Se ha querido someter a toda la población a un amedrentamiento global, para que nadie se atreva a salir de los cánones, mediante un sistema de ejemplificación: perderás el trabajo como fulano; irás preso como zutano; morirás, como tantos, etc.

El régimen busca entonces la consolidación: para ello está la salida pactada. El decir, los administradores del régimen están dispuestos a pactar pues entienden que las condiciones objetivas les impiden aplicar en toda su expresión el esquema jurídico impuesto en 1980 mediante un plebiscito manipulado. Entonces cederán tanto como sea necesario: desde hacer acomodos o modificaciones parciales de la constitución hasta aceptar el cambio de jefe, todo según la capacidad que vean enfrente. Es preciso pactar, ceder algo, pues entonces será posible incorporar a los opositores —parte de los opositores, los que son incorporables, ya que a los demás hay que marginarlos— a un Congreso elegido u otra fórmula que implique sancionar la inmodificabilidad de la constitución. Hecho esto está consolidado el régimen. El término pactado del período pinochetista es buscado por sus propios partidarios, ya que así, aún a riesgo de entregar a un hombre y algo en las formas, salvan lo sustancial: el

reconocimiento de un régimen capitalista en lo económico, excluyente en lo social y autoritario en lo político.

Los opositores, por su parte, pasan por varias fases. En un primer momento se da la situación de resistencia y defensa. Se trata de impedir que el régimen destruya todo lo que son las organizaciones sociales y políticas: hay que esconderse o asilarse, pero es preciso salvar la vida para seguir luchando, hay que salvar organizaciones aunque ello parezca hacer concesiones. Poco a poco empezarán algunas formas de resistencia, primando siempre la actitud defensiva.

Una vez pasadas las primeras acciones viene la etapa de reorganización. Es el instante en que empiezan a aparecer las organizaciones sociales nuevas, como la Comisión de Abogados por la Democracia, las agrupaciones de perseguidos, los organismos de coordinación sindical, el grupo de los 24, la Comisión de Derechos Humanos. Las organizaciones políticas también empiezan a reorganizarse, lo que en la Democracia Cristiana está marcado por la presidencia de Zaldívar, más que porque él haya impulsado la reorganización, por el sólo hecho de que hubo mayores espacios para los militantes entusiasmados por trabajar.

En cierta medida esta etapa de la actividad nacional tiene estrecha relación con la disminución de la represión en cuanto a su carácter masivo y a la morigeración de ciertas formas específicas de atentado contra los opositores. A partir de los años 1977, cuando asume Carter en Estados Unidos, claramente hay mayores espacios que permiten un grado importante de reconstrucción de los aparatos políticos.

Esta etapa de reorganización tiene un especial éxito en el período posterior a la salida de Leigh de la Junta de Gobierno. Leigh, cuando están por cumplirse los cinco años desde el golpe, formula ciertas críticas a lo que él visualiza como la consolidación de un poder personal de Pinochet y el alejamiento del espíritu del movimiento del 11 de septiembre, cuestión que seguirá siempre tratando de reivindicar. Ese enfrentamiento termina con el triunfo de Pinochet sobre

Leigh y todos los generales de la FACH, de los cuales sólo uno seguirá en servicio activo y asume la Comandancia en Jefe. En cierta medida queda evidente una fisura al interior del régimen, la que se ve fortalecida por una cierta presión de los Estados Unidos y una actitud firme de parte de la Iglesia Católica. El caso relativo al asesinato de Orlando Letelier se constituye en un ariete sobre el régimen que consolida para los opositores ciertas ganancias, como ser espacios públicos para medios de comunicación que se fundan o desarrollan especialmente en este período.

La ofensiva de Pinochet para responder a esta reorganización de los opositores no va a ir solamente por la vía de la represión. Por el contrario tiene especial interés en obtener puntos a su favor, especialmente por la inspectoría permanente del gobierno de Carter, por lo que elabora un plan exitista en lo económico para culminar con la institucionalización del modelo en la Constitución de 1980 y el plebiscito que se convoca para sancionarla. Con eso satisface plenamente a quienes presionan para que haya un grado de "tránsito a la democracia" al establecer una apariencia de democratización y organización, una suerte de parodia de separación de los poderes del Estado, aunque todo conlleva la consolidación brutal del poder personal de Pinochet. El fraude electoral no es investigado por nadie y muchos se sienten muy satisfechos por el montaje que se ha preparado.

En torno al plebiscito del 80 es necesario señalar que, además del fraude, para los opositores hubo otras evidencias importantes. Primero, que hubo, según reconocimiento del propio gobierno de Pinochet, por lo menos dos millones de chilenos que se atrevieron a vencer la persecución, el miedo, las presiones, para expresar su repudio al régimen. Asimismo, para muchos quedó definitivamente establecido que los caminos para conquistar la democracia pasaban por una vía distinta de las presiones de U.S.A. y de la institucionalización constitucional, pues todo ello iba más orientado a conso-

lidar el modelo y simplemente a diseñar una forma de fortalecer el sistema capitalista protegido por un régimen político autoritario. También fue evidente que la pretendida división al interior de las fuerzas derechistas entre duros y blandos, no pasaba de ser una ficción pues todos, incluso los que luego formarán el MUN y reorganizarán el PN, entregan su más decidido apoyo a una constitución que no es democrática, sin perjuicio de consagrar el poder tiránico al menos por nueve años más.

Cabe recordar que Valentín Ferrada, por ejemplo, señaló que él apoyaba el proyecto pues le gustaba la parte permanente y respecto de las disposiciones transitorias, él creía que no se haría uso de la disposición 24^o. Si se hacía, agregó a la Revista HOY, la primera vez lo representaría en privado, la segunda en público y la tercería ya se pondría en contra del gobierno. Nada de eso, por supuesto, sucedió. La actual presidenta del Partido Nacional, en un foro televisado en 1983, criticó ácidamente la constitución del 80; requerida entonces por sus oponentes para que explicara la razón de su apoyo en la época —pues trabajó entusiasmadamente aquella vez— declaró que no la había leído.

Poco duró la bonanza económica. Tal como lo habían denunciado destacados economistas, especialmente los equipos de Foxley, Cortázar y Flaño de CIEPLAN, ya a mediados de 1981 empezaron a sentirse los primeros síntomas de que el imperio se destruía. En esa época Revista ANALISIS publica un reportaje sobre la CRAV, como fruto de una investigación dirigida por Alejandro Hales y los periodistas Fernando Paulsen y M. Olivia Monckeberg, que permite anticipar el descalabro económico que se avecina.

Con las fuerzas opositoras ya en cierto modo reorganizadas, se inició la etapa de la ofensiva sobre el régimen. Los desánimos provocados en algunos sectores por el resultado del plebiscito de 1980 fueron rápidamente revertidos por el trabajo de reorganización y el entusiasmo de quienes empezaron la ofensiva. Fue por esos años cuando empezamos a

hablar de “no-violencia activa”, tesis y estilo no comprendidos fácilmente ni siquiera por los opositores. Se fue diseñando entonces una cierta estrategia en la cual los medios de comunicación de la oposición fueron fundamentales, no sólo por la difusión de las ideas, sino porque sirvieron de instrumento eficaz para la discusión política sobre el quehacer. La DC tenía definida su decisión de renovar la directiva nacional para iniciar la ofensiva. Los últimos meses de 1981 se usan justamente para ello, mientras simultáneamente se acelera el trabajo en el proyecto alternativo, entidad que está pensando el proyecto sobre el quehacer de Chile al caer el régimen impuesto. Muchos sostienen haber escuchado a Frei afirmar que la operación a la que se sometió —y que terminó por causarle la muerte— tenía por intención estar en muy buenas condiciones para enfrentar la acción en los próximos años.

El primer paso en la DC fue buscar una Directiva Nacional. Dos candidatos surgieron de inmediato: Claudio Orrego y Ricardo Hormazábal. Cuando se iniciaban las discusiones murió Frei, lo que ocasionó un terremoto político de grandes proporciones: el partido nunca se imaginó que Frei moriría y en cierto modo el ex Presidente era bastante más que un militante o un dirigente. Su liderazgo pesaba en el partido de un modo notorio y sus silencios o sus intervenciones, podían modificar decisiones ya prácticamente tomadas. El peso de Frei era enorme, pero quedó en evidencia cuando faltó: entonces nadie pudo terminar la reunión con la frase “qué dirá Frei”.

Gabriel Valdés asume la presidencia como fruto de un acuerdo de todos los sectores. Es lo que se llamó “Directiva de consenso”. 1982 estará marcado por el nuevo ritmo que los opositores imprimen en la acción, especialmente cuando la DC, único partido que tiene una red nacional, presencia en todas partes, pone su estructura en la movilización. Ya no serán, como hasta ahora, militantes que actúan, sino que el Partido como tal activa la tarea en todos los niveles.

Otro tanto sucede con los demás partidos, que aún están

sufriendo el proceso de ajustes y divisiones posterior al golpe de estado. La Izquierda Cristiana sufre un duro golpe al caer casi todo su aparato de dirección política en manos de las fuerzas de la represión. Eso mismo, sin embargo, se transforma en un detonante para la lucha social y política en el estilo de la “no-violencia activa”, pues en torno a evitar la expulsión del país de estos dirigentes se organizan las primeras manifestaciones, una especie de ensayo sobre lo que puede hacerse con enorme participación del PDC. El exilio comienza a ser un tema central de preocupación. La lucha da buenos frutos porque finalmente los dirigentes de la IC permanecen.

El año resultó agitado y hubo una creciente actividad que culminó con la formación del PRODEN y abrió 1983 con el llamado de los trabajadores del Cobre para la protesta nacional. Diciembre de 1982 fue un mes duro para el régimen, que debe recurrir a la represión no sólo con los trabajadores —expulsa del país a Manuel Bustos y a Héctor Cuevas— sino también con el dirigente de los agricultores Podlech, quien ha protestado enérgicamente contra la política económica.

La ofensiva fue muy fuerte. La decisión de los opositores se fortaleció con la firma del Manifiesto Democrático, que expresó ante el país la voluntad férrea de luchar por construir la democracia en Chile. Desde Abril en adelante todas las fuerzas sociales y políticas trabajaron coordinadamente, sin afanes hegemónicos, sin exclusiones, sin discusiones ideológicas. Así se llegó a momentos muy decisivos, que pasaron por la prisión de dirigentes sindicales y políticos. La sensación de rebeldía general y de debilidad del gobierno dominaban a todo el país: estábamos en Agosto de 1983.

Hasta entonces el frente opositor había actuado en forma unida. Sin llegar a grandes acuerdos políticos, trabajábamos coordinadamente con todos los actores sociales y los partidos políticos en la definición, diseño, planificación de las jornadas de protesta y diversas actividades de los opositores. Nadie estaba excluido de ello. A partir de Agosto las cosas

sufrirán un cambio radical. La formación de la Alianza Democrática, dejando fuera de ella a una parte importante de los socialistas y a los comunistas estableció una distinción que obligó a los otros a formar el MDP y a sectores del MAPU y la IC a organizar el Bloque Socialista o, antes, la Convergencia Socialista. He aquí un primer y decisivo elemento de desunión. El segundo fue el diálogo que se mantuvo con el Ministro del Interior.

Habiéndose desatado la crisis generalizada en el país, Pinochet se vio enfrentado a diversas estrategias. Hasta ahora aplicaba la de la fuerza, pero algunos de sus consejeros le señalaron que el camino debía ser ceder en algo para consolidar parte del poder ganado. Aparentar ceder con tal de asegurar parte de la victoria. Quienes así lo aconsejaban entendían que si acaso continuaba este estado de creciente rebelión podía llegar el momento en que los militares decidieran reemplazar a Pinochet y tal vez ceder a los afanes de los dirigentes opositores. Para eso lo adecuado era traer un político capaz de entregar algunos espacios y consolidar otros, con autoridad y prestigio en la derecha. La solución fue Onofre Jarpa.

Recuerdo con claridad cuando, a fines de Julio tuvimos la información sobre Jarpa y su plan. Comunicamos esto a los niveles superiores, pero no se nos creyó en cuanto a los objetivos del nuevo Ministro del Interior. Jarpa asumió el mismo día en que 18.000 soldados ocuparon Santiago y se realizó una jornada de protesta que se prolongó por tres días más. Inmediatamente después, por iniciativa del nuevo Arzobispo de Santiago se realizó una serie de entrevistas entre la directiva de la Alianza Democrática y el Ministro Jarpa, que, por cierto, no culminaron en nada positivo, ya que jamás se llegó a discutir los temas centrales, entre otras razones, porque ni Jarpa ni Pinochet tenían voluntad para ello. Ha sido inexplicable para muchos de los que nos hemos interesado en el curso de los acontecimientos políticos este diálogo que se mantuvo con el gobierno. Era el momento de seguir concer-

tándonos y presionando: pues entonces la presión cede, los conflictos afloran, el país se desconcierta con el hecho de que se converse. La movilización se ha frenado.

Se ha iniciado la cuarta etapa, que es la de ruptura del frente opositor y la lucha descoordinada contra el régimen.

Es cierto que se han consolidado algunas conquistas opositoras: regresan algunos exiliados, se abren espacios para el funcionamiento público de los partidos políticos, los medios de comunicación consolidan sus posiciones. En fin, esta etapa tiene características muy distintas de lo vivido hasta ahora.

Desde entonces ha habido instantes de coordinación: justamente los más duros golpes en contra del régimen. El pueblo entero está sufriendo una situación económica agobiante y sin perspectivas, el país se empequeñece, se empobrece. Desde el punto de vista cultural y moral Chile se ve deteriorado. La corrupción y la lujuria, frente a la pobreza y la desesperación, van incubando una reacción violenta. El país sobrevive, mientras los dirigentes políticos, manipulados por la prensa oficialista y el propio régimen, se trenzan en discusiones bizantinas. El propio Acuerdo Nacional, nacido por inspiración de la Iglesia Católica (que encarga a un militante DC, a un empresario y a un ex ministro de Pinochet hacer las gestiones), se va viendo diluído como activador político porque no hay acuerdo en las cuestiones fundamentales sobre si acaso lo que se quiere es sustituir el régimen o simplemente mejorar el estado de cosas dentro de un proceso de afirmación del modelo consagrado en la constitución pinochetista.

LA QUINTA ETAPA

Como ya lo señalé en la páginas precedentes, existe un proyecto de sectores de la derecha (la mayor parte de la derecha económica) orientado a prolongar su poder para el futuro. El modelo que se nos quiere imponer desde ahora y para el tiempo venidero puede describirse —como dijimos— como capitalista en lo económico, excluyente en lo social y autoritario (¿totalitario?) en lo político, adscrito a la influencia americana y con una apariencia de funcionamiento democrático.

Esto es lo central: a esa derecha no le interesan ni Pinochet ni el nacionalismo ideológico, ni el desarrollo económico del país. Todos son solamente accidentes, pues sólo le importa asegurar su predominio social, político y económico, manteniendo un “orden” que le dé seguridad a sus intereses.

Para Estados Unidos la cosa es del mismo modo. La democracia es un valor fundamental al interior de su propio país, pero en el resto del mundo sólo vale en la medida que le sea funcional a sus intereses. Lo mismo vale para hablar de la paz y la no violencia, pues vemos que los vecinos del Norte no trepidan en usar de la violencia, armada cuando sus particulares intereses enfrentan peligros. Lo que EE.UU. quiere es mantener su zona de influencia y con ese objetivo va manipulando la situación interna de los países. Así, su proyecto considera a Pinochet y la actual situación como parte de una necesidad temporal.

Para frenar los avances progresistas y consolidar un régimen como el descrito se dio el golpe de 1973. En ello coinciden los intereses del fascismo, de la derecha económica y

de los Estados Unidos. Esta derecha sabe que para prolongar el régimen no son bastantes el apoyo norteamericano y la fuerza de las armas, sino que requiere del concurso de algunas fuerzas políticas que signifiquen la ampliación del arco político y le den un carácter mayoritario al funcionamiento del sistema político. Su proposición consiste en incorporar al esquema a lo que hoy es la Alianza Democrática, especialmente a la Democracia Cristiana y a la Social Democracia, pues ello será suficiente para atraer a los radicales y a los socialistas. Ese mecanismo de atracción exige el esfuerzo de dividir a los partidos, pero especialmente a la Democracia Cristiana, sembrando cizaña, reabriendo heridas y provocando debates artificialmente preparados. Con estos grupos políticos incorporados al funcionamiento del sistema institucional, será más fácil marginar a los comunistas y sus partidos cercanos, quienes, una vez definitivamente fuera del cuadro legal, podrán ser reprimidos con una dureza extrema, sin que la población reaccione, pues podrá escudarse en el marco de tranquilidad y fluidez democrática de la constitución de 1980, con las modificaciones que en afán de maquillaje se le haga.

Este modelo ha funcionado en muchos países de América, aunque en algunos, como El Salvador, encuentra fuerte resistencia por el fortalecimiento de los grupos que han asumido el camino de la lucha armada.

La situación mundial ha variado lo suficiente como para que no estén las condiciones para que se prolongue una dictadura pura y simple. Lo que ha sucedido con el informe del Relator Especial sobre derechos humanos, el costarricense Fernando Volio Jiménez quien entregó un informe durísimo —aunque incompleto— sobre la realidad chilena, sugiriendo cambios políticos como condición para el respeto de los derechos elementales de la persona humana y la posterior condena unánime, patrocinada esta vez por EE.UU., son suficiente indicativo para las autoridades chilenas en el sentido de que las cosas deben variar. No basta la represión para

imponer el modelo, sino que es preciso generar mecanismos, por lo menos aparentes, de consenso.

Las recientes experiencias de Haití y Filipinas permiten sacar muchas conclusiones. Una de ellas es la constatación de la facilidad de EE.UU. para acomodarse a las nuevas situaciones, puesto que al ver los riesgos de sus posiciones en ambos países, sobre todo en Filipinas, resuelve abandonar a sus antiguos amigos y hace las concesiones indispensables para lograr un nuevo marco de funcionamiento.

Los interesados en prolongar el régimen no quieren para Chile una salida como la de Filipinas, pues de ese modo corre peligro su proyecto. Es necesario adecuar las cosas de una mejor manera, de tal modo que todo parezca más natural: entonces habrá que trazar las líneas para que, alterando lo menos posible el contenido, haya modificaciones que puedan resultar atractivas a los dirigentes políticos. De cierta manera el Acuerdo Nacional para la transición a la plena Democracia constituye un buen instrumento para esta política, ya que se crea un marco de reconocimiento tácito al proyecto continuista con modificaciones y genera una nueva situación de fuerzas que puede presionar a las autoridades para conseguir una modificación paulatina. Eso significaría, por ejemplo, que Pinochet no postule en 1988 o que si lo hace convoque a elecciones directas.

El plan de incorporación paulatina de opositores contempla varias fases. La primera será la proposición de reformas constitucionales ante las que sea muy difícil aparecer negándose: un plebiscito para proponer "directas" en 1989, por ejemplo. El segundo paso será la instalación de un Congreso, tan limitado como en el que se establece en la constitución del 80, pero que asegurará un espacio de debate y parecería a algunos difícil oponerse. Así, suma y sigue, incorporándose paso a paso.

Todo esto supone la ingenuidad o la complicidad de la Democracia Cristiana y algunos de sus aliados. Hasta ahora, por lo menos, podemos asegurar que no ha sido así, como

tampoco están dando resultado las maniobras divisionistas. Mientras más aumentan las presiones y los ataques, con mayor claridad las fuerzas de la Alianza Democrática y la Democracia Cristiana en su seno, han ido definiendo con claridad que el dilema es democracia o dictadura y que la conquista de la democracia no se hace con negociaciones o concesiones, sino con una movilización social y una agitación política que canalicen la voluntad popular.

A Pinochet no le gusta este plan, pues lo que él quiere es seguir gobernando, aún cuando tanto él como su cónyuge han dicho que si no es elegido seguirá "luchando". Por lo que está demostrando, él prefiere hacer todo lo posible por prolongar las cosas y llegar a 1989 en las mejores condiciones posibles. El plan americano, que incluye su salida, no le satisface y es notorio que en estos días de Marzo de 1986, después de las presiones públicamente reconocidas por los altos funcionarios estadounidenses, se han desarrollado constantes negociaciones, que no son otra cosa que presiones sobre el aparato gubernamental chileno, con la finalidad de conseguir una mejoría importante de la imagen del régimen chileno. Hay una tensión entre Pinochet y los Estados Unidos que se zanjará en algún momento, cuando uno de ellos demuestre al otro que su camino es el correcto.

Estados Unidos considera el caso chileno como una situación delicada, pero siempre en el ámbito de acciones rutinarias. Chile se ve lejos de ser la crisis filipina. Para que los norteamericanos tomaran una medida como esa tendría que existir en Chile una situación de agitación mucho mayor que la actual y que pareciera poner en peligro sus intereses.

La quinta etapa es, justamente, ésta de confrontación pacífica directa. El pueblo chileno, debidamente movilizado por los partidos y los gremios, va perdiendo el miedo y actúa con abierta desobediencia del aparato represivo. Es la rebeldía, la agitación, la rebelión popular. Usando los mecanismos propios de los demócratas, esto es la organización, la lealtad, el convencimiento, las acciones de fuerza sin

armas, el pueblo chileno se apoderará de las calles y se producirá el paro social. Este paro social será progresivo y durará hasta el punto de encuentro entre las curvas de la necesidad de supervivencia de los que manejan el aparato militar y su conciencia de que no pueden continuar con la represión. Cuando los militares comprueben que el pueblo les ha perdido el miedo y la desesperación de los chilenos es mayor que la obediencia impuesta, serán capaces de dar el paso decisivo. Los militares son leales hasta el día en que dejan de serlo, como lo recuerdan los ejemplos de Morales Bermúdez y Velasco Alvarado en Perú o de Poveda y Rodríguez Lara en Ecuador. Y como pasó en Filipinas, hubo algunos que pasaron rápidamente de su peligrosa condición de opresores del pueblo a la de héroes salvadores.

Es cierto que habrá que negociar. Lo otro sería pensar en la derrota del aparato militar, como sucedió en Nicaragua, de lo que estamos muy lejos. En Chile es posible todavía pensar en soluciones distintas, porque hay organización política y el pueblo ha ganado espacios de mucha importancia. Pero esa negociación debe partir de la posición fuerte que los partidos y las organizaciones populares deben tener frente a los que hasta hoy han mandado. Tanto los militares como Estados Unidos tendrán que verse obligados a aceptar ciertas condiciones. Habrá que ceder, por supuesto, pero ello no será en cuestiones fundamentales: el régimen deberá caer.

Las otras soluciones, aquellas del acuerdo sin condiciones, las de la aceptación del continuismo con modificaciones, conducen a la consolidación de un régimen, aunque caiga Pinochet. La verdadera liberación de los chilenos comenzará cuando el régimen se desplome, abriendo rutas para un gobierno de emergencia que aúne la voluntad de los chilenos. Un gobierno de emergencia, como lo proclama Radomiro Tomic, que sea el punto de encuentro entre los chilenos: donde una gran alianza democrática y progresista, que incorpore

a todos los que han luchado por la democracia, sea capaz de trazar el contenido de un régimen democrático y participativo, donde el pluralismo político y la alternancia en el poder sean aspectos determinantes.

El marco del régimen puede estar dado por el Pacto Constitucional o tal vez por parte del Acuerdo Nacional. Ahí están las bases. En este nuevo régimen no habrá exclusiones.

Sólo cuando el país esté en proceso de reorganización enfrentaremos posiciones para ofrecernos al pueblo como servidores hacia el porvenir.

La quinta etapa es la de la lucha. De esta lucha por poner fin al régimen. Podremos demorarnos más o menos, pero sabemos que a la larga vamos a triunfar, porque no hay ninguna dictadura que se prolongue eternamente. Ponemos la nota de la urgencia, porque si acaso la lucha se extiende, si el régimen se prolonga, nuestra tarea será más difícil y la violencia dominará nuestra convivencia aún más que en estos años. La vía armada es, por hoy, una alternativa postergada. A Dios gracias.

Cuando hayamos abierto los espacios de libertad en nuestra tierra, podremos sentarnos los rivales y los camaradas, todos amigos y hermanos de la patria, sin llamarnos enemigos, reconocer nuestras discrepancias y proponer al pueblo los caminos de los proyectos políticos de cada uno. Esa será la séptima etapa: aquella en que los cristianos, los demócrata cristianos como vanguardia política del pueblo, intentaremos hacer esa revolución libertaria y humanista que hemos prometido. Es la revolución que encarnará las esperanzas de Frei, Leighton y los otros de '36; es la revolución que se gritó en los campos allá por el '64; es la revolución a la que han aspirado tantos y que, aun cuando a algunos les parezca increíble, será la que consolidará la posibilidad de que las alamedas sigan abiertas para que el pueblo transite. Esas alamedas son las que estamos abriendo con tanto dolor en estos años.

La historia de Chile es un constante proceso de avance hacia formas más completas y sustantivas de participación. Chile avanzaba hacia una sociedad comunitaria, en que el pueblo, desde el seno de la base social, podía ir resolviendo sus principales problemas, como un actor efectivo. Cuando íbamos a acceder hacia una etapa superior de participación vino lo del 70 y luego el golpe del 73. Los que se habían creído dueños de Chile no permitieron el progreso de la historia: volvieron atrás las páginas y recurrieron a la fuerza más brutal para frenar al pueblo. Son los que en estos años se han creído todopoderosos y hasta cambiaron el curso de los ríos, olvidando que finalmente, las aguas recuperan su cauce. Han demorado el fluir de la libertad y de la democracia, han postergado el grito de culminación de la historia.

Aunque nos cueste, aunque nos duela como nos ha dolido, vamos a recuperar el cauce de la historia con el caudal incontenible de la voluntad del pueblo y solidez de sus organizaciones.

La lección ha sido dura: Dios quiera que la hayamos aprendido y así podamos decir con serenidad, aunque las lágrimas pugnen por salir: para que nunca más...

(Este capítulo se terminó de escribir en Abril de 1986).

INDICE

Presentación	7
Palabras preliminares	9
Exordio	13
Caracterización general del siglo XX chileno	17
La nueva constitución funcionando	23
Las clases medias al gobierno	29
Nuevo camino para la mesocracia	35
El gobierno de los gerentes	44
La revolución en libertad	49
La elección de 1970	77
El Gobierno de Allende	91
El Golpe de Estado y el nuevo régimen	111
La quinta etapa	127



LOS CAMINOS DE CHILE es un libro escrito en tono coloquial, que permite al lector un fácil acercamiento a nuestra historia política. Son las reflexiones del autor para desentrañar en el pasado reciente de Chile, algunos elementos que expli-

quen el presente y permitan proyectar el futuro.

Este libro fue primero una carta enviada a un amigo y camarada del autor; luego, materia de conversaciones y charlas políticas; finalmente, el tema de un curso ofrecido en la Quinta Escuela de Verano del Instituto Para el Nuevo Chile realizada en Mendoza en el verano de 1986.

Más que un texto acabado, es una proposición para reflexionar sobre Chile, un desafío para el hombre común que se siente inquieto por el devenir de nuestra convulsionada sociedad.

JAIME HALES DIB es abogado colaborador de la Vicaría de la Solidaridad, político demócrata cristiano, poeta, columnista de Revista ANALISIS y comentarista en otros medios de comunicación.

OTROS TITULOS DE EMISION

- Chile en el Siglo XX
Mariana Aylwin y otros
- Un cuarto de siglo con Allende
Oswaldo Puccio
- Por todas las tierras pasaremos
Víctor Hugo Castro
- Pido Respeto
José Manuel Parada
- Historias para no contar
Antonio Montero Abt
- Cuentos para Militares
Ariel Dorfman
- Crimen bajo Estado de Sitio
María Olivia Mönckeberg y otros